

ALFAGUARA



Inés Fernández
Moreno
No te quiero más

Narrativa Hispánica

Inés Fernández Moreno

No te quiero más

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

I

Me miraba en el espejo tomando una distancia preventiva. Me anticipaba a lo que iba a encontrar: un color no muy saludable y un aire torvo que se iba instalando entre mi frente y mis ojos. Estaba pasando por una época “oscura”, eso era lo menos que podía decirse. La presencia obligada de mi suegra en casa me volvía una miserable, reducida a un pantano de resentimientos —y de culpas— que se alimentaba de pequeñeces domésticas: que si ella hacía mucho tuco o no, que si mandaba a comprar un pelapapas nuevo cuando yo adoraba el mío viejo y oxidado, que si eran mejores los fideos frescos o los de paquete, que si las peras, las naranjas o los kiwis...

Me desgastaba en aquella lucha estéril que se extendía más allá de la cocina, en lo que yo llamaba el reinado de la chata: un tráfigo incesante de palanganas y toallitas, pomadas, colonias y desodorantes.

Aunque había muchas razones, sobre todo de orden práctico, para haberla traído con nosotros, no podía perdonarle a Daniel que me hubiera impuesto la presencia de su madre en esos últimos años, ese espejo de la vejez y decadencia donde era demasiado pronto para mirarse. De manera que nos hablábamos poco y nuestros escasos diálogos estaban siempre contaminados de reproches.

La historia de las cartas empezó una tarde cualquiera en que yo entré a casa como de costumbre, compungida y pasando como una exhalación por el pasillo adonde daba el cuarto de mi suegra. Subí la escalera corriendo y me metí enseguida en mi escritorio, como en una guarida. Encendí la computadora que me saludó con su chasquido amistoso, abrí mi casilla de mensajes y después de desechar los de rutina, encontré uno de La Font, el editor de mi padre quien, a su vez, me reenviaba el mensaje de un tal Oriol Berdagué. Me incliné con curiosidad sobre la pantalla: ¡Por fin alguna señal de la excitante diversidad de la vida!

El mensaje decía así:

23 de abril

Le estoy escribiendo por intermedio del señor La Font quien me ha facilitado su dirección para establecer contacto con familiares del señor Celso Hernández. El motivo es hablar de unos escritos que conservamos en este Ayuntamiento, al parecer una novela inédita, así como

abundante correspondencia —verdadera poesía— pertenecientes a este escritor argentino, del que sabemos que el señor La Font editó una antología poética en 1999.

Gracias por su ayuda.

Saluciones,

Oriol Berdagúe

Calmell (Girona), España

Me quedé perpleja, con la mente parpadeando como la luminosidad indecisa de mi vieja Mac. Tuve la inmediata sospecha de que se trataba de un malentendido, pero aun así leí y releí varias veces el mail regodeándome en ese perfume novelesco que traía desde la primera frase —“hablar de unos escritos”— hasta la última palabra: esas “saluciones” pomposas.

¿De qué manera podían haber ido a parar algunos papeles de mi padre a un pueblito de la Costa Brava? Era muy improbable. Por otra parte, él nunca había escrito novelas, por fuerza me tendría que haber enterado. Debía tratarse de un error, pensé complacida, y debo haber sonreído porque los errores siempre me producen curiosidad, la estupidez, la torpeza de donde nacen o su fabulosa génesis, la suma de circunstancias fortuitas que lo fundan y que a su vez desencadenarán nuevos errores en un vértigo de Big Bang.

A veces la arborescencia es desbocada y a veces acierta o condensa la verdad inicial, como en la historia de la manzana de Newton. Porque la famosa manzana no le cayó *en* la cabeza, sino que Newton estaba en su jardín reflexionando y vio entonces cómo una manzana caía de un árbol hacia el piso. Este hecho fue el que desencadenó su eureka: ¿por qué la manzana caía en forma perpendicular a la tierra? Después la anécdota se transformó en la manzana que cayó *sobre* su cabeza —la manzana golpeó, por así decir, su pensamiento—, una metáfora humorística y perfecta de la forma súbita en que una revelación sacude a un hombre.

Le hubiera gustado a Celso ese razonamiento. Lo imaginé sonriendo, como hacía él, con los labios apretados pero con un redoble de ironía en los ojos. Y no sería sólo por Newton la sonrisa, sino también porque se las había arreglado para caer sobre mí inesperadamente, cuando hacía décadas que lo tenía confinado en algún lugar lejano y cerrado de la memoria. Embalsamados el amor y la admiración, pero también su rémora de ausencias y reproches.

Le contesté muy rápido al tal Oriol diciéndole que, en efecto, yo era la hija del señor Celso Hernández pero que me llenaba de asombro su mail. Mi padre, le decía, nunca había escrito novelas y no veía cómo podrían haber llegado papeles de él hasta aquel rincón de Cataluña. Siendo el apellido Hernández tan común, tal vez se tratara de otro escritor del mismo apellido. De todas maneras, le agradecía la intención y me alegraba de que, fuera quien fuera aquel Hernández, se recuperaran textos que podían tener su valor.

Cuando Daniel volvió a casa, mientras comíamos y para evadir otros temas que nos llevarían de cajón a la pelea, le comenté la llegada del mail.

Intercambiamos algunas opiniones desvaídas sobre el tema. Nos asombramos una vez más de los efectos de internet, repetimos eso de que pertenecíamos a otra generación, que todavía no terminábamos de incorporar el vértigo informativo, que los adolescentes en cambio... y el tema se agotó. Las conversaciones de las parejas que llevan muchos años juntos son como los muebles de su casa, una vez que alcanzan una posición fija quedan allí para siempre, llenos de polvo por más que uno les pase el plumero todos los días. Lavé los platos, ordené la cocina y me senté en el living a leer el diario, pero resbalaba por los titulares sin poder concentrarme en las noticias, en su mayoría, por lo demás, deprimentes. Me sentía inquieta, sin sueño, tal vez debería haber salido a hacer una larga caminata. En lugar de eso, decidí tirar otro tomo de la Espasa Calpe. Hacía tiempo que lo venía haciendo, desde que la enciclopedia había llegado con Tola para ocupar con sus cien tomos un enorme espacio de la biblioteca. Todos coincidimos en que había que donarla o regalarla. Pero fue imposible, nadie quería una enciclopedia de los años cuarenta, así que rompiendo con toda reverencia hacia los libros, y pese a las preciosas ilustraciones que acompañaban algunos textos, cada vez que necesitaba hacerme un espacio tiraba al azar uno o dos tomos. Eso siempre me aliviaba, como si con cada libraco me deshiciera de un peso que llevaba sobre la espalda. Los dejaba junto al contenedor de la esquina y por la mañana ya no estaban. Las primeras veces me quedaba un momento espiando desde la puerta: una vez vi cómo una mujer se llevaba un tomo, lo iba hojeando complacida mientras caminaba, y otra vez a un cartonero que lo arrojó sin más en su carro. Destinos diversos.

Pasaron varios días sin novedad. Tenía pocas horas en el instituto donde daba clases de español y estaba a la espera de un nuevo encargo de la editorial Tempo para la que trabajaba *free lance*. Entretanto, cada mañana, redoblaba la lucha doméstica con Tola. Uno de los puntos álgidos era la súper producción de tuco. Si algo no puede faltar, decía mi suegra, es el tuco. El tuco es el corazón de una casa, la señal de que la vida no detiene su curso, de que renueva sus sentidos. El olor del tuco santifica el hogar. En consecuencia, montada en su silla de ruedas, comandaba la compra de los inexorables ajíes verdes y rojos, las cebollitas de verdeo, los ajos y las salchichitas. No era de extrañar entonces que ese sábado al mediodía toda la casa oliera a cebolla frita. Volví de la cocina derrotada y culpable, me instalé en mi escritorio, encendí la computadora, e hice clic sobre mi casilla de correo. No pude evitar el aleteo de expectativa infantil que este mínimo gesto me despierta cada vez, como si fuera un abracadabra capaz de extraer del fondo de la rutina algún hecho nuevo. Más aún después del extraño mensaje llegado desde España. Pero encontré otra vez los mails de costumbre: algunos alumnos que me mandaban ejercicios atrasados, un mail de Kerry pidiéndome un libro, el nuevo catálogo de la editorial y, cada vez más, publicidad de viajes, de ropa, de electrodomésticos y algunas curiosas ofertas como de juguetes sexuales “ecológicos”. Oriol parecía un sueño mostrado y súbitamente escamoteado. Con un arrebató de impaciencia apagué la computadora sin cerrar antes todas las ventanas como debe hacerse.

Unas horas después entré en el instituto de idiomas a paso firme y llena de buenas intenciones. Era miércoles y siempre me tranquilizaron los miércoles: tienen ese privilegio de estar en la mitad de la semana, cuando las cosas alrededor se colman de sentido, lejos de la orilla escarpada de los lunes y de los peligros del fin de semana. Además, tenía que encontrarme con Kerry en la cafetería, un rato antes de que él empezara su curso de inglés. Tenía sobre la mesa el *Somos latinos* que me había pedido en préstamo y *Los papeles de Aspern*. Lo había estado releendo en los últimos días en lugar de repasar a fondo los usos de los tres pasados del subjuntivo. Sentí una puntada levisima de culpa. Pero no era yo quien decidía, sino el orden imprevisible de mi biblioteca. Había buscado en vano la vieja gramática de Gil y Gaya que había sido de Celso, pero en el camino tropecé con la novela de Henry James: cambié los tiempos resbaladizos del subjuntivo por las conjeturas obsesivas del protagonista. Me dejé envolver otra vez por la atmósfera desolada de aquel *palazzo* veneciano donde vivían dos mujeres que apenas si daban señales de vida: la vieja amante de Aspern y su sobrina solterona. El protagonista-inquilino intentaba atravesar aquel muro kafkiano para recuperar unos supuestos papeles: cartas y últimos poemas del célebre poeta. Una pasión inútil: aquellos papeles tal vez jamás habían existido, la amante despechada los habría quemado en una chimenea, o se habrían perdido en algún arcón apolillado. Pero esa idea, la de la pérdida, pensé, siempre es difícil de aceptar, aunque se trate de un botón. Las cosas se rompen, se deshacen o transforman, pero en rigor no se “pierden”; en algún lugar están, ellas o lo que haya quedado de ellas, sólo que no sabemos dónde, probablemente no lleguemos nunca a saberlo. Tal vez la cosa haya ido a parar muy lejos, o esté muy cerca de nosotros. Tal vez pasemos junto a ella cien veces por día sin advertirla, tal vez algún gato que merodea la acaricie con la cola o la roce una mano que alguna vez movió otro objeto o un plumero que distraídamente revoloteó cerca del lugar donde está, sin intención de ocultarse. Y entonces somos nosotros los que quedamos perdidos, sin saber, arañando ese misterio. En la novela de James la trampa se cerraba de manera tortuosa: los papeles de Aspern existían, el protagonista podría haberlos alcanzado, estaba a milímetros de hacerlo, pero los perdía porque su obsesión no le había dejado ver la tragedia amorosa de la patética Miss Tina. Cerré el libro pero me quedé flotando en el relente amargo de ese final, hasta que sentí que alguien me tocaba un hombro. Era Kerry que dejó sus carpetas sobre la mesa y se sentó frente a mí.

—Deberías leerlo en inglés —dijo, dándole un golpecito a la tapa del libro.

—Ojalá pudiera —dije.

Kerry era más joven que yo, tenía el pelo gris muy corto y una cara redonda y tensa que parecía siempre a punto de estallar de entusiasmo. Su ímpetu de aventura lo había llevado a pasarse el último verano con los wichis. Estaba investigando el problema de la desposesión de sus tierras y recopilando léxico de sus dialectos para un glosario wichi-español-inglés.

—Verdad —dijo Kerry—. En las novelas la prosa de James es muy “enverresada”. Es mejor empezar con los cuentos.

Kerry hablaba muy bien el castellano porteño, pero cada tanto confundía algunas palabras o repetía algunas construcciones del inglés.

—Te voy a regalar algunos.

—Sabés que no quiero más libros —dije—. Ya te conté cómo está mi biblioteca.

—¿Seguís con esa historia de la Espasa?

—Anoche tiré el tomo MICH-NOMZ.

—¿Michnomz? Parece una palabra wichi —dijo Kerry—. ¿Y no tenés miedo de que desaparezcan las cosas, como en la novela de Millás? ¿Que se haga un agujero en la realidad justo entre “mich” y lo que sigue?

—No, lo controlo —dije—. Voy enumerando cosas empezando por “mich”, las que se me ocurren: Michelángelo... micosis... miedo... morder... mucosa...

—Mudanza... navegación... —aportó Kerry.

—¿Ves? Si siguen ahí, en tu mente y en la mía, es porque siguen en la realidad.

—Veo. Pero es una pena que vayamos en sentidos opuestos —suspiró.

Estaba por defenderme, eso de los caminos opuestos me apenaba, pero ¿qué podría decirle yo, verdugo de ya más de diez tomos de la Espasa Calpe?

El proyectaba un libro sobre los wichis, y había empezado por el glosario. Se pasaba horas tratando de encontrar una traducción posible para nociones complejas como *ahát'aj*, “el padre de los dolores”, o la de *t'otle t'un*, algo así como “coraje”, según me había explicado una vez. Pero entre nuestro escaso coraje y el de los wichis debía haber un abismo que traducir.

Esa noche soñé que estaba en un aula oscura y solemne. Sobre el estrado, detrás de un escritorio, un grupo de académicos de ropones negros discuten en voz baja. Yo estoy como agazapada en un pupitre que me queda chico. Al parecer estoy por ser juzgada o por dar examen. Estoy en capilla. De pronto todos me miran y uno de ellos desciende del estrado, se me acerca con una ficha en la mano y profiere una palabra como un ladrido. ¿Qué dijo? Sólo percibo un ruido. Una palabra-ruido. O tal vez soy yo que no la entiendo. No puedo entenderla porque soy culpable. La marea de angustia sube, intuyo que se trata de una pesadilla, me debato y por fin, con un sacudón, me deshago del sueño como de un bicho viscoso. Viejos de mierda, murmuré medio dormida.

Unos diez días más tarde, un martes, cuando ya pensaba que el malentendido de las cartas se había dilucidado y que la cosa se extinguía sola y para siempre, como suele suceder, apareció un nuevo mail del señor Oriol Berdagué.

Ante todo se disculpaba por su tardanza en contestar —estaba viajando por varias localidades

catalanas— y se alegraba de haber dado con un pariente tan directo como yo. Porque, sin error, estaba hablando de don Celso Hernández y no de otro. También se explayaba un poco más acerca de aquellos textos que, según decía, le “han despertado un gran interés”. Y agregaba un párrafo significativo:

Entre los papeles que se conservan existe una novela, en cuyo sobre hay un título, que ahora no recuerdo, y debajo pone: “inérita”. Las cartas son personales y espero que no le ocasionen ninguna molestia, pero creí importante que supieran de la existencia de este material que le detallaré en cuanto regrese de mi viaje.

Después, otra vez las “saluciones”.

Si el primer mail me había despertado expectativas, este segundo las redoblaba.

“Personales” sólo podía significar una cosa: aquellas cartas estaban dirigidas a una mujer, ¿qué otra explicación podía tener eso de “ninguna molestia”? Pero el pobre Oriol no se animaba a decirlo. Oriol, el prudente. Debía ser gordo (aunque tal vez fuera sólo el efecto de las dos oes de su nombre), con anteojos, muy formal. Pero puesta a imaginar cómo es una persona suelo equivocarme mucho; cuando después la encuentro, resulta ser totalmente distinta. ¿Y dónde o cómo se origina esa suma de errores? En mi caso, las asociaciones arbitrarias casi siempre empiezan en el teléfono, a partir de una voz, una forma de hablar, sonidos de fondo como un ladrido o el llanto de un chico, y hasta de mi propia circunstancia fortuita. Es notable cómo el propio contenido mental deforma o tiñe la información que llega desde afuera. (Termino siendo una especie de Sherlock obnubilado por sus propias obsesiones y por lo tanto desastroso). Como una apuesta a favor de la realidad, me esforcé por desechar la imagen de un Oriol gordo, y traté de imaginarlo joven, flaco, desmañado. Su formalidad sería la de cualquier funcionario que no sabe con quién trata.

Le contesté un mail tranquilizador donde me mostraba permeable a cualquier tipo de carta. Aunque hija, decía, yo era una mujer más que adulta, difícil de escandalizar y, desde ya, manejaría el tema con discreción. A estas alturas además, las dos ex mujeres de mi padre, entre ellas mi propia madre, eran ancianas. (Aunque nunca tan ancianas como la vieja amante de Aspern, madame Bordereau, a quien James le adjudica la increíble cifra de ciento cincuenta años). También le pedí más precisiones:

En principio, me resulta bastante asombroso que exista una novela. Mi padre escribió poesía, ensayo, algunos cuentos breves, pero jamás me habló (y creo que a su antólogo Sr. La Font tampoco) de una novela. ¿Cómo tiene usted noticia de estos papeles? ¿Quién los tiene? ¿Es posible verlos? Por mi parte, he intentado reunir la correspondencia de él por pedido de La Font, pero tengo dificultades para recuperarla, de manera que me interesa mucho lo que usted

me cuenta...

A la mañana siguiente tenía que dar una clase muy temprano y me levanté antes que nadie. Tomé un café sola en la cocina mientras escuchaba a lo lejos a Daniel, el sonido musical de la ducha y su canturreo. A veces volvía a sentirlo cerca, a doblegar aquel sentimiento de extranjería donde Daniel no era más Daniel, era una gestalt con Tola, un organismo ajeno instalado en la casa, ocupando lugar y pesando como cada tomo de la Espasa Calpe. Miré las paredes, la foto de una manzana verde que presidía la mesa, las cacerolas colgadas de mayor a menor, produciendo un efecto de orden (aunque en el centro hacía mucho que faltaba una), las agarraderas de crochet que me había tejido la madre de Eva y sentí por un momento que cada objeto se dilatava con mi presencia como yo lo hacía con la luz diáfana de la mañana que me llegaba desde la ventana del jardín. Reconocí con ternura el limonero que había plantado el otoño anterior y la araucaria que había estado en el terreno desde siempre, firme como un ancla, confundiendo sus ramas con los plátanos de la vereda. Pina, echada a mis pies, me miraba con dulzura, cómplice conmigo de un territorio recuperado. No tardé en oír, como un recordatorio, el ronquido suave y accidentado de mi suegra. Y aunque su sola presencia me inspiraba incomodidad y culpa por igual, esta vez también ella cayó en el cono de mi optimismo matutino. Antes de salir de casa entreabrí su puerta y le mandé un saludo y un pedido mudo de perdón. Tenía que reconocerlo: mientras ella estaba inactiva, y era sólo un cuerpo anciano, me resultaba más aceptable la convivencia.

Aquella tarde, cuando volví bufando después de un viaje accidentado en el subte (nos habíamos quedado parados más de diez minutos entre dos estaciones), encontré la respuesta de Oriol.

Las cartas, como usted bien ha podido intuir, están dirigidas a una mujer. Una gran artista, desconocida, que residió en muchos sitios, como París y Venezuela, aunque era nacida en Filipinas. Sé que su padre sentía gran admiración por ella. Sería bueno, si es de su interés, mantener el contacto. El esposo de Amparo Villar, así se llama la destinataria de las cartas, ya fallecida, es un reconocido pintor catalán: don Ferrán Carreras. Este caballero, con quien ella se casó en 1966, tiene actualmente 94 años. Pero Chana —el sobrenombre de Amparo— y su padre se conocieron antes del matrimonio de ella. Parecería que los escritos son todos anteriores a esta fecha.

Volveré a escribirle muy pronto...

Oriol me acababa de entregar nuevas piezas de una información que me desconcertaba. Celso y esta mujer debían haberse conocido antes de 1966, cuando ya hacía varios años que él se había separado de mi madre. En todo caso no era ninguna de las mujeres de las que yo hubiera tenido noticias. ¿Y ahora reaparecía?, ¿y en mi computadora? Me imaginé otra vez a Celso, pero esta vez

consternado. Cómo podría haber imaginado él que estas cartas (¿de amor?), si es que eran reales, fueran capaces de reaparecer, de sobrevivirlo de una manera tan desconsiderada. La tal Chana, la supuesta destinataria, podría desbaratar de inmediato todos los malentendidos, pero ya estaba muerta mientras que su marido —el no tan caballero Ferrán— la había sobrevivido. Tampoco aquel título incierto de “gran artista desconocida” aclaraba demasiado el panorama. ¿Ella habría resignado su carrera por él? Otra débil mujer en la carrera de Celso. ¿Sería un fraude o la verdadera artista aletargada detrás de Ferrán, a quien sí le había llegado el “reconocimiento”? ¿Y de qué habría muerto ella? Volví a pensar en la idea del error, pero ya casi como un consuelo, o por comodidad. Celso no era un nombre común, además existían varias coincidencias en la historia, como el hecho de haber vivido él y Chana en París, o la edad del pintor, la misma que tendría Celso si aún estuviera vivo. La imagen se asemejaba mucho, aunque me pareciera que no encajaba con exactitud, como en esas dimensiones paralelas que replican la realidad de forma imperfecta.

En los últimos años yo soñaba raramente con Celso. Sin embargo, durante mucho tiempo, tuve un sueño que se repetía con variantes pero siempre con idéntica carga de angustia y confusión. Celso estaba en Buenos Aires, había llegado de afuera o tal vez no se había ido nunca, como Wakefield. Pero yo no me enteraba, o me enteraba tarde y de forma casual. Intuyendo alguna falacia, pero sobre todo acostumbrada a su ausencia, era yo quien lo abandonaba entonces, me olvidaba de que él estaba en la ciudad, de llamarlo, de visitarlo. Y cuando lo hacía, me asombraba lo fácil, lo natural que era llegar a la calle Anchorena, subir al ascensor, apretar el octavo piso, y que él mismo me abriera la puerta. Allí estaba él, recibíendome con la sencillez y la alegría de siempre. ¿Pero cómo no me habían avisado antes? Después de construir durante tanto tiempo el desolado escenario de su ausencia, resultaba que todo había sido un malentendido o una trampa.

Esa noche, después de recibir el último mail de Oriol, Celso reapareció en mis sueños. Siempre me asombra la diligencia de mi inconsciente: con qué velocidad se apodera de cada acontecimiento, de cada mínima oscilación de mi vida, y me los devuelve transformados a su capricho, a veces de forma transparente —cero originalidad— y otras como la obra de un artista extravagante, demencial.

Esta vez Celso aparecía con su sobretodo beige, pero descosido —el ruedo le colgaba hasta el suelo como si fuera un mendigo— y caminaba a grandes zancadas por la calle. Me hablaba con énfasis y señalaba hacia delante, hacia algún lugar que no estaba a la vista. Yo iba medio cojeando detrás de él porque me apretaba mucho un zapato y me dolía el pie. Y así, cada uno con su defecto, avanzábamos por la calle Florida. Tal vez fuéramos a la Richmond, donde solía llevarme de chica. Ya medio despierta, la idea de la Richmond —siguiendo el camino inverso de la famosa magdalena— me llevó hasta aquel prodigioso descubrimiento que fue el ice-cream-soda. La sola palabra era musical y tentadora, desconocida para mí por entonces, una palabra para repetir y

exhibir: “Fui con mi papá a tomar un ice-cream-soda”: un ice-cream-soda, cha-cha-cha. Me desperté del todo, muerta de sed. Tenía un pie completamente dormido, como si no me perteneciera. Bajé otra vez cojeando hasta la cocina y me serví un vaso grande de soda. Lo acerqué a mi cara y pude sentir su frío burbujeo en la piel. Pero faltaban la granadina, el helado, la crema chantilly desbordando el vaso y el entusiasmo de Celso explicándome cómo se tomaba aquello con un sorbete.

Por esos días empezó a hacer frío en Buenos Aires, el cielo se puso húmedo y plomizo y llovió a intervalos durante más de una semana. Me pasé más tiempo que el de costumbre encerrada en casa, protestando por la humedad, por la madera hinchada de las puertas, por el barrial que dejaba Pina en sus salidas al jardín y el olor a perro mojado que venía a sumarse a los habituales. Sin embargo, la reaparición de Oriol, la intriga que me ofrecía, me habían puesto de mejor humor. Y también la posibilidad de viajar pronto a Barcelona: se casaba la hija de mi primo Eduardo, y mi hermana Aline y yo estábamos especialmente invitadas a la boda. Daniel, siempre a la defensiva, no respondió a ninguna de mis aproximaciones amistosas. Imposible para él acompañarme a Barcelona. Estaba Tola, no era el momento de hacer más gastos y, además, le habían propuesto formar parte de una comisión de estudio de nuevos yacimientos en el sur y probablemente también él tuviera que viajar.

El siguiente mail de Oriol llegó en una de mis noches de insomnio mientras jugaba un solitario tras otro con la esperanza de que el aburrimiento derribara el estado de alerta que me impedía dormir.

El mail era más largo que los anteriores, y Oriol se mostraba en él más amistoso y confiado:

Estimada Laura:

Le aclaro que los escritos los ha conservado durante muchos años don Ferrán. Él es ya muy mayor y por tal motivo ha cedido su fondo personal al Ayuntamiento. Yo soy el responsable de clasificarlo y allí, entre su correspondencia, críticas de su obra, notas de prensa, catálogos de arte, fotos y otros documentos, aparecieron estos textos de su padre Celso Hernández (CH). Hay unas treinta cartas de carácter personal que, por lo que he leído, rebosan poesía por todos lados. Tenía miedo de que su hallazgo la pudiera molestar, ya que desconozco la situación de la familia en el momento en que estaban fechadas dichas cartas. El señor Carreras me explica que el poeta CH estaba muy enamorado de Chana, su esposa, que la admiraba. Realmente era una mujer muy bella y muy inteligente, hablaba muchos idiomas, pintora... pero que no trascendió. Su círculo de amistades era el de los artistas y personajes más conocidos de París y Cataluña

(Baltasar Cobo, Alberto Neruda, Manuel A. Ortiz, Remedios Guillén, Ernestina Sánchez, Dalí, Xavier Valls...). Murió todavía joven, hace apenas tres años. Seguramente su padre y ella se conocieron en París, pienso, donde ella estudió y vivió a fines de los años cincuenta. Cuando se casó, en 1966, residía temporadas en París, Palma, Val d'Ager, Barcelona... En la medida de lo posible iré seleccionando algunos fragmentos para que los puedan valorar. Esta documentación se ha ingresado en el Archivo Municipal de Calmell, donde trabajo como técnico de difusión cultural.

Muy pronto le escribiré con más detalles y el nombre de la novela. También hay una selección de poemas, no sé si ya publicados.

Estamos en contacto.

Se despide de usted un joven pero inquieto historiador de Calmell,

Oriol Berdagué

Yo conservaba todavía una dosis de escepticismo —aunque cada vez más irracional— y me quedé rumiando la nueva información del “joven pero inquieto historiador”. Esas palabras decían mucho de Oriol. Definitivamente, no era un señor maduro, y tampoco rollizo por efecto de las horas de sedentarismo burocrático. Se afirmaba la hipótesis de un joven nervioso y con ínfulas, o sea más bien flaco y tal vez con algún rasgo físico notable... (¿nariz?, ¿miopía?).

Ese mismo día hablé con Eva que acababa de volver de Mar del Plata donde había ido por un mes a dictar un seminario. Ella y yo éramos “amigas del alma”, como nos presentábamos en la adolescencia y repetíamos ahora con ironía. Como si no hubiéramos andado cuerpo a cuerpo por la vida desde los doce años, ateridas de frío en los pasillos del colegio, pasando hambre, traqueteando en subtes atestados, atosigándonos de sol en los veranos, comparando nuestras alturas y nuestros peinados, nuestros granitos y menstruaciones, celebrando las virtudes y las sorpresas desmedidas que nos reservaba por entonces el cuerpo. Así que amigas del alma sí, pero también carne y uña. Eso incluyó el mismo Edipo: Celso fue el primer amor de Eva como ella me lo había confesado a los quince años. Ahora era el turno de las decepciones y los miedos, pero seguíamos contándonos todo lo que nos sucedía con el mismo fervor de la adolescencia. Cuando le conté la historia de Oriol y de las cartas, Eva se quedó tan intrigada como yo. La seducción de tu viejo, sentenció, bien podía llegar hasta las Filipinas.

Yo sabía poco y nada sobre las Filipinas. Celebraba el humor de sus tres íes, y ese aire de ajenidad que la hacía —como a la China— la perfecta metáfora de lo incomprensible: algo era un cuento “chino”, o “filipino”, un problema enrevesado era un “chino” o una “filipinada”. Sabía que está cerca de Malasia, por los mares remotos que surcaban los héroes de Salgari, o sea el Lejano Oriente. Pero mi ignorancia geográfica era medieval, así que busqué en Wikipedia: revoluciones, inmigraciones, invasiones y tifones. Lejos de las fantasías que desde la ignorancia evocaban lugares como Manila o Mindanao, su historia hablaba del desquicio del colonialismo, de

explotación salvaje, de violencia y de pobreza.

—Kerry, ¿qué sabes de Filipinas?

En el bar del instituto y, con un poco de culpa, tomábamos una cerveza antes de nuestra clase.

—Es una gran oportunidad para que busques en tu Espasa Calpe, *right?* —dijo Kerry—. Si es que el tomo de la “F” seguida de la “I” se salvó de la razia.

Mi amigo tenía ojos grises con unas chispas de amarillo, ojos siempre predispuestos a deleitarse con lo que veía o con lo que escuchaba. Hacía casi tres años que éramos colegas en el instituto, y nunca lo había visto declinar en su optimismo.

—Creo que la “efe” está completa —dije—, pero prefiero que me cuentes vos.

Él había viajado mucho por el mundo y era un gran lector de libros sobre geografía, exploraciones y descubrimientos. Por de pronto, como irlandés, sentía una inmediata solidaridad con los filipinos: los españoles habían estado allí más de tres siglos.

—Creo que tienen siete mil islas. *Gosh*, es casi inimaginable.

—Y nosotros todo continente —dije— o casi todo —corregí antes de que protestara—. ¿Cómo será una nacionalidad fragmentada en siete mil pedacitos?

Kerry compuso una mueca absurda: se puso bizco, sacó la lengua, torció la cabeza... Después volvió a la seriedad.

—Hay miles de dialectos —dijo—, todos pertenecientes a las lenguas austronesias... ¿Pero por qué estás interesada ahora por las Filipinas?

Miré la hora y me levanté de un salto porque en minutos empezaba mi clase.

—Ya te lo voy a contar.

—Cobarde —me despidió Kerry.

El cuarto mail de Oriol, tal como me lo había prometido, no se hizo esperar. Era breve, pero traía una información que pulverizó todas mis reservas.

Le escribo ahora con un poco más de tranquilidad. Hoy he estado en el Ayuntamiento y he podido revisar nuevamente el contenido de los textos de su padre. Además de las poesías, y las cartas, hay un texto de unas cien páginas en cuya portada se lee: “NEVERMORE” (novela) N de C.

Empieza diciendo: “Ese verano en Saint-Tropez la moda femenina había alcanzado un índice elevado de atrevimiento sensual. Los pantalones de playa, cortos o largos, todos tenían la cintura más abajo del ombligo. Yo también estaba a la moda de Saint-Tropez, tenía un modesto pantalón largo atubado color azul celeste, un sombrero redondo chino, estilo

llovizna, y unas sandalias para mostrar mis pies”.

Tiene quince capítulos, todos con un título. El I es Saint-Tropez y el XV Gilgamesh. También existen unos textos breves en inglés y castellano titulados “Habla Michael Dennis. Tres momentos de The living room de Graham Greene de 1960”.

Respecto a las poesías:

“Moebius” (1958) de CH. 20 páginas a máquina.

“Noticias del tiempo” (1959) de CH. 67 páginas a máquina y clasificadas según estados del clima: por ejemplo “frío y lluvioso” es melancolía, amores no correspondidos, en tanto “clareando” son poemas esperanzados. Es posible que todo este material, junto con otra selección de poesías numeradas, esté ya editado.

En cuanto a usted, Laura, en alguna de las cartas la menciona: “Viajar = Amparo. Por más estólido que sea el viaje, aunque lo haga —como éste— con mi hija menor (Laura, 10 años; te envío foto para que la realices). ¡Qué ganas de hablarle a ella de ti! Pero no debo: mis cosas son mis cosas, mi hija es cosa aparte”.

Espero que esta nueva información sea de su interés.

Saludos

La lectura de este mail me dejó conmocionada. Que coincidieran los nombres de las obras inéditas con las que Celso después publicó era una prueba más que suficiente de que aquellos papeles le pertenecían. Pero el contenido del mail iba mucho más allá de esa información, me interpelaba y se metía en la carne viva de mis recuerdos. Porque, efectivamente, yo había viajado a los diez años con Celso, habíamos atravesado el río hacia Montevideo en un buque que se llamaba Ciudad de Buenos Aires y que naufragó muy pocos días después de aquel viaje. Según la leyenda familiar, nos habíamos salvado por muy poco ya que el viaje estaba previsto para unos días más tarde, incluso, aseguraba con aspavientos una tía mayor, el mismo día de la tragedia; sin embargo, algún hecho fortuito, una hora en el dentista o un escrito que firmar, hizo que se adelantara unos días. De no ser así, tal vez hubiéramos muerto en aquel naufragio en que desaparecieron casi ochenta personas. Podía recordar el murmullo de las conversaciones, la exaltación de mi madre y de mis tías, el miedo de mi abuela que se persignaba sin cesar. Aquel hecho, la impresión de algo grave y abstracto que nos había sucedido, o nos podría haber sucedido, y que no terminaba de comprender entonces, tuvo el efecto de borrar todos mis recuerdos del viaje a Montevideo. Sólo sobrevivió, nítida, una imagen: Celso tomando café en un bar de la costanera mientras yo corría feliz hacia la playa, impaciente por pisar la arena, mojarme los pies y tal vez hasta bañarme en aquellas aguas que más se parecían al mar que a un río. Y ahora sucedía esta especie de prodigio en la pantalla de mi computadora. En una dimensión que había saltado la lógica del tiempo aparecía mi nombre, una foto de alguien que tampoco era yo,

sino Laura a los diez años, el deseo un poco candoroso del padre de hablarle a su hija de Amparo, de expandir su entusiasmo de enamorado, de acrecentar sus amores con otros amores. “¡Qué ganas de hablarle a ella de ti!”. Podía casi escuchar su voz. La voz de un hombre de treinta y tantos años hablándole a una mujer que quería seducir o que lo tenía seducido y pensando, al mismo tiempo, en una hija de diez años. “¡Qué ganas de hablarle a ella de ti!”. Lo había logrado, pero medio siglo después. Porque ahora esa hija tenía casi sesenta años y era mayor que él. Lo había superado en longevidad y en experiencia: él había quedado detenido en un punto del tiempo —o el tiempo siguió andando sin él—, mientras que ella, la hija, seguía adelante. Y podía escuchar hoy sus confesiones como un adulto escucha a otro adulto. La paradoja del tiempo acababa de estallarme entre las manos.

Estimado Oriol:

Todo lo que me dices en tu último mail me resulta extraordinario. Es muy emocionante para mí la historia que me cuentas, y volver a reencontrar textos de mi padre. Más aún una carta en la que me menciona. De allí deduzco que esa relación con Amparo Villar empezó a fines de los 50 (cuando yo tendría diez u once años). Seguramente en su viaje como becario a Europa y antes de que conociera a Magda, su actual viuda. De todas maneras, seré muy discreta con ella a este respecto.

En cuanto al material que me detallas:

Los poemas de Moebius están publicados, y también Noticias del tiempo.

Lo que parece ser totalmente nuevo, aparte de las cartas, es “Nevermore” y los textos “Habla Michael Dennis. Tres momentos de The living room de Graham Greene de 1960”.

Es una rara vuelta de la vida que este material termine en el Ayuntamiento de Calmell, donde no creo que alguien sepa de mi padre (salvo tú o don Ferrán). Pero por extraño que parezca, así se han dado las cosas. Lo que me gustaría, si lo ves posible, es tener un juego de fotocopias. De esta manera, la novela (o nouvelle) tendría posibilidades de publicación aquí, en su medio, donde mi padre siempre ha publicado. En cuanto a las cartas, quedarían en la familia hasta algún tiempo futuro en que una eventual publicación no dañe a nadie. ¿Qué te parece? Por otra parte, es probable que yo viaje a Barcelona en los próximos meses para el casamiento de una sobrina. Sería ideal vernos entonces y avanzar a fondo con toda esta trama, tan apasionante.

Bueno, piénsalo y espero tus noticias.

Muchas gracias por todo el trabajo que te has tomado y por haberte comunicado con nosotros.

Un saludo muy cordial,

Laura

Antes de enviarla, releí mi respuesta. Era evidente que trataba de avanzar con algún derecho

sobre aquellos papeles. Pero podía plantearse allí una cuestión de propiedad intelectual, sobre todo de las cartas. ¿Qué derecho tenía a recuperarlas? ¿A quién pertenecían las cartas de un escritor? Decidí consultarlo con Puentes, el director de la editorial que me encargaba las traducciones. Y también decidí escribirle a mi hermana Aline y ponerla al tanto de lo que estaba sucediendo.

Puentes fue contundente: las cartas son de quien las recibe, dijo, pero si alguien pretende publicarlas, tratándose de un escritor conocido, deberían acordarlo con los sucesores. Me prometió averiguar más sobre el tema legal, en caso de que yo quisiera recuperarlas, y me anunció que se pondría en contacto conmigo la viuda de Emilio Cardini, Helen Dunne, para que la ayudara a controlar una traducción.

Después de cortar, me quedé dándole vueltas al asunto. ¿Qué significaba “recuperar” esas cartas? ¿Y por qué yo querría hacerlo? Se recupera aquello que uno ha tenido alguna vez y que se ha perdido. Esas cartas no eran mías, y tampoco estaban perdidas. En todo caso estaban perdidas en el presente, rotos sus lazos y su sentido: sus dueños, aquellos que podrían reclamarlas, ya no estaban vivos. Sin embargo, a la inversa de la obstinada cerrazón de los objetos perdidos, eran ellas las que habían venido a mi encuentro y no parecía posible rechazarlas.

Esa noche me fui a dormir tarde, casi resignada a la perspectiva del insomnio. Me puse a ver una vieja película de Bette Davis —*All about Eve*— con la esperanza de eludir el runrún de los pensamientos, las preguntas y los recuerdos del pasado que removía este último mail. Me debo haber quedado dormida bastante pronto, pero me empecé a despertar muy temprano, lo supe por el frío limpio de la madrugada que se colaba por la ventana. Me quedé muy quieta en la cama, tratando de eludir el empuje de la conciencia y de volver a sumergirme en el sueño. Había una valija rota en un lugar lleno de gente, alguien me arrastraba de una mano —¿Bette Davis?— y me mostraba una canastita, una especie de panera. Yo me inclinaba para mirar: ¿qué había adentro?, ¿un huevito? No podía ver bien y en cambio empecé a escuchar la respiración contigua de Daniel, el chillido de un pájaro. Después el silencio otra vez, la realidad retrocedió, se fue alejando como si la mirara por un largavista invertido y, cuando volví a despertarme, el teléfono estaba sonando. Serían ya las siete y media o las ocho de la mañana. Daniel atendió primero alarmado y después de bastante malhumor porque el llamado era para mí.

—Una tal Helen nosécuánto...

Era Helen Dunne que enseguida se disculpó, tal vez fuera todavía muy temprano para hablar a una casa, dijo, pero se presentó rápidamente y me explicó que le quedaban pocos días en Buenos Aires donde estaba visitando a su hermana Jennifer recluida en un geriátrico de Hurlingham. Tenía que entregar con urgencia el artículo de un profesor británico que se integraría al prólogo de las obras completas de Cardini. En la editorial le habían recomendado que despejara sus dudas de

traducción con Laura Hernández.

—Pero yo no soy traductora de inglés sino de francés —objeté.

—No importa. Ellos confían ciegamente en ti.

Cuando corté, ya no sentía ni rastros de sueño: qué poco necesitamos —pensé—, apenas una palmada para lanzarnos otra vez a la vida, como un perro obediente.

Quedamos en encontrarnos aquella misma tarde en El Foro de la calle Corrientes. “Voy a llevar una boina escocesa, así que me vas a reconocer enseguida”, me anunció.

Más que por la boina, la reconocí por su decisión en cuanto abrió la puerta del bar y me buscó con la mirada. Pasaba ya de los setenta años y era una mujer robusta, tanto en su aspecto físico como en sus convicciones. Era miope y de cara lustrosa como una manzana. Según me contó, adoraba viajar y hacer largas caminatas. En suma, una de esas inglesas rotundas con cero coquetería y mucho temple para la vida. Resultaba difícil imaginar cómo Cardini —un mujeriego notable— se había enamorado de ella, aun quitándole treinta años de encima. Sin embargo, Helen estaba bien dotada para “mujer de escritor”. Amarrado a esa roca, el artista neurótico podía permitirse todas las debilidades, todos los caprichos. Y así fue, sobre todo en los últimos años. Cardini, según dicen, era un tipo oscuro y bastante malvado con las mujeres. A partir de cierto momento, en parte porque se sentía viejo y cansado y en parte, según declaraba, por puro gusto, se había metido en la cama y de allí no se movía. Helen iba y venía por la ciudad haciendo sus trámites, comprándole resmas de papel, lápices Faber número 6 para escribir y libros policiales que compraba al peso en las librerías de viejo de Tetuán. Éste era el único material que Cardini consumía con voracidad. Aparte de eso sólo necesitaba uno o dos pijamas rotos y una exigua dieta criolla de churrasco con ensalada. (Pese a vivir desde hacía más de veinte años en España, no se había dejado seducir por la generosa comida española que encontraba aceitosa y pesada).

El encuentro con Helen se alargó más de lo previsto, no tanto por sus dudas que resultaron ser muy pocas sino porque yo me entusiasmé hablándole de los subjuntivos (había encontrado al fin el manual de Gil y Gaya y Kerry me había dado una clase magistral de equivalencias) y Helen contándome las manías de Cardini y también sus viajes más exóticos entre los cuales: ¡Filipinas! Cuando nos despedimos ella insistió en pagarme por las consultas y yo no quise aceptar, así que se quedó muy agradecida. Y me hizo jurar que si pasaba por Madrid no dejaría de visitarla.

—¿Y esta Helen? —preguntó Daniel mientras comíamos—. ¿Otro de los asuntos de tu padre?

Siempre me hablaba así de Celso, con una punta de ironía.

—No, nada que ver, es por un trabajo de traducción —le aclaré.

Me arrepentí de haberle hablado tan pronto de los mails de Oriol, de las cartas de mi padre con la artista malograda. Cada vez que aparecía el recuerdo de Celso, Daniel se ponía a la defensiva. Pensaba que, de haberlo conocido, no lo habría aprobado como marido para mí: un ingeniero tan

correcto, incapaz de leer una línea de poesía. Yo intentaba disuadirlo, siempre con el mismo argumento: Tomás, el amigo más antiguo y querido de Celso, era ingeniero mecánico. Daniel me miraba con desconfianza, como si adivinara lo que de verdad pensaba Celso de Tomás —y lo que también yo debía pensar secretamente de él—, que era obtuso, que no podía imaginar las fisuras del mundo, que sólo creía en lo que tocaba y en lo que funcionaba, en lo que podía armar y desarmar con una caja de herramientas. Algunos con la pluma y la palabra, pensé, y otros con la pinza y el destornillador. ¿Y yo? Oscilando entre dos bandos.

El resto de la comida fue bastante silencioso, cada uno abroquelado en sus razones. Sin embargo, esa noche, medio dormidos, sentí cómo se deslizaba la planta suavísima de su pie sobre mi empeine. Me retraje, pero él volvió a alcanzarme. El amor reducido a los pies, pensé, como si se fuera escurriendo naturalmente hacia abajo y diera esa breve batalla antes de desaparecer...

La respuesta de Oriol tardaba en llegar. Entretanto, leí y releí varias veces el último mail de él. Sobre todo la transcripción de aquel párrafo de la novela que hablaba de *Saint-Tropez*. ¿Esa hache en el medio sería un error de Oriol? No podía ser de Celso. La descripción de la moda veraniega, de los pantalones atubados, el sombrero llovizna y las sandalias respondían sin duda a un personaje femenino. No era imposible que mi padre hubiera escrito una *nouvelle* con protagonista femenina. ¿Pero en el verano de *Saint-Tropez*? ¿Y en primera persona? ¿Y con un sombrero llovizna? Eran pocas líneas como para decidirlo. Pero más allá de estas especulaciones, algo indefinible me hacía rechazar aquel texto, como si se tratara de un organismo extraño que el cuerpo repele.

Cuando por fin llegaron noticias de Oriol —se había ido nuevamente de viaje según me explicó—, su respuesta era de tono apurado, sin acentos y con un admirable error al final.

Hola,

Hoy mismo llego de un viaje por Andalucía. Comentaré a los responsables la posibilidad de hacer fotocopias de los textos y correspondencia. También tendremos que hablar con el señor Ferrán Carreras. Creo que lo que todos queremos es que este material sea estudiado y si es de interés se pueda publicar algún día. En varias cartas se expresa con elocuencia la admiración que su padre sentía por Amparo y cómo ella había inspirado sus escritos...

Casi de inmediato recibí un segundo mail de disculpas.

Perdona por las faltas, alguna de ellas muy inoportuna (ya que quise decir “escritos” como te habrás imaginado), pero este teclado falla bastante y las prisas no son buenas consejeras.

Saludos,

Oriol

El lapsus podría ser inoportuno pero tal vez no fuera desacertado. Algo me decía que Amparo, bella, exótica y en el París de fines de los cincuenta, debía haber inspirado o inflamado los “escrotos” de mi padre, y los de muchos más.

En la semana siguiente intercambiamos varios mensajes más pero todos de tono operativo. Yo pensaba viajar a Barcelona en un mes —le precisaría la fecha en cuanto estuviera todo decidido— y entonces podríamos revisar juntos aquellos papeles.

También le escribí a Aline, y le conté someramente la historia poniendo el acento en la novela inédita y los poemas más que en las cartas románticas, ya habría tiempo para eso. Ella era mucho menor que yo y había nacido en Francia cuando Magda y Celso se habían instalado allá, y aunque no nos veíamos con frecuencia, nos queríamos y nos manteníamos en contacto. Era probable que también ella viajara a Barcelona desde el pueblito de la Provenza donde vivía para asistir a la boda de la hija de Eduardo y, en ese caso, podríamos avanzar juntas sobre el tema de Calmell.

El proyecto pareció naufragar cuando Tola, de un día al otro, empeoró y cayó en una especie de letargo de debilidad. Para purgar mis culpas, le llevaba todas las tardes un té con vainillas que ella aceptaba agradecida pero que dejaba intacto. Comía muy poco, dormitaba todo el día y no se levantaba nunca a cocinar. La heladera estaba semivacía, sin las albondiguillas, milanesas rellenas, guiso de lentejas, pizzetas caseras y tucos diversos con que ella la abarrotaba y que yo le combatía a diario. Frente a su manía de cocinar, yo me había replegado a una austeridad extrema, quería demostrar que bastaba con un pedazo de queso y una copa de vino para vivir. Ahora la heladera me pertenecía por completo: un páramo. A veces me quedaba inmóvil con la puerta abierta durante largos minutos, percibiendo tal vez el propio interior de mi corazón helado.

Una mañana, Tola pareció más postrada que nunca. Le mandamos un mail a Benji, su único nieto —hijo de una hermana de Daniel desaparecida durante la dictadura militar—, para que intentara comunicarse y se despidiera de su abuela aunque fuera por *skype*. A la tarde, cuando volví del instituto de idiomas, me encontré con una escena conmovedora que espí desde la puerta entreabierta: Benji, desde la pantalla, tocaba un tema que había compuesto para ella —y que llevaba su nombre— y ella escuchaba arrobada.

Esa noche se durmió antes que de costumbre y, aunque no le dije nada a Daniel, sospeché que podría ser la última. Un buen final, pensé, coronado por la música del nieto, los últimos acordes acompañándola en el último viaje. ¡Qué perfecto!

Con esta idea en la cabeza, me quedé en estado de alerta leyendo en la cama hasta muy tarde. Me levanté varias veces a deambular por la casa y, cada vez, me acercaba a la puerta de su cuarto tratando de percibir el débil silbido de su respiración. Por fin, recién a la madrugada conseguí conciliar el sueño y me desperté tarde a la mañana siguiente.

Bajé sigilosamente la escalera convencida de que estaba por enfrentar la solemnidad de la

muerte. Pero no tardé en escuchar un rumor de voces y unas risitas. La enferma, casi agonizante la noche anterior, estaba sentada en la cama inmersa en la más animada de las conversaciones con la mujer que la cuidaba. ¿Y de qué hablaban? Estaban haciendo la lista para las compras: ¡regresaba la euforia del tuco, el rosario inevitable de los ajíes verdes y rojos, de los tomatitos maduros y las cebollitas de verdeo, del ajo, el pimentón y las salchichitas! La conmovida despedida musical del nieto mostró su hilacha de fantasía candorosa.

La mejoría de Tola consolidó mi decisión del viaje a Barcelona. Pedí una licencia en el instituto, le escribí a Eduardo y le confirmé que iría a la boda. Canjeé las millas que acumulaba con celo por el pasaje más barato: Barcelona, con escala en Madrid, y después me puse a pensar en la valija, en la ropa y los accesorios apropiados para aquella boda que se anunciaba muy formal y muy española. Cuando abrí mi placard me sentí abatida: como en otra radiografía de mi alma, no vi allí más que ropa de batalla o pasada de moda, colgada al descuido en perchas precarias: pantalones, faldas, blusas, todo mezclado sin ningún criterio de orden y menos aún de coquetería. Me prometí, al regreso, con ese ímpetu de optimismo que sobreviene con los viajes, ocuparme del tema. Cerré el placard avergonzada. La llamé a Eva para pedirle ayuda y salimos juntas de compras. Salté de las ideas macabras de los últimos días —cremaciones, cajones, bóvedas— a los abalorios: sandalias, collares, carterita y algún vestido elegante que después pudiera serme de alguna utilidad.

Un día antes del viaje pasé por el instituto a cobrar y a despedirme de Kerry.

—Tengo algo para vos —me dijo Kerry. Y me alargó una bolsita tejida de colores—. Es una yisca —me aclaró—, las hacen las mujeres wichis con las fibras del yaguar.

Me la puse en bandolera y le di un abrazo a mi amigo.

—¡Gracias, Kerry! Me encantan los colores; además, es del tamaño justo para llevar los euros bien cerca del cuerpo.

—Sirve para algo más importante —dijo él.

—¿Para acordarme de vos?

—Para que pase lo que pase, no te olvides de cantar.

—¿Yo? ¿Cantar? ¿Pero alguna vez me escuchaste?

—No, no hablo de “ese” cantar.

Kerry sacudió la cabeza.

—Tendrías que escucharlas alguna vez a las mujeres wichis. Mientras cosechan la planta y desfibran las hojas, cantan. Mientras hilan las fibras y las tiñen, cantan. Y mientras las tejen, sobre todo mientras las tejen, cantan. No es un canto “artístico”, es un canto vital. *That's it.*

II

El vuelo a Madrid salía al atardecer. Camino a Ezeiza nos detuvo casi una hora un piquete en la ruta que casi me hace perder el avión. Llegué con los minutos justos para embarcar. Como en una remanida escena de película corrí por los pasillos, pasé por los controles salteándome la fila de otros pasajeros, y por fin subí a los saltos la escalerilla del avión que cerró su puerta detrás de mí. Como compensación, tuve la suerte de que me tocaran dos asientos vacíos junto al mío. En cuanto terminé de comer, agotada, me dormí por algunas horas. Hasta que el avión empezó a moverse. Había pozos de aire que en otra época me aterraban pero que, en los últimos años, había aprendido a dominar. Todo consistía en no oponer resistencia, en dejarse caer hasta el fondo y rebotar cada vez hacia arriba, como en un juego. Y así, cabalgando pozos de aire a diez mil metros de altura, en ese ámbito enrarecido y alienante que crean los aviones, algo más profundo se habrá sacudido dentro de mí porque recuperé, vívido, uno de los recuerdos más antiguos que debo tener de Celso. Una mejilla rasposa, un olor a loción de afeitar, y después una oleada de pánico voluptuoso cada vez que me alzaba y me dejaba caer con brusquedad desde lo alto de su cabeza hasta el piso. ¡Ah! ¡El vértigo siempre era demasiado breve! Cerré los ojos fuerte, traté de empapar me de aquellas sensaciones, de asirlas y meterme en ellas como por un túnel del tiempo, pero el ensueño se desvaneció. También los pozos de aire cesaron y el avión empezó a deslizarse como una seda, como si hubiera cumplido ya con su consigna de traer a la superficie aquel recuerdo fugaz y me dejara ahora tranquila flotar en su estela. En ese primer juego, pensé, debía estar cifrada una de las primeras ilusiones de la vida: la promesa de que siempre habría una forma de romper los límites, las leyes organizadas del tiempo y el espacio, la cara habitual de las cosas, la claustrofobia del propio cuerpo.

Cuando ya no estuve en edad para que Celso me hiciera volar tomándome de las manos o de los codos, llegó la fascinación de los parques de diversiones. Un programa que para él debía ser una tortura, pero al que cada tanto accedía. Una vez, quizá como forma de escarmentarme y, a su vez, de liberarse, se subió conmigo a una especie de avión articulado que se elevaba y giraba en distintos sentidos hasta que uno quedaba suspendido y boca abajo por unos instantes. Yo tenía un tapado verde con un sombrerito que, en las enrevesadas maniobras de aquel juego, se me cayó y que después Celso pudo recuperar, cuando nos desataron las correas y salimos del avión: yo pálida y a los tumbos, y él consolándome, angustiado tal vez por la idea de que aquello había sido un error. Pero mucho más que el mareo y el susto, lo que más persiste de aquella aventura es el

tacto áspero, el color verde brillante y la redondez de mi sombrero cayendo al suelo del avión —que antes había sido techo— como evidencia irrefutable de que el mundo se podía dar vuelta, de que muchos otros vértigos estaban por venir.

Llegué a Barajas por la mañana muy temprano, adormilada y con dolor de cabeza. Pero al bajar por la escalerilla, el aire límpido y cortante, el olor a frío y a metal, la conciencia aguda de estar en otro país me despejaron por completo.

El aeropuerto estaba inusualmente tranquilo, terminé muy rápido mis trámites de migración y encontré enseguida el autobús que me dejaría en la esquina del departamento de los Cardini. Helen me había propuesto pasar allí aquel día con su noche y me había mandado un mail con instrucciones tan precisas que me habían conmovido primero y convencido después de aceptar. Cuarenta años atrás, cuando llegué por primera vez a Madrid y era una adolescente muerta de miedo, también Celso me había escrito una guía para la llegada donde cubría toda eventualidad en un cuadro arborescente, casi novelesco, ilustrado cada tanto por algún dibujito. Yo lo llevaba en la cartera junto con las pesetas y el pasaporte, como un amuleto poderoso. Sola en el avión, lo abrí varias veces, repasé cada paso y cada dibujo: desde el avión despegando de Ezeiza, hasta la llegada triunfal subrayada por un “Olé”. Nada me podía suceder porque Celso estaba allí, en sus palabras y en sus trazos humorísticos que era tal vez donde mejor sabía estar.

Bajo esta redoblada protección, y a medida que las cosas se iban cumpliendo tal como estaba previsto, me dejé ganar por una euforia un tanto desmedida, como si aquella benevolencia fuera un triunfo personal sobre las oscuras reglas de la adversidad. La avenida Castilla estaba de camino entre el aeropuerto y el centro y era fácil de reconocer; el edificio, tal como me lo había descrito Helen, hacía esquina con la calle Navarra y era gris y elevado como un mascarón de proa.

Helen me abrió la puerta con entusiasmo, antes siquiera de que yo hubiera tocado el timbre y, después de servirme un té con tostadas, me conminó a hacer un recorrido por la ciudad siguiendo el trazo que ella misma había dibujado en un mapa turístico. El programa incluía como broche final una visita al Museo Reina Sofía. La idea era aprovechar hasta el último minuto de mi único día en la ciudad. Ella tenía toda la tarde ocupada pero me encontraría a la noche para comer en su casa. Así que me dio un juego de llaves y yo, por cortesía, sin siquiera darme una ducha o descansar un rato, salí a la calle dispuesta a seguir sus planes paso a paso. Aunque terminé agotada, tengo que agradecer aquella visita al Reina Sofía donde estaba por entonces el Guernica y, mejor aún, los bocetos y estudios previos que Picasso había hecho antes de llegar a la composición final. Me conmovieron casi más que el mismo Guernica. Me pareció que allí se revelaba —aun para alguien un tanto insensible como yo para las artes plásticas— el trabajo obstinado del arte, su ensimismamiento feliz o atormentado. Recordé a Kerry hablando de la concentración con que las wichis tejían sus mantas y sus yiscas, de cómo las acompañaban con su

canto, y pensé que le gustaría una de aquellas reproducciones. Elegí en la tienda del museo uno de los estudios de la cabeza del caballo: una cabeza dislocada que lanzaba su grito desesperado al cielo, la lengua aguda como un puñal, los dientes enormes y desbaratados que nunca más podrían arrancar los yuyitos apacibles del campo.

Cuando volví de mi recorrido Helen todavía no había llegado, así que pude deambular a mis anchas por el departamento. El desorden y el olor a humedad y a polvo de los libros viejos me resultaban familiares. Había libros y revistas por todas partes, en el piso, en estanterías abarrotadas, en mesas y repisas. Me puse a mirar algunos títulos y descubrí de golpe, como si me dieran una burlona bienvenida, una docena de tomos de la Espasa Calpe. Me quedé alelada: ¿serían los que yo había tirado? Pero no, era una edición mucho más nueva que la mía y se detenía caprichosamente en la letra “ñ”.

Más allá de las estanterías, un gato siamés dormía enrollado en un sillón. Cuando me advertió, se desenroscó y saltó al estante más alto de la biblioteca desde donde me podría vigilar mejor. Para mi sorpresa, el gato casi no tenía cola. Supuse que habría tenido algún accidente. Me asomé al cuarto de Helen y a un segundo cuarto que se abría en el mismo pasillo. Imaginé que sería el de huéspedes, aunque estaba lleno de valijas y de muebles en desuso. Por último abrí el ventanal y salí a un balcón circular lleno de macetas de todos los tamaños y en diversos estados de vitalidad: algunas parecían frescas y lozanas, pero la mayor parte languidecía, como si nadie las hubiera regado durante meses. El viento a esa altura, me explicaría después Helen, no las dejaba vivir en paz. Mi suposición sobre el accidente del gato tampoco resultó acertada. El gato había nacido así, sin cola: era un gato desnaturalizado y bastante dañino a juzgar por los desgarrones de los tapizados y las cortinas. La Espasa incompleta —como la cola del gato— era el resultado de la encarnizada separación entre Cardini y su última mujer. Tampoco el cuarto de huéspedes era de huéspedes, hacía años que nadie dormía ahí, y Helen no me lo recomendaba porque seguro que me daría alergia. Yo dormiría con ella, en su cuarto.

Me sobresaltó la idea de compartir el cuarto con una mujer tan mayor, a la que conocía desde hacía muy poco tiempo. Pero a esas alturas estaba tan cansada que no me quedaba más que aceptar, así que me duché, me puse el camisón y me metí en la cama paralela a la de Helen que tenía un colchón duro y monacal como los que siempre recomendaba mi médico. Me debo haber dormido en pocos minutos porque no escuché para nada a Helen hasta que, en medio de la noche, me despertaron sus ronquidos. No eran demasiado ruidosos, se trataba más bien de una serie de silbidos que ella ejecutaba con un ritmo personalísimo: por momentos agudos, por momentos graves y cavernosos, y, cada tanto, con un súbito silencio que hacía abrigar ilusiones. Pero no, al poco tiempo la cosa recomenzaba. Di vueltas en la cama sin saber qué hacer. La idea de levantarme y tropezar con el gato sin cola, o la de despertarla a Helen en medio de su sueño me mantuvieron clavada en la cama. Habré pasado una o dos horas luchando contra el insomnio, repensando detalles absurdos de algunos temas que me habían ocupado los últimos días de Buenos

Aires: el alquiler de una nueva cama ortopédica para Tola, la aparición de un hormiguero en la cocina, pero sabía que por detrás de toda aquella cáscara estaba Daniel y la sospecha brumosa de alguna infidelidad. Para ahuyentar nuevas especulaciones, me concentré en algunas obras de Cardini, intenté reconstruir los títulos de sus novelas y sus argumentos. Sabía que la última la había escrito íntegra desde la cama. Entonces me sacudió la revelación: ¡yo estaba durmiendo en “aquella” cama!, ¡en la cama de Cardini! Me senté de golpe, como si el colchón ardiera. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? La cama era idéntica a la de Helen, dos camas gemelas que después de la muerte de él, ella habría mantenido exactamente en su misma posición. Me estremecí. Teniendo en cuenta el sentido práctico de Helen, no había nada extraño en que volviera a usarla, que la ofreciera como en este caso a la amiga de unos amigos. Tal vez para ella aquel mueble no conservaba ningún tipo de espíritu, de energía o huella inquietante de la presencia de Cardini. Era una cama y eso era todo. ¿Y para mí qué? No soy supersticiosa, pero la idea de pasar el resto de la noche en el mismísimo, íntimo y último refugio donde Cardini había pasado tantos años mascullando su melancolía me daba repelús. Me levanté sin hacer el menor ruido. Fui hasta la cocina, tomé un vaso de agua y me arrellané en el sillón que el gato maligno había dejado vacante ya que dormía sobre una alfombrita. Dormité hasta las siete de la mañana. Aproveché que Helen todavía no se había despertado para ordenar mis cosas, preparar café y estar lista para partir en cuanto me fuera posible. Mientras lo hacía no dejaba de pensar en este curioso preámbulo al próximo viaje “literario” que me esperaba en Barcelona.

Cuando por fin nos despedimos, le agradecí a Helen su hospitalidad y ella me regaló de recuerdo —“para que leas en el avión”, dijo— una de las policiales de Cardini. Era de un tal John Donway, se llamaba *La palabra final* y en la última página, al parecer escrito por su puño y letra decía: “un escritor perezoso”, lo que proviniendo de Cardini, tanto podía ser una crítica como una palmada cómplice de amistad.

Llevé el libro en la cartera pero no llegué a leer ni una página. En el vuelo a Barcelona se sentó a mi lado una mujer japonesa, de edad incierta. Me dedicó una sonrisa y empezó a hablarme con una voz modulada y suave. Todo en ella sugería esa idea de exquisitez y medida que los occidentales tenemos sobre las geishas. Yo le contesté en mi mal inglés, embarrándome en las palabras, pero ella me aclaró: “No English, no English”. Así que empecé a hablarle en español, gesticulando un poco más de lo necesario. Pensé que no debía entenderme nada, pero en todo caso no le importó. Volvió a hablarme en japonés, y yo a mi vez en castellano. Cada una en su idioma llevamos adelante durante más de media hora algo que podríamos llamar una conversación. Yo le conté que venía de Madrid, que había dormido en la cama de un gran escritor, que iba a encontrarme con mi hermana y con algunos papeles de mi padre. Ella inclinaba la cabeza con gracia, abría los ojos con atención, recogía mis palabras con delicadeza. A su vez, me hablaba y

me contaba algo que la entristecía porque cada tanto suspiraba y sus ojos parecían velarse. También le hablé de Daniel y ella, estoy segura, de alguien a quien quería. Algo nos había unido, y no era el sentido de las palabras. Fue como haber cantado o dibujado juntas, como haber hecho un ikebana o unos pasos de baile juntas. Cuando llegamos a Barcelona, me tomó las dos manos y me dedicó una reverencia profunda. Yo hice otro tanto y nos separamos probablemente para siempre.

Mi hermana Aline había dejado a su hija con el padre en su pueblo de la Provenza, y llegó a Barcelona apenas un día después que yo.

En cada uno de nuestros encuentros sucedía algo parecido: nos abrazábamos emocionadas, con la conciencia de que en ese abrazo uníamos las dos puntas de una familia y de una geografía desbaratadas, después nos mirábamos con extrañeza, como en un espejo donde los rasgos de Celso hubieran ensayado distintos caminos (variantes como los estudios de Picasso que había visto en Madrid), pero que en esa libertad no habían hecho más que reafirmar su origen. Estar juntas, sobre todo los primeros días, era vivificante pero también un poco incómodo, había que encajar esta presencia entre las dos, recibir cada una la oleada de recuerdos, reproches o tristezas que volvían a la orilla de la memoria y seguir adelante. Yo me sentía menos vulnerable, era veinte años mayor que ella y estaba fortalecida por el trabajo sucio del tiempo: distancia y apatía. Ahora teníamos, además, el tema de las cartas. La curiosidad y la extrañeza de esa aparición, la amenaza de meternos en un terreno espinoso sin tener muy claro por qué deberíamos hacerlo.

Pocos días después se nos sumó Eva que había tomado la decisión intempestiva de viajar y encontrarnos en Barcelona, ciudad que ella adoraba y donde había vivido un tiempo largo en su adolescencia. Aprovecharía para viajar después a Praga y encontrarse allí con unos parientes de su madre. Se armó así un frente femenino perfecto no sólo para hacer turismo en la ciudad, sino para correr aquella aventura inesperada del viaje a Calmell: Eva, parte vital de mi historia, sería un factor de equilibrio entre mi hermana y yo. Aline era mucho más joven, se acababa de separar, y todavía estaba apegada a la idea de un gran amor entre sus padres, un pilar de su adolescencia que con los años empezó a resquebrajarse, desde que Magda reveló bajo la luz cruda de la viudez sus aristas más neuróticas y egoístas. Llegamos a decirnos, ella y yo, que Celso se había equivocado las dos veces, que entre mi madre y la de ella había una común incapacidad o inadecuación con la vida. Pero aun así la historia que podríamos desempolvar en Calmell parecía perturbarla más a ella que a mí.

Habíamos elegido un hotel pequeño, en rigor un hostel cercano al Palau de la music, sobre la Via Laietana donde ya me había alojado alguna vez. Lo regenteaba Monserrat, una granadina a la que bautizamos “la profesional” por la forma en que encarnaba el cliché completo de la alegría andaluza: los catalanes para ella tenían “mala follá”, un equivalente a nuestra mala leche, y establecía con nosotros una complicidad divertida, de emigrante a emigrante, ya que una parte de

su familia se había instalado en la Argentina hacía décadas y otra se había instalado en Cataluña.

Era mayo en Barcelona y el tiempo estaba soleado y suave. Los primeros días se pasaron muy rápido entre paseos, tapas y conversaciones banales. Y pronto llegó el día de la boda que resultó esplendorosa, cuidada hasta el menor de los detalles, o casi. La hija de mi primo se casaba con un mexicano mucho mayor que ella y con un encanto irresistible apodado “Cuchillo” (y al que llamaban Cuchi, más tiernamente, para no despertar suspicacias). Toda la familia había venido desde México a la boda, y la comida y la música también casaron las tradiciones respectivas: mariscos y burritos, sevillanas y mariachis. El único momento tenso fue durante el discurso de Eduardo que, en medio de tanta formalidad, se despachó con unos textos que dejaron en el máximo desconcierto a los familiares mexicanos de apellido Bosco. Vestido de frac, bajo las luces de colores con que se había adornado el jardín, arrancó con un “Boscós, ¡jojo!, yo los conozco” inspirado en la letra de “Los Orozco” de León Gieco. A medida que avanzaba con la adjetivación (¿por qué la “o” sería tan generosa en adjetivos peyorativos: locos, golosos, cómodos, morosos, chotos, rotosos?) la familia Bosco se mostraba más y más perpleja. No podían dilucidar si aquello era una gracia catalano-argentina o una ofensa. Me volví hacia donde estaba el padre de Cuchillo, un hombrecito menudo, de cara lo que se dice enjuta y con un gran bigote oscuro, compensatorio, que resultaba ostentoso para sus proporciones. Por un momento vi brillar algo feroz en su mirada. La codeé a Aline que estaba a mi lado. Ahora se arma la balacera, le dije medio en chiste aunque de verdad un poco preocupada por aquel desatino. Pero también vi que alguien se inclinaba sobre el padre del novio y le daba explicaciones. Al mismo tiempo, Eduardo se las arregló para enderezar el rumbo y mandar una seguidilla de alabanzas: “Son grosos, los Bosco, yo los conozco, son fogosos, todos colosos, ¡oh los Orozco! Yo los toco, los tomo, los voto, los corroboro”.

Después de sus destrezas con la o, terminó su discurso saltando a la “i” y exhortando a la joven pareja: ¡Id, vivid, existid, insistid! Por fin, para alivio de todos, dejó el micrófono y bajó del podio exultante: su espíritu disidente seguía vivo.

Cuando la fiesta ya estaba terminando, Eduardo me buscó con la mirada, se acercó y me dio un abrazo.

—No sabes, Laura, cuánto pensé en Celso durante esta noche. En mi discurso, lo tenía riéndose a mi lado —dijo señalando su flanco—. Como en mi propia boda. Ven que te voy a mostrar unas fotos antes de que te vayas.

Me llevó a su escritorio y sacó de un estante un álbum repujado de cuero: eran las fotos de su casamiento. Empezó a pasar las páginas y a señalarme cada vez que aparecía Celso: Celso, decía en voz baja, Celso. Y aquí otra vez, y aquí, y aquí.

—Tu padre siempre fue una figura importante en mi vida, más aún cuando me vine a Europa. Imagínate, yo era un paria en Barcelona. Huérfano de padre y con una madre remota de la que sólo

podía mostrar fotos. Carmen, en cambio —dijo, señalando hacia el jardín—, era una chica de buena familia, una familia numerosa y brillante. —Desde afuera llegaban todavía los ecos vibrantes de la fiesta, ilustrando las palabras de Eduardo—. ¿De dónde salió este sudaca?, se preguntaban todos. Cuando por fin nos casamos, tu viejo vino desde París especialmente para ser mi padrino. Y se los conquistó a todos.

Ah, Celso el conquistador, pensé. Lo recordé entonces, diciendo con ironía que Eduardo era su experimento, que él sólo sabía ser padre de hijas mujeres.

En ese momento vimos aparecer a Aline que se asomó a la biblioteca y, sin decidirse a entrar, se quedó mirándonos desde allí con una sombra de desconfianza. Tal vez la irritara mi cercanía con Eduardo. (Él no era, en rigor, “mi” primo: era “su” primo, por parte de Magda. Pero Celso nos había ligado. Y una misma generación de terrores y de exilios).

—Te estaba buscando para irnos —dijo al fin.

—Hablábamos de Celso —me atajé.

—Pues sí, Celso fue como un padre para mí —dijo Eduardo y cerró el álbum con pena, como despidiéndose de aquella época lejana en la que el joven novio había sido él.

Aline siguió inmóvil apoyada en el marco de la puerta.

—¿Como un padre? —repitió y sacudió la cabeza, en un gesto que tenía más de irritación que de asentimiento.

La mañana en que Aline, Eva y yo salimos hacia Calmell, era especialmente radiante y las tres compartíamos esa ligera euforia que se siente al iniciar un viaje. Éste sería breve, apenas unos cien kilómetros, pero no tendría nada de monótono: el trayecto iba siempre bordeando el mar, desgranando pequeños pueblos a lo largo de la Costa Brava.

Discernir entre las dos redes de trenes, la catalana y la nacional, fue fácil porque Eduardo nos había dado instrucciones muy claras: debíamos seguir siempre el ícono amarillo de la “C” invertida de Renfe y hacer caso omiso del ícono rojo.

Después de deambular por los pasillos del metro durante una buena media hora, desembocamos por fin en el hall central de la estación de Sants donde una multitud de gente iba y venía en todas direcciones.

Me detuve un momento, intimidada por ese vértigo de simultaneidad. Podría disolverme allí, pensé. En cambio Celso amaba los aeropuertos, las grandes estaciones de trenes, el corazón dilatado donde miles de destinos se entrecruzaban indiferentes, casi sin rozarse.

Eva y Aline que habían avanzado un trecho, dieron marcha atrás para sacarme de mi letargo. Ya habían descubierto la cartelera que anunciaba todas las partidas. Me acomodé sobre el hombro la correa de la cartera y las seguí apurada. Apurada y con coraje, porque eso era lo que hacía falta para viajar, un cierto coraje que últimamente me estaba faltando.

Localizamos nuestro tren y después hubo que vérselas con la máquina expendedora para comprar los tickets. Eva y yo, con nuestra castigada experiencia de argentinas, mirábamos el artefacto con desconfianza. Aline, en cambio, metió sin vacilar un billete de cien euros dentro de la ranura y esperó sin gota de inquietud los tickets y el vuelto, exacto hasta la última moneda.

Llegamos al andén a las diez en punto y nos subimos al tren que arrancó pocos segundos después con un rumor aceitado de máquina de primer mundo. Extrañé los chirridos y el traqueteo de los nuestros: eso era para mí un tren, tal como lo habían forjado en mi recuerdo infantil los viajes a Ramallo y a Mar del Plata. Éste era demasiado moderno y aséptico y llevaba muy pocos pasajeros. Aun así, tardaríamos más de una hora y media en llegar a destino porque no era directo. Conté las estaciones que había entre Barcelona y Calmell: doce. Pero qué importaba si casi todas traían el nombre prometedor del mar: Arenys de mar, Bessos de Mar, San Antoni de Mar, Ocata de mar, San Joan de mar. Leí en voz alta los nombres en el panel que estaba sobre una puerta, con el mismo regocijo de un chico que acaba de aprender a leer y deletrea cada anuncio que ve a su paso. Aline me miraba un poco asombrada. ¿Ésa era su hermana mayor?

Eva y yo nos sentamos juntas en un asiento y Aline en el asiento de enfrente, inclinada hacia nosotras, mirándonos alternativamente. Necesitaba hablar y ser escuchada. Nosotras dos, suponía, seríamos capaces de darle alguna respuesta valiosa, alguna estrategia para salir del pozo de incertidumbres en que la había dejado su separación. Cómo decirle que no había respuestas ni consejos, que lo que le dijera el otro podría parecer que iluminaba un instante algo de su perplejidad, pero sólo parecer, y sobre todo que nada podría calmar un átimo de su dolor. Sólo quedaba disponerse a seguir el viaje, entregarse a la lenta anestesia del tiempo.

—Es como subirse a un tren, Aline, hay que dejar pasar las estaciones, no impacientarse, porque al final se llega...

—¿Se llega?, ¿a dónde? —interrumpió Eva.

—A los años de ella, a lo que se llama “rehacer su vida”...

—O sea a otro hombre —dijo Eva con un suspiro que no tenía nada de romántico. Y después, con voz de actriz—: “Yo tengo una vida” o “quiero una vida”, “I have needs”, “Me voy a poner algo más cómodo”.

Hay que ver lo hipócrita que es el lenguaje.

Después de un rato de hablar, Eva y yo nos fuimos impacientando. Nos resistíamos a alimentar una abominable conversación de auto-ayuda que daba vueltas y vueltas inútiles sobre el mismo tema. Yo quería entregarme a la pasividad gozosa en la que te sume un tren (él es el cuerpo y el movimiento), dejarme llevar por cualquier ensoñación, dormir, mirar por la ventanilla. Pero Aline no nos daba tregua. Ciega al paisaje, no podía advertir ni la luz esmeralda que llegaba desde la costa, como mojada de mar, ni las playas que se sucedían en cada pueblo, dejando aparecer cada tanto tramos de costa solitaria, paréntesis de puro esplendor.

—Miren, miren —decía yo a cada rato.

Todos los balnearios me producían la misma exaltación, en todos hubiera querido bajarme. Yo quería ser aquella bañista que se metía de puntas de pie entre las olas, o la de más allá que tomaba sol en cruz contra la arena, o la que corría por la orilla detrás de una pelotita. Qué despreocupados parecían todos, y qué extraño privilegio poseerlos de esta manera, uno tras otro bajo mi mirada, todos míos, todos mis actores.

—¡Pero mirá, Aline! —repetía yo con un dejo de reproche.

Aline echaba apenas una mirada de compromiso hacia lo que yo señalaba. Sus ojos seguían presos de su teatro interior.

Enfrascada, pensé yo, qué palabra justa.

Unas pocas estaciones antes de llegar, con un quejido, como si le costara desprenderse del foco principal de su angustia para apuntar hacia otro, me dijo:

—No quiero leer esas cartas, ¿sabés?

Lo dijo con determinación. Pero en la pregunta final, retórica, deslizaba una duda. Ya habíamos hablado del tema. Yo también tenía mis dudas. ¿Con qué derecho las íbamos a leer? ¿A meternos en la intimidad de un hombre que ya no estaba para impedirlo, para reclamarlas? En esta indefensión de los muertos, apoderarnos de sus papeles parecía una traición. Y para colmo, ese hombre era nuestro padre. Lo seguía siendo. ¿Íbamos a romper ese tabú? ¿Un supuesto “valor literario” era justificación suficiente? ¿Acaso el tiempo transcurrido había resecado aquellas cartas, despojando de su sangre, de su carne y sus nervios hasta volverlas algo abstracto, como una calavera blanqueada que pierde su condición macabra porque ya no le pertenece a ningún hombre singular, sino a un hombre genérico, antropológico, y bien puede pasar a ser un adorno en una biblioteca, un pisapapeles filosófico? Eduardo, más pragmático, desechaba estas especulaciones y afirmaba que las cartas eran nuestras. Nosotros no las habíamos ido a buscar, no se las íbamos a arrebatar a nadie (como en los papeles de Aspern), ellas se habían abierto paso por aquella maraña de hechos fortuitos para llegar a nuestras manos. Además, ya habían sido leídas por otros: el caballero Ferrán, sin duda, porque formaba parte de la historia. ¿Y Oriol? Oriol, un perfecto extraño, había opinado sobre ellas con un entusiasmo gastronómico: “rebosan poesía”. Tal vez hubiera otros lectores desconocidos, entonces, ¿por qué no las leeríamos nosotras, sus dos hijas adultas?

—Aline, no sé qué voy a hacer.

Era verdad. No lo sabía. Ya vería cuando llegara el momento. Confiaba en que una frase, una palabra entrevista al azar, me dieran la clave. Recordé cómo, apenas dos días después de su muerte, me había llegado desde Francia una de sus cartas. Como una afirmación de que seguiría vivo. De que me seguiría escribiendo, o hablando, desde donde fuera que estuviera. Había instrucciones acerca de ciertos trámites que yo debía hacer en su nombre, mencionaba algunos proyectos futuros y, como siempre, hacía análisis exhaustivos de cuestiones familiares que lo preocupaban. Leí y releí aquella carta muchas veces durante el primer año de su muerte. Todas sus

palabras resultaron entonces las últimas, en todas había que encontrar consuelo y adiós. También esta vez él me daría alguna pista, distraídamente, según su estilo. Así me había enseñado a nadar, sentado en el borde de la pileta, mientras conversaba con un amigo. “Cuando te parece que te hundís, agarrate de mi pie”. Eso era todo: su pie, como una mano tendida, pero a la distancia, estaría allí para tranquilizarme. Muchos años más tarde escribió para mí un poema sobre la muerte: que no tuviera miedo decía, él me iba a enseñar, de la misma forma en que me había enseñado a nadar. Me entregué a esas palabras con convicción porque él supo cómo perfeccionar su propia muerte, y me seguía entregando incluso ahora que yo era más grande que él, y era él quien parecía perdido en Calmell.

Aline todavía me miraba, esperando definiciones.

—¿Cómo aprendiste a nadar, Aline?

Mi pregunta intempestiva no pareció sorprenderla.

—En la piscina comunal —dijo—, nos llevaba el Liceo, como a todos los chicos.

Me callé. El recuento de lo que cada una había obtenido de ese padre era un tema arduo. En alguna época creí que ella se había llevado la mejor parte, pero no estaba entonces en posición de ser ecuánime.

Una vez, en sueños, había querido partirle la cabeza. Fue cuando la conocí, en uno de los viajes programados por Celso. Ella tenía pocos meses, cinco o seis. Al principio, el encuentro fue fácil: ella era una beba y yo tenía más de veinte años. Pero, a medida que transcurrieron los días, aquella visita se me volvió un infierno de celos. Yo no podía arrancarle el pelo, ni meterle el dedo en un ojo, ni pellizcarla como harían otros con sus hermanitos menores. A mi edad, los celos y sus venenos debían reprimirse, estar domesticados; en todo caso, destilarse por caminos invisibles y tortuosos. Debía ser testigo mudo y aquiescente de la forma en que Celso ensalzaba cada avance de Aline como si fuera una novedad portentosa y no un mero trámite biológico. Aline (hija de madre siempre amada) un día se sentaba sola, o investigaba un enchufe, o escupía el puré o chillaba antes de dormir resistiéndose a abandonar ese mundo perfecto donde ella era tirana. Y, cada vez, él me clavaba con candor su estocada: no me acuerdo de que vos hayas querido meter los dedos en los enchufes, decía, ni si tenías problemas para comer o para dormir. Recordaba bien poco, casi nada —ah, la extrema juventud de aquel padre— y en cambio glorificaba la menor morisqueta de Aline —ah, la asquerosa debilidad de los padres viejos—. Lo entiendo ahora. Pero por entonces, de visita en su casa, en aquel otro país, y en aquella otra familia, yo no podía mirarlo a los ojos sin que me inundara una angustia que amenazaba con desbordarme. Lo menos que podía hacer era soñar. Así fue como una noche puse la cabecita de Aline contra el marco de una puerta y después pegué un portazo formidable, método que usaba para romper nueces en casa, donde sin duda no había rompenueces, y casi nunca nueces. El sueño me ahorró la visión del resultado del golpazo, pero me desperté aliviada dispuesta a absorber la próxima andanada de los celos.

Años más tarde, recuerdo otra escena en una juguetería. Aline tendría apenas tres o cuatro años y se iba cargada de juguetes. Sin embargo, quedó fascinada por una bicicleta de color rosa adornada con banderines, pompones y calcomanías. Es muy grande para vos, le explicó Celso. Pero ella no escuchaba razones y empezó a tironear del manubrio. Primero nos reímos, pero pronto la escena se transformó en berrinche. Celso tuvo que abandonar su fe en las palabras y forzar las manitos de Aline —una lucha dedo a dedo— para que soltara su presa. Con el llanto que arreciaba, consiguió por fin desprenderla de la bicicleta y de aquel lugar y hacerla avanzar por la calle. Él iba serio, consternado por haber tenido que usar la fuerza (y no la disuasión que debía ser el verdadero talento de un padre). Yo, en cambio, caminaba liviana, un solapado alboroto de alegría en el pecho: por una vez, Aline no se salía con la suya. Cuando llegamos a una esquina, con las mejillas rojas y la cara llena de lágrimas y de mocos, Aline le gritó a Celso entre dos sollozos: “no te quiero más”, “ahora no te quiero más”. Era la amenaza más primaria y también la más efectiva, la que todos los chicos deben haber proferido a sus padres alguna vez. ¿Todos? ¿Se lo habría dicho yo alguna vez a Celso? “Vos nunca diste trabajo”, me decía mi tía Male. La marca de la docilidad, de la comprensión, parecía acuñada desde la infancia.

También Aline habrá tenido celos de mí. Yo era la hija mayor (hija de una patria añorada), la que tenía abuelos y abuelas y primos y tíos y amigos de los padres desde la infancia y un pueblo del que venían otros primos y amigos, y escuela y recuerdos que atravesaban más de una generación. La que creció de manera más acorde con el tiempo de sus padres, la que tuvo, aunque fuera lejos, un padre para la adolescencia y la juventud, y no orfandad. Y, sobre todo, la hija de la que él decía “ella entiende todo”. También ella habrá soñado alguna vez que me reventaba la cabeza. Pero la distancia entre nosotras, la diferencia de años, la falta de convivencia, habían impedido los lentos trabajos del rencor. Sin la terquedad de los días, no se enquistan los celos ni los resentimientos.

El tren, al ir llegando a Calmell, hacía un ligero rodeo tierra adentro, de manera que la estación no estaba en pleno centro sino un poco más retirada. Tuvimos que tomar un autobús para llegar hasta allí. Eran sólo unos minutos de viaje atravesando lo que parecía un polo de servicios —gomerías, vidrierías, repuestos—, pero de pronto, al subir una cuesta y bajarla luego por una curva suave, caímos sobre el pueblo. Desde la altura del bus y sus ventanillas panorámicas, el conjunto se dominaba completo, colorido y diligente como si fuera un acto premeditado de seducción al recién llegado. Calmell era un típico pueblo de pescadores que había crecido hasta alcanzar el estatus de ciudad veraniega, pero conservaba más que otras, al menos eso me pareció, el encanto de su sencillez original. Nos bajamos en la costanera y recibimos de lleno el aire que llegaba desde el mar, un aire marino atemperado, sin ese exceso de sal, de yodo y de empuje del atlántico. Pero ahí estaba, a tan pocos metros que me desprendí del grupo y bajé corriendo hasta la orilla. Me saqué las sandalias y toqué el agua fría. Abrí los brazos hacia el horizonte en ese gesto vano como de querer abarcarlo todo y respiré hasta que sentí frío en los pulmones. Después me

arremangué el pantalón y avancé un poco más por la orilla, junté espuma en las manos y me la pasé por la cara y por los brazos. Eva y Aline me miraban desde la rambla, condescendientes, esperando que yo terminara mi pequeña ceremonia de saludo al mar.

Cuando me reuní con ellas, Aline acababa de recibir un mensaje de Oriol. Nos pedía que camináramos a lo largo de la costanera y nos aseguró que en unos diez minutos se cruzaría con nosotras: él nos reconocería pero, por las dudas, llevaría unas carpetas bajo el brazo para que lo identificáramos.

Como era sábado al mediodía, un mercadillo típico se extendía a lo largo de un trecho largo de la costanera. Caminamos tranquilas, deteniéndonos en los tenderetes a mirar tal o cual baratija. Llegamos incluso a comprar un sombrero y unas pulseritas de cuero. Tal vez tratábamos, Aline y yo, de dilatar el encuentro con Oriol, con las cartas, con nuestro padre.

Por fin, después de dejar atrás el mercadillo, vimos aparecer la figura de un hombre alto y desgarbado con carpetas o libros bajo el brazo; avanzaba rápido, a contraluz, y el pantalón le quedaba corto o se le enredaba en las piernas, haciendo que sus pies parecieran demasiado grandes. No pudimos precisar su cara hasta que lo tuvimos casi frente a nosotras. Era bastante parecido a esa contraimagen que yo le había inventado cuando recibía sus mails. Tendría unos treinta y pocos años, el pelo oscuro, la nariz afilada y singular, y unos ojos achinados detrás de unos anteojos de marco grueso. Oriol parecía, en efecto, un “inquieto historiador”, lleno de ideas arrogantes, se diría, por la manera de llevar la frente en alto. No terminaba de decidir si el conjunto me resultaba atractivo o lastimero cuando nos saludó, acertando con el nombre de cada una: su voz barrió de un plumazo todo lo que su cuerpo y su manera de caminar habían anunciado a lo lejos. Eva me dio un codazo disimulado. También ella lo había percibido. ¿Qué tenía esa voz? Era profunda y serena, sí, pero no era sólo eso. Aline, más joven, se había puesto en guardia y desempolvaba, pese a su aflicción, unas sonrisas y unas miradas de las que no debía ser consciente.

El archivo del Ayuntamiento quedaba a pocas cuadras de la costanera, aunque para llegar había que internarse por unas callecitas empedradas bastante tortuosas. Oriol nos fue guiando mientras nos hablaba con pasión (de “inquieto historiador”) de Calmell, las ruinas románicas, las huellas de los árabes, las iglesias, las ermitas... Nosotras lo seguíamos un poco a los tropezones, registrando algo de aquella información pero cautivadas sobre todo por el imán de su voz.

Junto a un bar de tapas muy animado a esa hora del mediodía y haciendo esquina con una calle que se llamaba “De los percebes”, se levantaba el Ayuntamiento. Decir “se levantaba” suena a mucho, porque era un edificio sencillo de dos plantas, pintado de blanco, que apenas se diferenciaba de las casas alledañas por su portalón, su escudo y los anuncios afichados en la entrada. El archivo de Calmell no respondía para nada a la fantasía gótica que yo me había forjado de aquellos depósitos de papeles. (Había hecho tantos trámites en Buenos Aires —años de papeleos equivalentes a años de vida—, había esperado en tantos pasillos, detrás de tantas

ventanillas turbias, había enfrentado a tantos empleados pálidos y deshilachados como sus expedientes...).

—Aquí se guardan —aclaró Oriol— desde los mapas del asentamiento románico del siglo III antes de Cristo hasta la última multa de tránsito que se haya confeccionado ayer.

Nos quedamos calibrando semejante hecho. Un agobiante mundo de papeles. Un cementerio donde dormían multitudes de hechos humanos, nudos a su vez de otra multitud de hechos banales o profundos, un enorme caudal de energía humana contenida en una geometría ordenada de galerías, recintos, cajones, estanterías. Y, sin embargo, el lugar era fresco, claro, aireado.

Nos internamos por un pasillo amplio donde se distribuían en forma regular mesas junto a enormes muebles blancos que, según nos explicó Oriol, eran archivadores dobles que se deslizaban sobre rieles y que permitían el mayor aprovechamiento del espacio. España atravesaba entonces una de sus peores crisis, sin embargo lo que se había construido y organizado en épocas de prosperidad seguía en pie. Todo funcionaba, todo inspiraba confianza.

Nos atendieron los responsables del lugar, dos hombres jóvenes y simpáticos que nos recibieron con verdadera alegría. Reunir papeles muertos con historias vivas, como parecía ser nuestro caso, era algo que se daba pocas veces, una felicidad excepcional para el trabajo de hormigas que ellos llevaban adelante con objetivos tan lejanos y abstractos que a veces se les volvían una cuestión casi metafísica.

Nos hicieron sentar en una de aquellas mesas, nos trajeron café y después de algunas palabras más de cortesía, alguien apretó el botón mágico. Uno de los paneles se deslizó sobre sus rieles, y, como en la cueva de Alí Babá, quedaron al descubierto pilas de cajas blancas ordenadas por tamaño en distintas estanterías. Oriol se metió por allí y nos señaló varias:

—En estas tres está el fondo personal de don Ferrán —dijo. Después bajó una de ellas y la trajo hasta la mesa donde Aline, Eva y yo casi no respirábamos. Destapó la caja y extrajo dos carpetas gruesas. Cuando abrió una de ellas, lo primero que pudimos ver fue una foto abrochada a una hoja. El suspenso creció. Oriol me dedicó una mirada y, sin decir ni una palabra, desprendió la foto y la deslizó sobre la mesa hasta dejarla exactamente bajo mis ojos.

Supe que era yo con mi padre aun antes de mirarla.

Estamos en la orilla del mar. Él me tiene con una mano por la nuca, un tierno yugo, porque era muy alto, y porque era su manera habitual de llevarme, más distante que la mano en la mano, o que un brazo sobre los hombros. Abre hacia el cielo el otro brazo y yo hago lo mismo, de manera que componemos entre los dos aquel mismo gesto magnánimo (de recibir o de entregarse al mundo) que yo acababa de hacer en la playa de Calmell. La chica que soy entonces sonrío exultante, confiada; él tiene los ojos entrecerrados, en un gesto de asentimiento, pero que mantiene cierta reserva, cierto filo burlón ante aquella declamada felicidad. Estamos en Mar del Plata. Yo tengo doce años.

Eva, inclinada sobre la foto, me apretó una mano. También a mí el recuerdo y el asalto del

tiempo me conmovían. Pero era una emoción borrosa, fragmentaria como la foto misma. Di un paso atrás. ¿Qué tenía que ver esa imagen congelada conmigo ahora? Habían pasado casi cincuenta años, y te echaban en cara de pronto ese rescoldo de infancia. Algo me apretaba la garganta, sin embargo, algo antiguo y estancado. Pero también me sentía ajena, como si flotara entre corrientes contrarias.

La vocecita de Aline, irreal, cortó el silencio.

—Yo todavía no existía en esa época.

—Ni Magda —acotó Eva, con un resabio de rencor que sólo yo podía entender.

Porque en “esa época” que sonaba ahora tan remota y que parecía querer actualizarse —como las mismas cartas— Eva y yo habíamos empezado a ser amigas y poco después habría nacido su secreto amor por mi padre, probablemente después de aquel verano de la foto, cuando cursábamos el ingreso al nacional.

Aline se había quedado absorta, como si descubriera en ese instante la enormidad de su inexistencia, esa otra muerte engañosa, travestida, pero igual de eterna.

—Celso es muy joven aquí —dije como para consolarla—. Debe tener unos cuarenta años.

—Más o menos mi edad ahora —calculó Aline.

Di vuelta la foto y leí en voz alta:

—Mar del Plata 1959.

—Todavía no había fotos en color —dijo Oriol, que hasta entonces se había quedado en silencio, como avergonzado de asistir a ese momento íntimo.

—Todavía no —dije yo—, pero el fotógrafo era muy bueno. Se llamaba Moreno.

El recuerdo, desleído al principio, se volvía preciso, sobre todo en detalles que parecían secundarios. Moreno usaba una boina negra y tenía un ojo semicerrado y una sonrisa congelada, secuelas de alguna parálisis facial. Parecía estar siempre diciendo “miren el pajarito”, esa frase tonta que se les decía a los chicos para que se quedaran quietos ante la cámara.

—Me acuerdo de esa malla —dijo Eva con su memoria prodigiosa—. Fue el verano en que nos conocimos.

—Era azul eléctrico —dije—, del color me acuerdo bien. —(Otra vez la arbitrariedad de los recuerdos). Yo tenía todavía un cuerpo de nena, pero aquella malla traía un corpiño de goma-espuma, la cintura marcada, le sobraban curvas por todos lados, como señalando el camino que mi cuerpo debía seguir en adelante. Era la primera malla de mujer que me habían comprado. El recuerdo se hace vívido, y la dicha de entonces me roza por un instante, el vértigo de escalar un nuevo lugar en el mundo porque tenía doce años, iba a entrar en el secundario y tenía una malla azul vibrante como la expectativa de los días por venir.

Azul eléctrico, insistí para mí misma.

Entretanto Oriol, hábil para administrar los tiempos, había abierto ante nosotros el contenido restante de la primera carpeta:

—Y éstas son las cartas —dijo.

Allí estaban, desnudas, dejando ver fragmentos de escritura. Algunas estaban escritas a máquina, en otras se veían los trazos de la escritura plástica de Celso. La miré a Aline que se quedó inmóvil, esperando que fuera yo la primera en tocar aquel cuerpo. Puse una mano un poco trémula sobre ellas. Pese a su fragilidad, aquellos papeles estaban enteros bajo mi mano, con esa sobrevivencia brutal de la materia, apenas amarillentos o tal vez con alguna esquina doblada, pero las palabras firmes, enteras. Leí al azar: *pozo, libros, viajaré, contigo, oscilaciones, la familia, Ramallo...* Después las abrí en abanico sobre la mesa, como si fueran barajas, sin decidirme por ninguna.

—¿Por qué están sin sus sobres? —pregunté para ganar tiempo. Y fui consciente de que el tono sonó un poco acusador.

—Se conservan mejor así —intervino Oriol—, extendidas.

Me detuve en un párrafo: *tal vez podamos encontrarnos pero no será más que una forma de crear nuevas despedidas*. La nostalgia anticipada, la resignación que condensaba aquella frase cesaba de golpe en la línea siguiente: *¿podrás acercarle a Pelayo este libro en Madrid?* A continuación estaban los datos del libro. Al parecer, no iba a encontrar allí cartas de pasión desenfadada. Celso era siempre Celso. Seguí leyendo al azar saltando de una en otra:

yo tengo una vida con sus tiempos y sus destiempos, en cambio tú...

tu extrema juventud...

vivimos en dos orillas opuestas...

nadie ha comprendido más profundamente mi esencia, sin embargo...

Dejé de leer. Aline, Eva y Oriol me miraron expectantes.

—Me parece que no hay nada tremendamente íntimo —dije como para tranquilizar a Aline. Y después agregué, con un tonito de mujer aplomada—: Me temo que son, sobre todo, cartas de despedida. Después podemos leerlas más tranquilas.

—Claro —dijo Oriol apoyándome—, para eso les hemos hecho ya una fotocopia de todo.

Creí que lo peor ya había pasado. Pero no era sólo alivio lo que sentí, fue también un súbito desánimo. Un deseo de dejar todo aquello en el mismo estado de letargo en que lo habíamos encontrado. ¿No era mejor un padre completamente muerto, que darle pábulo a los fantasmas, en una época en que era posible —y yo necesitaba— avanzar con mi propia vida? Era demasiado pronto para ceder a los consuelos del pasado.

—Y ésta es la carpeta con los poemas y los otros textos —dijo Oriol, que nos iba empujando con su pragmatismo de funcionario.

Ya habíamos superado el primer cimbronazo de las cartas, y ahora, en un clima más distendido, podíamos repasar los poemas. Tal como habíamos previsto, se trataba en su mayoría de poemas

que poco tiempo después fueron publicados, salvo uno o dos que el mismo Celso habría desechado en su momento. Había también una traducción de un texto de Graham Greene, un breve ensayo sobre el mismo y, por último: ¡la novela inédita! Unas cien páginas abrochadas, con una portada donde se leía el título “Nevermore” y abajo: N de C, inédita, tal como había adelantado Oriol en sus mails. La pasamos de mano en mano, la hojeamos mecánicamente, pero ese material merecía una lectura a fondo.

—¿No les apetecen ahora unas tapas y una cava? —propuso Oriol.

A las tres nos apetecía. Había que hacer pasar esa sombra de sinsentido, ese vacío que se había cernido un momento sobre aquellos papeles, aquellos esfuerzos: ayuntamientos y archivos, patrimonios, cartas poéticas, amores perdidos en el tiempo. Pero, también, una vez más, las cosas demostraban que no tenían más que ir sucediendo para que cada uno las fuera enhebrando en su dogal.

Para coronar la parte formal del encuentro, los funcionarios del Ayuntamiento se sacaron varias fotos con nosotras, nos dejaron sus mails y las promesa de seguir en contacto para contarnos cualquier derivación de nuestra visita.

Cuando salimos a la calle, aunque el sol ya no caía a pique sobre la cabeza, la luz todavía era ardiente. Avanzábamos en desorden junto a Oriol, nuestras sombras unificadas en un cuerpo único que nos precedía con torpeza cambiando de forma cada vez que cruzábamos una calle o que doblábamos en una esquina. Llegamos, a pocas cuadras de allí, al Masnou, un bar de tapas típico del lugar. Oriol tuvo una breve charla con el patrón, esta vez en catalán, mostrando como un pavo real nuevas inflexiones de su cautivante voz. Enseguida nos prepararon una mesa afuera y empezaron a desfilar las gambas y los boquerones, las sardinas, los salmorejos y las patatas bravas, con sus animosas copas de cava. La conversación, vivaz al principio, se fue empantanando cuando Oriol se reveló como un catalanista fanático. Poco sabíamos nosotras de aquellos enfrentamientos y él empezó a atiborrarnos de argumentos históricos que no hacían más que exponer el desprecio y las injusticias del gobierno nacional hacia Cataluña. Me costaba seguirle el hilo. Sentía sobre la falda el peso de la carpeta que nos habían preparado y el de las preguntas que me rondaban. Así que lo escuchaba a medias y observaba cada tanto a una pareja de japoneses con su hijo sentados en la mesa vecina. Los padres festejaban con risitas y pequeños aplausos la llegada de cada tapa mientras que el chico, callado y respetuoso, le echaba miradas curiosas a Oriol cada vez que éste se encendía en su discurso. Cuando el inquieto historiador ya se remontaba al siglo IX y a los reyes godos, Eva, para rescatarlo de tales profundidades le preguntó por la plaza que se abría un poco más allá, al final de nuestra calle, bordeada de altísimas palmeras.

—¿Ésta es la plaza principal de Calmell?

Oriol la señaló con un gesto desdeñoso:

—¿Ésa?, es la plaza del país vecino.

—¿Del país vecino?

—Plaza España.

Nos reímos todos y el chiquito japonés, imitando a sus padres, nos aplaudió como si formáramos parte de los platitos que llegaban a su mesa.

Oriol bajó el tenor de su ofuscación y volvió cortésmente a nuestro tema y a sus funciones de intermediario, con un pedido que reabría expectativas:

—Quiero deciros que don Ferrán estaría encantado de conoceros. Él vive muy cerca de aquí. Tal vez, antes de que os vayáis...

A mí la idea de conocer a Ferrán me atraía. Pero advertí enseguida la reserva de Aline, así que dejamos el punto en suspenso. Iríamos un rato a la playa y, en todo caso, antes de tomar el tren, le hablaríamos.

Después de despedirnos de Oriol, Aline suspiró:

—Con lo de las cartas ya tenemos bastante, ¿no?

Bajamos hacia la playa en silencio, y después de comentar brevemente el encanto contradictorio de Oriol, las tres nos dispersamos por un rato. Aline se fue a caminar hasta la escollera que cerraba la playa; Eva sacó una lona de su bolso y se tiró al sol y yo me fui hasta el borde del mar que se mostraba ahora plomizo y quieto, más cercano a lo terrenal que a la extensión azul del cielo. Unas olitas mansas se formaban y rompían en la orilla, como para no olvidar de todos modos que allí, aunque aletargado, estaba el mar. Yo tenía un pantalón blanco muy suelto, todo lo contrario del pantalón “atubado” que se describía en la supuesta novela de Celso, y para no mojármelo me lo arremangué hasta los muslos. Bajo la luz todavía muy nítida de la tarde redescubrí mi vieja cicatriz en la rodilla. Me la había hecho entre los ocho y los diez años, una vez que iba corriendo por el pasillo largo y desangelado que llevaba a nuestro departamento. No sé qué me habría asustado pero en mi precipitación tropecé y me caí sobre una cubeta de latón con restos de pintura que se me incrustó en la rodilla. Nunca había visto tanta sangre. Deberían haberme dado algunos puntos, porque el desgarrón era grande, pero no lo hicieron (también deberían haberme hecho una ortodoncia, y tampoco). Estaban muy ocupados Celso y mi madre con su propia juventud y su desconcierto de ser padres y de llevarse tan mal. Me toqué la cicatriz. Hacía décadas que no reparaba en ella. Estaba tenue, desdibujada, pero todavía estaba allí.

Volví hacia donde dormitaba Eva, me senté en la arena, abrí la carpeta y leí de un tirón varias cartas, cabalgándolas por encima como para protegerme de los sentimientos que me despertaran. Sumergirme en el mundo de mi padre, tantos años después de su muerte, me resultaba por un lado algo natural —nada de todo aquello había desaparecido, era sólo que estaba guardado en algún repliegue de la memoria y traerlo nuevamente a la superficie me producía una especie de alivio

doloroso, como cuando uno estira un músculo contraído o dormido—, pero, por otro lado, sentía un pudor, una retracción instintiva, un deseo de salir huyendo de aquella exhumación de historias y sentimientos que no me pertenecían. Aun así, habré mirado unas tres o cuatro cartas en las que me pareció confirmar mi primera impresión. No eran cartas apasionadas, sino de reflexión y de resignación encaminadas, sobre todo, a que ella comprendiera y aceptara que aquella relación no tenía futuro: “Nada más puede haber entre nosotros que este intercambio de sueños”.

En cada una (y en las restantes que leí más adelante en Buenos Aires), Celso se debatía entre los ramalazos de un amor todavía quemante y su necesidad de distancia y de absolución; bordaba bellamente el rechazo y disimulaba apenas su inquietud principal: la de su propia libertad, la de su tan esperada plenitud que parecía llegarle al fin, al borde de los cuarenta años. También se hacía evidente aquella vocación didáctica que yo conocía tan bien. Le hablaba del pueblo familiar de Ramallo, de Buenos Aires y su movimiento cultural, de los desastres de la política nacional, de los proyectos que tenía entre manos, de sus amigos y socios, de sus complejos problemas familiares y económicos (entre los que figuraban su ex mujer, su madre enferma, sus hermanos menores y yo misma), un entramado que debía resultar bastante desalentador para cualquier mujer. Llegaba incluso, en un extremo de torpeza, a hablarle de otras mujeres, de su tendencia a debatirse siempre entre dos alternativas. Le exponía, aunque con candor y ternura poética, todas sus dudas, todas sus calamidades. Como en la “Carta de amor” de Buzzati, aquel cuento en el que un hombre le escribe a su amada desde su casa de campo y, a medida que avanza en sus apasionadas declaraciones, le desliza las realidades crudas que ella tendrá que afrontar cuando se casen. Sus diferencias de edad y cultura, la melancolía y soledad del campo, las alimañas, los muebles viejos del caserón, la simplicidad —a veces grosería— de sus amigos, la lluvia constante, el olor desagradable del moho. Una lista como para hacer retroceder a la más enamorada. Viejos trucos para escapar de las mujeres.

Cuando volvió de su caminata, también Aline se decidió a la aventura y leyó una carta completa. Estaba ahora mucho más tranquila: habíamos visto juntas que las cartas estaban fechadas entre los años 58 y 59. Una época anterior al encuentro de Celso con Magda. Yo apoyé aquella conclusión, aunque no pude evitar otras conjeturas: éstas podían ser sólo una parte de las cartas intercambiadas, las que Ferrán había encontrado. ¿Y si había muchas más? ¿Y si ellos se reencontraron después en Europa? Tal vez aquella historia hubiera durado mucho más que dos o tres años, nunca lo sabríamos. Pero para Aline fue un argumento decisivo: su madre había quedado a salvo y ella podía seguir flotando en el limbo de aquel amor, sin fisuras que amenazaran sus recuerdos. Habremos pasado unas dos horas en la playa y cuando ya la luz se hacía indecisa y recogíamos nuestras cosas para volver a la estación de Calmell y tomar el tren de regreso, vimos asomar por la costanera la figura de Oriol empujando una silla de ruedas. La aparición de esta doble imagen, desde lo alto y bajo aquella luz, resultaba un poco irreal, un poco dramática, aunque Oriol enseguida levantó un brazo y lo agitó con alegría. Nos levantamos las tres

y subimos hacia allí. Aline iba mascullando por lo bajo, por favor, decía, saludamos y nos vamos. La espantaba la idea de quedar atrapada en alguna conversación larga y ardua con aquel señor tan viejo del que no sabíamos nada.

A medida que nos acercábamos sentí que entraba en una zona de fragilidad y de tensión, como si estuviera ante la inminencia de otra revelación. Y la tuve. Porque el hombre que estaba en la silla, don Ferrán, no parecía un anciano inválido, tal como me lo había imaginado. Era un hombre entero, de rasgos firmes y de mirada incisiva, exploradora, como si estudiara las posibilidades plásticas de cada persona que conocía. Tenía una guayabera blanca impoluta, el pelo lacio y gris cayendo un poco sobre la frente, y una sonrisa prometedora que, como las manos sobre su falda, se mantenía a la espera. Éste es don Ferrán, nos presentó Oriol. Nos tendió una mano grande y decidida. Cuando apretó la mía sentí que las rodillas se me aflojaban. ¿Qué me estaba pasando? Aquella aparición, aquel viejo sólido y de mirada inteligente podría haber sido Celso. Tenía exactamente la misma edad que él habría tenido entonces: noventa y cuatro años. Quizá fuera Celso. Celso había sido convocado de tantas maneras a lo largo de aquel día, que parecía casi natural que se presentara ahora a través de la mediación de su par, el otro hombre en la vida de Chana: Ferrán. Asentí. Celso podía confiar en mi capacidad de comprensión. Como en los sueños en los que algunas veces se me había aparecido con tanta nitidez, yo podía dar aquel salto hacia el misterio y encontrarme con él. (Tener una hija perfecta no es tan difícil, decía, repitiendo las palabras de algún otro escritor que le adjudicaba tal virtud a la suya: ser perfecto es algo bastante sencillo fin de cuentas).

Don Ferrán me hablaba y yo estaba todavía inmersa en la sugestión. Me fui recuperando de a poco y pude sumarme a la charla lógica y cortés del grupo. Alabamos la ciudad, sus paisajes y la atención de Oriol y le agradecemos que se hubiera preocupado por conservar aquellos papeles de nuestro padre. Contrariamente al temor de Aline, don Ferrán fue muy discreto. No mencionó a su mujer ni a Celso en la breve conversación que mantuvimos. Pero nos aseguró que estaba encantado de habernos conocido, que sentía una gran admiración por los artistas argentinos, y nos dio una tarjeta con sus datos para que nos pusiéramos en contacto con él cuando quisiéramos. Yo a mi vez le di una mía, donde también le apunté el hotel de Barcelona y los teléfonos. Vamos a estar todavía unos días, le dije. Después se despidió con cierta prisa porque sus amigos lo esperaban en el bar para su partida diaria de mus.

Lo vi perderse por la rambla y recordé las palabras que acababa de leer de Celso sobre las despedidas: cada encuentro, por fugaz que sea, no hace más que precipitar una nueva despedida, una renuncia.

Cuando el tren arrancó hacia Barcelona el sol declinaba y el cielo se volvía de color lila. Nos quedamos un rato embebidas en aquel espectáculo —con ese algo de solemnidad a que inducen las puestas de sol— hasta que el último rayo desapareció en el horizonte.

Aline propuso entonces que leyéramos algunos capítulos de la supuesta novela inédita.

Yo no tenía demasiadas ganas, estaba impaciente por volver al hotel, darme un baño, pensar a solas en todo lo que había sucedido. Sin embargo, mi espíritu de docilidad pudo más: abrí la carpeta con las fotocopias y me detuve en la portada de la novela. Me quedé mirando esa escritura mecanografiada con sus letras redondas, algunas más oscuras que otras, con los bordes un poco rotos, o demasiado entintados, letras que mostraban una cierta imperfección, como las de mi vieja Underwood —la máquina que Celso me había regalado para un cumpleaños poco antes de irse a Europa—, la “a” saltaba un poco por arriba del margen, y la “q” siempre aparecía de un gris más pálido que las letras restantes. Aquel paisaje me resultaba familiar y amable como un olor o un sabor del pasado. Pasé una o dos páginas y pensé que, como en la escritura a mano, también allí pervivía un vestigio del ímpetu o de la vacilación con la que habrían sido escritas, una posible grafología.

—Nosotras escribíamos a máquina —dijo Eva adivinando mis pensamientos.

—En casa todavía está la Olivetti de papá —confirmó Aline—, no puedo creer cómo escribía en semejante armatoste.

Recordé la forma enérgica en que escribía Celso, a ráfagas y sólo con dos dedos pero a gran velocidad: taca-taca-tac, taca-taca-tac. De chica me gustaba escucharlo desde mi cuarto, era un ritmo tranquilizador, una señal de que todo seguía adelante, de que había un sentido, y entonces yo podía seguir jugando o irme a dormir en paz.

Abrí el libro en la primera página y empezó entonces lo que sería la segunda y más estrafalaria parte de esta aventura.

“Aquél verano en Saint-Tropez...”, empecé a leer.

Allí estaba, en la primera línea, la playa de Saint-Tropez que, en efecto, estaba escrito así, con esa hache extraviada, lo que parecía situar la novela en una comarca imaginaria. A continuación, el pantalón atubado y el sombrerito estilo llovizna se completaban con una blusa “rameada”, en la que predominaba el “verde selvático”. Las tres nos miramos sorprendidas.

—¿Qué es eso de rameada?

—¿Una remera que echa ramas?

—Puede ser —dijo Eva—, una vez mi hijo se tuvo que disfrazar de árbol para el colegio y le hicimos algo parecido: una remera “rameada”.

Seguí adelante. En el renglón siguiente aparecía una brisa cargada de salitre, algo aceptable pero, a continuación, la descripción se elevaba y se enardecía: la protagonista, arrobada por el paisaje, “tenía los ojos entornados, soñaba con peces luminosos que se deslizaban en jardines acuáticos con exuberantes plantas sobre rocas de ópalo y jade”.

—Me estás jodiendo —dijo Eva.

—No te creo —dijo Aline.

Puse la novela abierta bajo sus ojos para que pudieran comprobar por sí mismas la existencia de los peces luminosos, los jardines acuáticos y las rocas de ópalo y jade.

—Pero esto no puede ser de papá —exclamó Aline.

—No, eso es evidente, pero sigamos leyendo por favor —propuso Eva—. A ver si se le aplaca la verba.

La protagonista sigue su camino por la playa toda encendida “como de gasas transparentes” y, de pronto, “una agujita se hincó en su corazón” ante la vista de un, o de una, adolescente de figurita menuda y pantalón pescador. “Ay me dije yo”, dice ella, “¡qué pensará esta cabecita de angelito de Leonardo con esos rizos que tiemblan al ritmo de su marcha apresurada e incitante!”.

Otra vez me detuve. Nos miramos las tres y empezamos a reírnos, primero con cierta contención, pero después cada vez con más estrépito a medida que yo seguía leyendo. En apenas cuatro o cinco páginas desfilaban frases como éstas:

“Soñé con una mata de juncos refulgentes que cantaba lamentándose por un hijo que la había abandonado por la sed de aventuras en el río...”.

“Pasó un enjambre de piernas doradas...”.

“Tenían ojos de gacelas que piaban como aves...”.

“El mar luce como un eterno champagne vertiéndose por las rocas y la playa de matices irisados”.

“La panoplia floral del horizonte se abre a las aves asustadas por los aviones...”.

“Un poema de plumas y piruetas blancas escriben sus cuellos alargados hacia el sol...”.

“Un hálito de siglos desaparecidos deambulaba ciñendo nuestros cuerpos...”.

“Los colores de mi melancolía plenaban estos días...”.

Nos doblábamos de risa, con lágrimas en los ojos, tal como merecían aquellos arrebatos. Los otros pasajeros del tren nos miraban intrigados, incluso con reprobación, pensando qué podía provocar semejantes risotadas entre mujeres más que maduras.

Después de unas pocas páginas más, nos cansamos de *Nevermore* y dejamos de leer. Quedaba pendiente la intriga acerca de quién sería el autor del adefesio. ¿Por qué diría en la portada “N de C”? Cuando volviera a Buenos Aires haría el esfuerzo de leerla hasta el final y también le escribiría al caballero Ferrán para indagar sobre el origen de aquella confusión.

Aline decidió mandarle un mensaje a Oriol de inmediato. No podía ser que él pensara ni por un instante que aquella novelita abominable fuera de Celso.

—No creo que la haya leído —aseguró Eva.

—Él sólo me mencionó las primeras líneas —dije—. Aunque con las cartas avanzó bastante más. Por algo dijo que “rebosaban poesía”.

—La gente suele llamar poesía a cada cosa —dijo Eva.

—Poesía eres tú —dije estúpidamente.

Y de ahí en más, como si de pronto tuviéramos quince años y no sesenta, Eva y yo nos sumergimos en nuestra veta de humor adolescente.

Volvimos a festejar las ridiculeces que hacíamos en el colegio. Cómo imitábamos al “Cadáver”,

un profesor de geografía con un aliento pestífero que se paseaba por el aula en puntas de pie. Las mentiras disparatadas que le decíamos a la tonta de Quintás. (Que Marsé tenía seis dedos en un pie y por eso lo habían exceptuado en gimnasia, por ejemplo). Las palabras y los gestos secretos que inventábamos para hablar de obscenidades... Recordábamos ahora y volvíamos a desternillarnos de risa como entonces, cuando la risa era como una espuma, la parte visible de las turbulencias que nos agitaban por aquellos años. Aline, más remisa, nos acompañaba con una sonrisa reticente. Cuando se levantó para buscar su bolso sobre la red, yo le di un suave empujón para que volviera a caer sentada. Me miró sorprendida.

—¿Sabés quién me hacía ese chiste, Aline?

Otro recuerdo recién salido del fondo turbio de la memoria. Yo intentaba levantarme del sofá y Celso me empujaba hacia atrás. Volvía a intentarlo y él me volvía a empujar. El chiste se repetía una y otra vez hasta que él se aburría o yo no podía más de risa y me daba por vencida, tirada sobre el sofá, agotada y feliz. Ésa era la forma un poco brusca, un poco cachadora de acercamiento que tenía Celso conmigo.

—Conmigo no jugaba —dijo Aline—. Sólo me hablaba, me explicaba, no sé, cosas de la vida que él creía que tenía que entender, y me ayudaba con los deberes.

—Ah, eso le gustaba mucho —dije.

—*Parole, parole, parole* —canturreó Eva.

Pero ya entrábamos en la estación de Sants.

A la mañana siguiente me desperté temprano y bajé caminando por Via Laietana hasta la cafetería que hace esquina con Jaume Primero. Había poca gente y estaban todos enfrascados en sus diarios o en sus pantallas. Sólo las camareras conversaban detrás de la barra y cada tanto lanzaban una risita discreta. Se respiraba un aire de bienestar, pese a que en Barcelona, como en toda España, la mitad de la gente joven estaba por entonces sin trabajo o les habían bajado los sueldos a la mitad.

Pedí un café doble y un cruasán y también yo, como un robot, abrí mi notebook.

Tenía un mail de Kerry. Lo abrí enseguida con esa mezcla de placer y alivio que da saber que alguien te reconoce y te echa un lazo desde tu mundo, que uno sigue existiendo “allá” y produciendo determinados efectos por más que esté “acá”, en ese estado de desconcierto y multiplicación que provocan los viajes. Kerry me encargaba, pidiéndome todo tipo de disculpas, que le comprara un libro de lexicografía que en Buenos Aires no podía conseguir. También me adelantaba que se iría una semana al Chaco para resolver temas pendientes con sus amigos wichis, algunos de carácter “íntimo”, que ya me comentaría a la vuelta. Pensaba qué sería eso del carácter “íntimo” —¿una mujer wichi?—, cuando me entró un segundo mensaje. Era de Daniel y ponía en su asunto una sola palabra: Tola. No necesitaba decir mucho más.

Mi suegra se había muerto la noche anterior, mientras dormía. Una muerte serena, al parecer, pero que lo había dejado a Daniel solo, abatido, y con todo el trámite fúnebre sobre sus espaldas.

A medida que leía el mail pude sentir cómo el resentimiento cedía, dejando a su paso el resabio de una arena amarga. Daniel había acompañado a su madre hasta las últimas consecuencias, incluso poniendo en riesgo su relación conmigo. No todas las madres viejas tenían la misma suerte. Al menos Delia, mi abuela, no la tuvo. Desde que Celso, su hijo mayor y el más querido, se había ido a Europa, ella le escribía una carta todas las semanas. Con los años, la letra cada vez más temblorosa y tenue, sin fuerzas casi para rasgar el papel. Los meses previos a su muerte, siguió escribiendo: eran cartas fantasmagóricas. Pero todos sabíamos cuáles eran las últimas cuatro palabras, las mismas que había escrito en cada carta a lo largo de diez años: ¿Cuándo vas a volver?

Después de tantas risas en el viaje de regreso de Calmell, entré en una bruma de melancolía acentuada por las despedidas: Aline regresaba a la Provenza a reunirse con su hija, Eduardo se había ido a Cadaqués con la mujer para descansar de los vaivenes de la boda y Eva planeaba seguir viaje a París y de allí a Praga para encontrarse con algunos de sus parientes polacos.

El viernes antes de irse, Aline me empujó a un último paseo de compras. Nos pasamos gran parte de la mañana en el Portal del Ángel entrando en las grandes tiendas, perdiéndonos y reencontrándonos en pasillos y probadores, acaloradas e impacientes porque ninguna terminaba de decidirse por nada. Por fin recalamos en un Zara que parecía más tranquilo, como ajeno a la pasión de compra que se desarrollaba en las tiendas vecinas. Aline se puso a mirar camisas y yo me quedé sentada en una butaca mientras ella se probaba.

—¿Te gusta ésta? —me preguntó.

Yo estaba abstraída y le contestaba con gestos poco entusiastas.

—¿Y esta celeste? —insistió Aline—. Es un buen color para nosotras. Además, parece seda.

—La mona... —dije y dejé el resto del refrán en suspenso, como hacía Celso.

Aline me miró sin entender.

El recuerdo se deslizó, suave como la seda.

Estoy sentada en la cocina y mi tía Eugenia se acerca blandiendo tenazas calientes. Yo muevo la cabeza a la defensiva. Sé que mi pelo es obstinado, lacio y resistente a tenazas y bigudíes. Celso se asoma, mira la escena y dice con los ojos chispeantes: “La mona, aunque se vista de seda, siempre mona se queda”. Soy muy chica y no entiendo. Esa vez no entiendo. Pero sí después, cada vez que me pavoneaba con alguna ropa nueva. Le bastaba con decir las dos primeras palabras, “la mona”, y quedarse después al borde de la risa, esperando mi reacción. Algo dudoso se removía dentro de mí, pero terminaba riéndome con él, calcando su gesto: una mona sin los rizos de Shirley Temple ni los ojos color cielo de su madre.

—¿Y eso? —preguntó Aline.

—Un refrán que me decía Celso: la mona, aunque se vista de seda, siempre mona se queda. También me prometía: hoy te llevo de compras, podés elegir todo lo que quieras. Yo saltaba de contenta. Hasta que me daba cuenta de que era domingo, y en esa época no existían los shoppings,

los domingos todas las tiendas estaban cerradas.

—Ahora no se hubiera salvado —dijo Aline—. También a Magda, cada vez que se compraba algo, le decía un refrán... ¿cuál era?

Se quedó pensando con las camisas apretadas contra el pecho y los ojos cerrados. Tenía así un aspecto desvalido y tuve ganas de abrazarla.

—Ya sé —dijo de golpe—. *Qui plus a, plus convoite*.

A mí me daba vergüenza, pero no por el dicho, sino por cómo lo pronunciaba. Por más francés que supiera, nunca perdió el acento latinoamericano.

Cuando salimos de la tienda, Aline me regaló la camisa de seda celeste: había comprado dos iguales.

—Para las dos monas —dijo.

Y nos fuimos caminando calle abajo, cada una con su bolsa de Zara y con su refrán.

Después de la partida de Eva y Aline intenté adelantar mi viaje de regreso, pero fue imposible. Anduve esos últimos días en Barcelona sin fuerzas, como deshinchada. Mi vida en Buenos Aires me parecía remota, ajena. La enfermedad de Tola, Daniel, mi marido, mi trabajo en el instituto de idiomas, mi perra —¿qué significaba ese “mi” que los precedía?—, la humedad de la pared de la cocina contra la que luchaba desde hacía años, el limonero que había plantado el último otoño en el jardín, todo me llegaba como desajustado, un paquete mal hecho lleno de objetos dispares y en desuso. En cada viaje, en algún momento, me sucedía algo parecido. Tal vez porque los viajes alientan esa fantasía siempre latente de ser otro, alguien nuevo, de vivir otra vida, ¿era posible renacer en Barcelona, despojado de todo aquello que remitía al pasado y de todo lo que constituía el presente al que se tiene que volver? No, no era posible. Yo estaba atrapada entre dos bloques de tiempo: el pasado evocado por Celso, mi infancia y juventud, y el pasado reciente, la presunta vida en Buenos Aires donde acababa de presentarse la muerte. ¿Cuál era el “verdadero” yo, si es que tal categoría existía? ¿Aquél, o este que deambulaba ahora por Barcelona y que se deslizaba un poco a los tumbos por una fisura del tiempo?

La muerte de Tola (la soledad de Daniel), a la distancia, alcanzaban hasta mis actos más banales. Me sorprendía a cada momento imaginando escenas en aquel cuarto estrecho al que había estado reducida los últimos años de su vida. Me lastimaba inútilmente con esa anticipación, cuando pronto me encontraría entre sus cosas, pensando qué hacer con su ropa, con cada libro o cada tejido inconcluso, respirando su presencia fantasmal en aquella atmósfera pesada de talcos y colonias. Porque Tola había muerto en casa. Entre *mis* cosas. Celso, en cambio, murió en un hospital que consumió los últimos momentos de su vida haciéndole completar un largo formulario de internación. Sólo me distraía de estos pensamientos lúgubres cuando volvía al hostel y charlaba con Monserrat, la andaluza que lo regenteaba y que siempre tenía alguna historia graciosa para contar, por lo general de quienes habían pasado por allí y de las rarezas o los olvidos de sus huéspedes, la mayoría de ellos latinoamericanos. También leía un poco de

Nevermore por las noches, pero sólo podía avanzar de a tramos muy breves. Además de mantenerse siempre en su registro poético cursi y narcisista, la novela usaba un lenguaje que debía ser de algún país caribeño o centroamericano. Ya averiguaría yo de dónde provenían modismos como “gatico”, “apartamentico”, o “iba de salida”.

En una de aquellas noches, al releer el título —“N de C”—, descubrí cuál podía ser la fuente del error. Esa “C” no tenía por qué ser de “Celso”, también podía ser la “C” de “Chana”. Me alivió llegar a esa conclusión y también me decepcionó pensar que Celso hubiera estado tan enamorado de semejante autora. Cuando Eva me habló desde Praga y le comenté mis conclusiones, coincidió conmigo. Estaba encantada de haber reducido a Chana a la altura de la lamentable autora de *Nevermore*.

—Cuando volvamos a Buenos Aires —me dijo—, vamos a seguir hablando.

Me lo decía como si hubiera alguna cuenta pendiente.

—¿De qué tenemos que seguir hablando?

—De Celso.

—¿Y ahora por qué no?

—Ahora estás triste —dijo ella.

III

Los primeros días en Buenos Aires fueron parecidos a los últimos de Barcelona. Tal vez porque persistía en mí la sensación de ajenidad, más aguda aún por el hecho de estar en mi casa, rodeada por las personas y las cosas que supuestamente me constituían. Daniel y yo nos mirábamos desconcertados, como dos enemigos súbitamente desarmados que tropiezan entre sí sin saber cómo seguir luchando. Una mañana, mientras tomábamos el desayuno, me habló de Elvira, la hermana perdida de Tola. Mientras yo estaba en España descubriendo la historia de Celso y de Chana, también él en Buenos Aires había tenido su revelación. Tola y Elvira eran hermanas pero, al quedar huérfanas, las separaron. Tola tendría entonces seis años y quedó en un convento de monjas alemanas y a Elvira, de apenas cuatro, la mandaron a Corrientes a vivir con una familia de adopción. Nunca volvieron a verse. Ya después de casada, Tola supo a través de una prima lejana que Elvira había trabajado unos años como mucama en el hotel Lancaster de Buenos Aires. Pero después, según decía, aquella prima lejana se había muerto y ya no tuvo manera de saber nada de su hermana. Pasaron los años sin que Tola volviera a tocar el tema. Una vez le ofrecí averiguar por internet, hacer alguna gestión, y me miró más bien espantada. Sin embargo, el día en que murió, la enfermera le entregó a Daniel una nota de su madre donde le hablaba de Elvira. Hacía tiempo que sabía de ella, pero no se había animado a buscarla. Vivía en un geriátrico en Villa Pueyrredón, no muy lejos de nuestra casa, y le pedía que le entregara una serie de objetos: una caja de fotos, su abrigo de paño azul que estaba casi nuevo y el tomo del *Martín Fierro* forrado en cuero de vaca que le habían regalado sus padres cuando era muy chiquita. Le dejaba la dirección del geriátrico y le pedía perdón por no habérselo contado antes. Tola sabía dónde estaba su hermana, tal vez lo sabía desde muchos años atrás. Sólo que no quería verla. Se habría debatido algunas veces pensando que estaba tan cerca, que era tan fácil. Pero la mantuvo lejos, tal vez temía conocer su vida, el diferente reparto de dichas y desdichas que a cada una le había tocado en suerte. Daniel había ido hasta el geriátrico, pero Elvira estaba ya en un estado de demencia senil avanzada y tampoco él quiso verla, se limitó a dejarle las cosas que su madre le había pedido, menos el *Martín Fierro*. No lo había encontrado. Le prometí buscarlo cuando ordenara el cuarto de Tola, pero tardé en hacerlo. Cada vez que me asomaba, me ganaba un desánimo en el que me iba empantanando hasta que desistía. Necesitaba un tiempo para que sedimentara el relente de nostalgia que había levantado la historia de Calmell seguida de la muerte de Tola. Así que dejaba todo tal como estaba y me quedaba deambulando por la casa, ahora silenciosa y con una

presencia que se volvía más afilada y neta con los días, como si también ella estuviera volviendo de un viaje y recuperando su identidad.

Cuando por fin pude hacerlo —casi un mes después de mi llegada—, fue un trabajo reparador. El hecho material de correr muebles, dismantelar estanterías, empaquetar ropa, regalar o tirar objetos, me permitía conversar con Tola, hacer mi arreglo de cuentas con ella a quien había dejado muy sola, como castigada, en los últimos tiempos. Sin embargo, ella no tenía más que agradecimiento hacia mí como pude leer en el diario que había llevado durante los últimos meses (¡y donde jamás mencionaba a Elvira!). Esta conversación que yo mantenía con Tola no era metafórica: yo hablaba con ella, a veces incluso en voz alta y podía imaginarme sus respuestas. Cuando quedó guardado todo lo que íbamos a conservar en cajas y ordenado hasta la última horquilla (menos el *Martín Fierro* vacuno que nunca apareció), pude ponerme en paz con ella y con mi conciencia. Volví entonces a mí misma, y a mi vida con Daniel —o a lo que quedaba de ella—, a mi trabajo en el instituto de idiomas y a retomar la historia de Celso y de nuestro viaje a Calmell que había quedado en suspenso. Me había limitado a dejar en un estante de mi biblioteca el grueso sobre con el escudo del Ayuntamiento que contenía todos aquellos papeles.

Un sábado a la mañana recibí un llamado de La Font, el editor de Celso. Quería tener noticias sobre el material que habíamos encontrado. Le interesaba en particular si aquellas cartas de las que le había hablado Oriol eran publicables o no. Que lo analizáramos con Aline, y más adelante hablaríamos.

Ese mismo día decidí volver sobre el tema para poder clausurarlo de una vez por todas. Saqué de su estante la carpeta que contenía las cartas y me encerré en el escritorio. Algo de subrepticio había en mis movimientos. En la forma de cerrar la puerta, de desplegar la primera carta, de mirar alrededor inquieta como si alguien estuviera a su vez espíandome. A diferencia de mi lectura en Calmell, ahora estábamos a solas, cada carta y yo. Leí las primeras con precaución, como quien se sumerge poco a poco en un agua profunda. La escritura desencadenaba un efecto de vida inmediato, poderoso, con los riesgos del recuerdo y la melancolía en cada frase. Y, peor aún, el de revelarme una intimidad de la que prefería conocer sólo los grandes rasgos, jamás los detalles. Recién en la tercera o cuarta carta conseguí sentirme más tranquila, leer con un espíritu despojados, amistoso y hasta cómplice de las cavilaciones de Celso. También descubrí que leer sus cartas era, al mismo tiempo, leer al sesgo las de ella. Asistir a un constante juego de esgrima amorosa. Tal como había notado desde el primer momento, él quería clausurar la historia. Declaraba su necesaria renuncia, su desgarramiento —que a mí me sonaba bastante literario—, y ella volvía a desafiarlo. A la “heroica resistencia” de ella, él contraponía el argumento de la diferencia de edad: “tu juventud podría caer en un pozo”. Ella respondía que él la dejaba “en un páramo”, él replicaba que “nunca habrá páramo para una mujer tan deseada” y se escabullía hacia

un rol protector dándole consejos sobre cómo abordar su carrera de pintora, cómo retomar su vida en España después de la experiencia parisina, y hasta sobre cómo volver a acercarse a un tal Guillaume que podría ser, en suma, el hombre adecuado para ella.

Cada tanto me asomaba a una zona de peligro, cada vez que Celso bajaba la guardia y dejaba que se filtraran los recuerdos y su propia rebeldía amorosa. “El cuerpo te extraña insaciable, parte por parte...”. Un sobresalto. Afortunadamente Celso no entraba en ese detalle de inventario (¿qué partes y de qué manera?, Dios mío). Tampoco era muy lograda esa imagen (a ver si a estas alturas descubría que Celso Hernández no era tan buen escritor como pensaba). Su pudor parecía llegar hasta los límites del mío, su confesión calculada a medida de mi tolerancia. Sin embargo, se trataba de no ceder, de retomar en el punto justo su estrategia de ruptura: “Cada hoja de cada una de tus cartas trae, como una arena, la huella viva de tu piel. Pero debo buscar refugio en las palabras”. Entonces volvía a aquella idea de los dos mundos irreconciliables: “vivimos en dos orillas opuestas”. ¿Habría llegado a saber Chana que después de tanto poetizar sobre el tema geográfico, Celso se había pasado a la otra orilla? Había derribado —algunos años después— aquel argumento salvador. Pero lo hizo con otra mujer: con Magda. En la orilla de acá, habían quedado otros naufragos.

También él había sido un “hombre muy deseado”, pensé, y tal vez nunca del todo contento. Quizás aquella improbable pareja con Chana hubiera resultado mejor que su vida rutinaria con Magda.

En las casi treinta páginas que llevaba leídas, y pese a las evasivas, el fuerte hilo de amor que los había unido aparecía y desaparecía entre líneas, dejando su rastro luminoso. Era evidente que Chana lo había apasionado. Una mujer muy joven, de temperamento tropical, que habría sacudido su experiencia en materia de mujeres, limitada y reprimida como era para los hombres de su generación y su cultura castellanas. Eran cuerpos enseñados a dominarse, a guardar distancias.

Un recuerdo lejanísimo aparece de a poco, como una foto que se fuera revelando.

Soy muy chica, voy corriendo por el pasillo de casa medio atolondrada y entro en el baño de golpe. Él acaba de salir de la ducha y está sentado en un banquito secándose. Semidesnudo. Su sobresalto, su gesto despavorido tapándose, me asustan. Siento que el corazón me golpea en los oídos. Sin embargo, no atino a cerrar la puerta enseguida, he visto apenas un instante, y antes de que la toalla lo cubra hasta el cuello, una franja desvalida y pálida más abajo de la cintura. Y esa visión, la cara desconcertada de Celso, me mantienen en vilo absorbiendo el sabor delicioso y repulsivo de lo prohibido. ¿Qué partes del cuerpo de un padre pueden ser vistas? Las manos, las muñecas, el cuello. Esporádicamente, desde las rodillas hasta los pies. En los veranos, habrá más. Pero en la muerte, Celso se cubrió otra vez con una sábana blanca hasta el mentón. Sólo pude ver su cara de mármol y una parte de los pies contraídos, apuntando burlonamente hacia el techo.

Cuando ya me quedaba muy poco por leer, descubrí dos páginas de una escritura distinta: una letra grande, casi excesiva, que se derramaba sobre la hoja sin respetar márgenes ni espacios entre las líneas. ¡Era de Chana! Una respuesta nunca enviada, o una carta inconclusa. La separé con cuidado y empecé a leerla con la conciencia de que aquella hoja frágil era, hasta ahora, lo más tangible que yo tenía de ella, tal vez todo lo que llegaría a tener. No llevaba encabezamiento, tal vez faltaran páginas, y era de tono belicoso. “Y a mí qué, y a mí qué y a mí qué...”, respondía a la racionalidad de Celso. Le reprochaba su extrema cordura y luego le hablaba de ella, de su inercia, de su imposibilidad para hacer planes para el tiempo de soledad y de trabajo que se avecinaba, de cómo se dejaba ganar por el tedio de aquellos últimos días de verano en Formentera: “ni el mar me interesa, por mí que se detenga”. Ahora, pensaba yo, ahora empieza el registro de bolero, el *Nevermore*. Pero no, Chana se detenía justo en el filo de lo sentimental. Escribía sin amaneramiento, y cada tanto mandaba su estocada a fondo: “Toda mujer que dejes, la dejarás en peligro”. Leí varias veces esta frase, más conmovida tal vez que por muchas de Celso. Él, el mal pastor, había dejado mujeres en su camino, entre ellas también a su madre y a mí. Porque había que dejar atrás lo que no funcionaba, un país que se hundía y hundía consigo cada proyecto, una mujer y una familia que lo asfixiaban, había que pagar lo que fuera para salvar la médula, para alumbrarse con la propia luz, aunque se pasara el resto de la vida reparando daños y pagando con su angustia y sus insomnios. Sentí una oleada de simpatía por Chana. Como inspirado en sus palabras, irrumpe otro recuerdo. La escena que concentra para mí el instante en que se desgarró la tela vaporosa de la infancia: la noche en que percibí, entre-dormida, cómo Celso lloraba sentado a los pies de mi cama: era la despedida, tal vez la última noche que pasaba en la casa familiar. Hoy es una escena plana, una réplica fósil de lo que entonces fue un intolerable sentimiento de catástrofe y de incongruencia; los hilos de luz que entran por la persiana, el temblor leve de la cama, los sonidos apretados del inconcebible llanto de un padre.

El final de la carta de Chana aparecía en el reverso de la última hoja, escrito casi en diagonal como si se tratara de un caligrama: “Ya ves, no sé a dónde voy, y me importa un bledo”. Nada, pero nada había en ella de la cursilería de *Nevermore*. El misterio volvía a su cauce inicial.

Decidí buscar la novela y leerla completa. Yo había avanzado apenas unas veinte páginas en Barcelona. Había llegado hasta el punto en que la protagonista, poco después de sentirse atraída por aquel o aquella adolescente ambigua en la playa de Saint-Tropez (Saint-Tropez para el autor), conocía en una discoteca a un hombre formidable, bello, enigmático. Después de groseras maniobras de seducción como guiñarle los ojos, cruzar y descruzar repetidamente las piernas y levantarse a pedirle fuego con gestos de *femme fatale*, se declaraba fascinada por él. Se auguraba un romance. Tenía que seguir leyendo, resolver esa intriga. ¿Qué relación había entre la Chana de la carta que acababa de leer y *Nevermore*? Dejé las cartas a un lado y me subí a un banco para

llegar al estante donde debía estar *Nevermore* junto con las traducciones de Greene y los ensayos. Pero la novela no estaba allí. Tal vez en la llegada, pensé, en la confusión de los primeros días, hubiera quedado fuera del sobre del Ayuntamiento, en algún otro lugar. Revisé estante por estante. Después busqué en mi cuarto, entre la pila de libros de mi mesa de luz, en los cajones de la cómoda y en el ropero. Pero no. Pensé que habría quedado en la valija, olvidada en algún bolsillo interno. Fui hasta el garaje, la recuperé y revisé todos sus compartimentos. Sólo encontré un cepillo de dientes viejo y un plano arrugado de Madrid. Quedaba una posibilidad: el hostel, donde la había estado leyendo los últimos días.

A la mañana siguiente, salvando las diferencias horarias, llamé a Barcelona. Me atendió Monserrat.

—¡Hola, guapa! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hay? ¡No me digas que también tú te has olvidado de algo! No me lo creerás, pero acabo de recuperar el peluquín olvidado de un señor peruano.

Le conté que lo mío era más simple. Unas cien páginas grapadas con el título *Nevermore*. Monserrat no había encontrado nada parecido. Había pasado ya un tiempo un poco largo desde mi partida, pero les preguntaría a Paco y a Inma, aunque si ellos lo hubieran visto seguro que le habrían avisado. En cualquier caso, me mandaría un mail.

Nevermore inició así el incierto camino de las cosas perdidas. No podía haber desaparecido de mi casa, de eso estaba segura. Cualquier conjetura tenía como punto de partida el hostel. ¿Habrían tirado la carpeta al papelero los de la limpieza? ¿Habría quedado debajo de la cama fuera del alcance de la aspiradora? ¿Se la habría llevado el huésped siguiente después de mi estadía? ¿O qué?

Recordé enseguida que habíamos hecho fotocopias de todos los papeles de Calmell para que Aline se llevara a Francia su propio juego, así que ese mismo día le escribí un mail y le pedí que me mandara una nueva copia de *Nevermore*. Aline no había vuelto a tocar nada de todo aquello, ni pensaba hacerlo. Había superado el pico de angustia de la separación y estaba abocada a una etapa de vitalismo que la tenía muy entretenida: aprendía a bailar salsa con un grupo nuevo de amigos, pensaba lanzarse en parapente sobre el cañón del Verdon, en los Alpes, y había conocido a un ingeniero de caminos y a un gendarme con los que chateaba activamente.

En Buenos Aires ya era julio, se anunciaba una ola de frío y, como sucedía todos los inviernos, las estufas de mi casa no tardaron en rebelarse. El hollín había tapado el piloto de una de ellas y los quemadores de otra, y sólo la de nuestro cuarto funcionaba más o menos bien. Estuve varios días dedicada a estas dificultades domésticas, reponiendo burletes en las ventanas y sacando de los roperos frazadas y ropa de abrigo. Todo olía a naftalina y la ropa de invierno parecía inútil y triste: no hacía más que preguntarme cómo había sobrevivido tantas temporadas. Entretanto,

esperaba las copias de Aline y la entrega de un trabajo de traducción que Puentes me había prometido. En el instituto tenía sólo un curso los martes a la tarde, y para peor, mi amigo Kerry había prolongado su estadía en el Chaco. La semana se me hizo interminable, las cosas, como los pilotos de las estufas, se resistían a arrancar. Una de esas tardes vacías me detuve en los estantes donde dormía la Espasa Calpe y decidí seguir con el desguace. Tiré dos tomos enormes: ACE-ADJ y ANC-ARO. Nunca más podría buscar allí el significado de adjetivo o de archiduque. Cuando volví hasta la biblioteca, vi que aunque habría tirado ya unos quince o veinte libracos, apenas había logrado liberar un estante. Sólo podía cargar en cada viaje al contenedor dos tomos y todavía quedaban como sesenta. ¿Cuánto pesaría cada uno?, ¿tres o cuatro kilos? (La pelea entre Cardini y una de sus mujeres, si la sugerencia de Helen era cierta, debió de haber sido una lucha titánica). Ya los liquidaría todos, pensé —hormiga vence titán—, hasta que aquello se transformara en la Ex Pasa Calpe. Miré irritada la proliferación de algunas letras, las aes, las bes, las ces, las eles o las emes. En el otro extremo —como si después de tanta prodigalidad el abecedario se fuera agotando—, un único tomo albergaba a las apuradas las equis, las y griegas y las zetas. Con lo hermosa que era la letra equis. Xilodactilógrafa y xilofón. ¡Xilofón! ¡Celso me había regalado una vez un xilofón! ¡Qué idea! El recuerdo desaparecido salió a la luz, y me hizo recobrar con precisión aquel objeto: el teclado de dientes metálicos y cobrizos, las bochas rojas de paño con que remataba cada palito, el sonido metálico y burlón que emergía con cada golpe como haciéndose eco de mi decepción. ¿Para qué querría yo un xilofón? Lo que quería con toda el alma era la muñeca que hablaba y caminaba, como era natural a los ocho o nueve años. Pero Celso debía haberse enamorado, no del xilofón, sino de la palabra. ¿Cuántas veces en la vida tendría uno la oportunidad de pronunciarla?

Un domingo por la mañana, una llamita inesperada se encendió: al abrir mis mails, encontré uno del caballero Ferrán. En el asunto ponía: Unas palabras desde Calmell. Yo le había enviado tiempo atrás un mail donde le agradecía la generosidad de haber donado sus papeles al Ayuntamiento, lo que había permitido que recuperáramos algo de nuestro padre. No esperaba una respuesta, las pocas frases que le había mandado eran a todas luces un mero trámite de cortesía. Y menos, una respuesta tan larga y medulosa como la que me había enviado: el equivalente a una carilla escrita con tipografía pequeña. Arrancaba con un saludo formal y un poco anacrónico —lo natural para un hombre de más de noventa años— y me pedía disculpas por haber tardado tanto en responder. Después se iba poniendo conversador y filosófico y me daba explicaciones acerca de lo que significaban —habían significado— para él todos aquellos papeles. Los papeles lo agobiaban, decía. A esas alturas de su vida, sólo la pintura tenía algún significado para él. La pintura, en abstracto, “despojada ya de telas y bastidores y óleos que de eso ya he tenido bastante”. “Mira”, me trataba de tú, “la mayoría de ellas ya no están en mis manos, y son muy pocas las que conservo. Quiero estar ligero de equipaje. Si no pinto más no es porque me falte firmeza en las manos, o temas, sino el ánimo para seguir acumulando y ocupando espacio en el

mundo. Eso que quede para los más dotados que yo. Sin embargo, el ojo del pintor sigue vivo y tal vez sea ello lo que más placer me ha dado en la vida, y me lo da, y eso se irá conmigo, callado, sin dejar trazo. Pero te confieso que hay algunas marinas que he pintado que todavía me da gusto mirar. Antes era la naturaleza sobre todo lo que me atraía, lo que la luz hace con ella. Sus batallas. Con los años me fui interesando más por el rostro humano. También aquello es naturaleza, pero además está el alma, o como quieras tú llamarlo. Entre la luz y el alma de cada quien, se producen milagros”. Seguí leyendo. Por momentos me ganaba cierta malevolencia. Aquello era pura hojarasca, con ese gusto tan español por el floreo, y por momentos me dejaba conmovido por ese algo de poesía añeja que tenían sus palabras. “Las batallas de la luz”. ¿Pero a qué venían estas consideraciones y estas largas confidencias? ¿Pura soledad y aburrimiento? ¿O qué? “Pues nada”, pareció responderme él, “que no te doy más la lata. Ya verás tú cómo te caen esas cartas y esa historia de Chana con tu padre. Disculpa que te hable así, con cierta impertinencia. Pero me ha parecido nomás verte que tú eras una mujer inteligente y sincera. (Y a estas alturas ya no me quedan amigas, así que me he lanzado a escribirte a solaz). Tal vez estos papeles te hayan despertado preguntas. Y tal vez todavía puedas aprovecharme. Lo poco que uno conoce, y de tan pocas cosas, es una cuestión que siempre me ha traído inquieto. De Chana he llegado a saber algo. Porque Chana era muchas mujeres y vaya a saber cuál de ellas ha sido la que conoció tu padre. En fin, que aquí me tienes, como una cantera. Por más que todo esto sea agua pasada”.

Me quedé más pasmada que con el primer mail de Oriol. Don Ferrán me tendía un lazo de amistad inesperado. La cuestión de las cartas se ramificaba. No me dieron demasiadas ganas de contestarle (para qué querría yo saber más sobre la vida de Chana), no quería alentar ningún intercambio regular de mails, pero tampoco quería ser cortante con él. Así que al fin, resignada, le dije que desde ya, que me encantaría que me hablara un poco más de Chana. Apenas mandé el mail, empecé a arrepentirme. Ya bastante tenía con las cartas de Celso, el diario de Tola y la traducción que se acercaba para sumarle ahora mi correspondencia con este viejo señor.

Diez días después ya tenía dos mails de Ferrán y un anuncio del correo para ir a buscar un paquete que me mandaba desde Francia Aline. Ferrán, por su parte, me prometía enviarme un libro de sus pinturas con fotos familiares donde también yo podría “realizar” a Chana. Supe por sus comentarios que ella era filipina y la única de su familia que había sobrevivido a la guerra. De sus orígenes no le gustaba hablar, ni de los sufrimientos por los que había pasado. “Quien ha vivido los horrores de una guerra tiene derecho a callar”. Para ella su vida había empezado en Venezuela, donde había llegado a los dieciséis años y había sido protegida por una familia poderosa de Caracas. Su época parisina, cuando lo había conocido a Celso —y también a otros—, decía Ferrán, había sido muy importante. Ella tenía enorme admiración por el mundo de los artistas y había caído entre ellos en un momento de esplendor. Chana tenía una belleza exótica: un algo de varonil y, al mismo tiempo, esa esencia de femineidad que en algunas mujeres parece concentrarse más que en otras. Muchos de los artistas bohemios que en aquel entonces pululaban

por París se enamoraban de ella y la reclamaban como su musa. Al parecer ella se tomó en serio su misión y se lanzó a una vida escandalosa. Después ellos se habían conocido y de alguna manera él la había “rescatado” de aquella atmósfera excitante pero destructiva que nunca dejó de amenazarla. En este punto don Ferrán se mostraba elusivo. Oriol, en cambio, había sido más explícito en su momento. Después de tanta promesa, Chana no había tenido una vida lograda: “ella nunca alcanzó la notoriedad de él”. Se había recostado en la fama de Ferrán y se había dejado estar. Su decadencia y su muerte, antes de los setenta años, fueron prematuras. En el pueblo era un personaje querido y penoso al mismo tiempo. Los últimos años estaba arruinada, se la veía a las horas más inesperadas vagando por la playa y por las calles de Calmell. De bar en bar, faltaba decir porque, aunque Oriol no lo mencionó, alcohol y drogas estaban detrás de sus palabras y sus gestos condolidos. Celso se había ahorrado conocer esa parábola decadente. (¿O habría vuelto a tener noticias de ella?). El tiempo, se sabe, es la medida corrosiva de todas las cosas.

Me pasé el mes siguiente entre los mails de don Ferrán, la lectura de *Nevermore* que había recibido de Aline y la traducción que me habían encargado, de un tema tan ajeno que me resultaba refrescante: un ensayo sobre la reaparición de los superhéroes y su reformulación en el mundo del arte. Un estudio meduloso con todo el aparato crítico francés puesto al servicio de Linterna Verde, Hulk, Iron Man, Capitán América y otros supermanes. Cuestión central: ¿por qué se les niega la entrada a los oropeles literarios?, ¿qué tenían los emplumados mosqueteros que no tuvieran ellos en sus calzas ajustadas y coloridas? Si a esto le sumaba la sucesión de viajes que Daniel tuvo que emprender a Mendoza y a Neuquén para estudiar los nuevos yacimientos, mi vida parecía transcurrir, cada vez más, en espacios virtuales. Espacios, además, de un orden tan diferente que parecían inconciliables. Yo era el puente, el absurdo hilván.

Largá los papeles, me decía Eva cada vez que hablábamos por teléfono. Acompañame a nadar. Y así empezamos a ir juntas a la pileta del Club Almagro. Mientras nadábamos, en las idas y vueltas por los andariveles, yo le contaba cómo avanzaba mi relación con Ferrán, lo que había llegado a saber de Chana, la carta que había encontrado entre las de Celso y la incongruencia de aquella escritura tan potente con el mal gusto de *Nevermore* cuya trama le iba contando con suspenso de folletín.

Aquel hombre “fascinante” que la protagonista había conocido en la discoteca resultaba ser un millonario coleccionista de arte oriental que la arrastraría a todo tipo de aventuras sexuales. Según le había confesado desde el primer día, él amaba a hombres y mujeres por igual y los elegía con exigencias de *connaissanceur*, tanto como a sus piezas artísticas. Era, desde ya, “el más instruido y culto de los hombres”. De manera que entre cóctel y cóctel, en la sala fastuosa de su villa, rodeados de pebeteros (“que lanzaban volutas de incienso que se deformaban hasta convertirse en caballos gigantes y alados”), de bajorrelieves (“que exhalaban un hálito de siglos desaparecidos”) y de estatuillas que sólo eran, discretamente, “hipnóticas”, hablaban de literatura, de cábalas y de peces mágicos para terminar al fin en la cama en rebuscados juegos eróticos.

—Inventaban su propio kama-sutra —dije yo cuando llegamos a este punto.

—El arte como juguete sexual —sintetizó Eva.

Era un viernes al mediodía y estábamos sentadas al borde de la pileta, esperando que saliera del agua un grupo ruidoso de escolares.

—Y ahora él le va a presentar a un joven, al que llama Gilgamesh, con quien piensa abrir una tienda de antigüedades y al que admira por su belleza y su exquisito sentido estético.

—¡Gilgamesh!, eso es un nombre —dijo Eva—. Conocí a muchos en mi vida, pero nunca más allá de un Arnoldo, y una vez un Rogelio.

—Pero ahora viene lo mejor: ¿quién resulta ser el magnífico Gilgamesh? Ni más ni menos que aquel adolescente andrógino que a ella la había conmovido en su paseo por la playa, cuando había sentido que “una agujita se hincaba en su corazón”. Eso decía en las primeras páginas que leímos en el tren, ¿te acordás?

—Claro que me acuerdo.

—Bueno, adiviná qué sintió ahora cuando estrechó su mano y se cruzaron sus miradas.

—Y, la agujita se le habrá vuelto puñalada certera.

—Frío, frío.

—Entonces, una tormenta de emociones encontradas —dijo Eva—, o un estremecimiento que le recorrió toda la columna y le hizo palpitar desbocadamente el...

—No —la interrumpí—. Lo que sintió fue “un íntimo aletear de aves atravesando su espíritu”.

—Hasta ahí llegó. *Nevermore* sólo se tolera en dosis reducidas.

Aquella mañana volví a casa más temprano que de costumbre y decidí por fin ordenar mi placard, como me lo había prometido antes del viaje a Barcelona. Para eso había comprado cerca del instituto dos docenas de perchas de madera siguiendo los consejos de una amiga arquitecta: “la clave es que todas las perchas sean iguales”. Abrí las dos puertas del placard y otra vez me quedé azorada ante aquel contenido apretado y caótico. Los trajes de los superhéroes no debían arrugarse nunca, pensé. ¿Cómo o dónde los guardarían ellos? Nada se decía de este detalle doméstico en el ensayo que traducía. En el fondo, esos trajes tan especiales no hacían más que llevar al extremo la identidad inmediata que cualquiera establece con lo que se pone encima. Levanté la manga de una camisa blanca y la solté un poco espantada, hay que ver la forma en que nos recortan un brazo, una pierna, unas caderas, la forma en que se nos echan encima y nos manipulan como si fuéramos su propio maniquí. Cerré las puertas y las volví a abrir como para espantar ideas siniestras. Después saqué todo en grandes brazadas, lo apilé sobre la cama y empecé a ordenar. Una vez que terminé de colgar cada prenda en las nuevas perchas y que separé pantalones de sacos y de camisas o vestidos, me alejé a contemplar el resultado. Domesticado por el orden, el conjunto me producía ahora una serenidad y un contento que me reconciliaba con

todas las amas de casa del Universo, con todos sus consejos. (Más allá del género y de la minucia, aquello era la satisfacción de cualquier hombre ante su obra terminada). Después abrí el placard de Daniel contiguo al mío: un territorio bien distinto. Daniel doblaba, apilaba y colgaba con una precisión arrogante. (Palanca, ruedita, botón —solía repetir como gracia—, cada pieza debe encajar para hacer funcionar un circuito). Ese placard no me necesitaba. Me quedé de todos modos contemplando su ropa y manteniendo algún tipo de conversación con su saco de tweed jaspeado y con su sobretodo azul, de los que guardaba algún recuerdo romántico, hasta que me enfrenté con su saco a cuadritos verdes y negros: te detesto, le dije en voz baja. Me reí sola recordando a Shirley Valentine, un ama de casa alterada que hablaba con las paredes y objetos cotidianos. Antes de cerrar su placard me agaché a alinear un par de zapatos que trababan la puerta. Allí, en el piso, vi un papel doblado. Lo recogí y lo abrí pensando en una boleta de la tintorería. Pero no se trataba de tintorería o lavandería alguna, o tal vez sí, pero en un sentido metafórico: era un mensaje escrito a mano, con letra añiada: “Necesito hablar con vos”, decía, cerraba con el dibujito de un emoticón sonriente y una firma: “Sandrita”. ¿Sandrita? ¿San qué? San-drita. Dendrita. Maldita. Miré bien el papel, parecía la hoja de un anotador. Volví a doblarlo en cuatro y lo dejé asomando como una lengua maligna adentro de uno de sus zapatos negros. Tuve por un momento el impulso de arrojarlos por la ventana, y que quedaran colgando del plátano de mi vereda como dos frutos indigestos: “La mujer arrojó todos los zapatos del marido a la calle y después se tiró tras ellos”, diría la noticia. Pero me limité a dejarlos en el piso del placard y a cerrar las puertas con un golpe rabioso e inútil. ¿Cuál sería en aquel momento mi emoticón?

Una hora después, me metí en el subte. Era una hora muerta, entre las tres y las cuatro de la tarde, el vagón estaba casi vacío y el avance del tren sin la presión de la gente apurada, las puertas violentas abriéndose y cerrándose, la urgencia de la llegada, parecía más amable, como entregado a su puro rodar. Un tibio consuelo que me fue anestesiando.

Cuando llegué, faltaba media hora para mi clase y me fui derecho a la cafetería.

Sólo unas pocas mesas estaban ocupadas, algunos profesores leyendo, algunos alumnos haciendo sus ejercicios y Kerry tomando un café, con la mirada perdida en el fondo de su taza. Acababa de llegar del Chaco y estaba agobiado por aquel tema “íntimo” que me había anunciado por mail. Se trataba, desde ya, de una wichi.

—Yo le digo Ney —dijo Kerry.

—Ney. Hermoso nombre, un nombre como de río —dije.

—Su nombre completo es Neyhakaysi.

—Mejor que Sandrita —le dije.

—¿Sandrita?

—Sí, el nombre más vulgar del mundo, ¿no?

Kerry me miró sin entender.

—Disculpame, Kerry, volvamos a lo tuyo que parece más real.

Sin embargo, no había mucho que decir. No había consejos para dar: cualquier decisión era espinosa.

Kerry y Ney también vivían “en dos orillas opuestas”, mucho más opuestas que las que separaban a Celso de Chana.

—El compromiso entre los wichis es sagrado, Laura. ¿Creés que voy a ser capaz de esa especie de milagro? *I mean...* Sin dejar de ser yo, ¿ves?, ¿hasta qué punto es posible aceptar lo que son ellos? ¿Ser uno y ser los otros?

Miré preocupada a mi amigo. Había adelgazado y tenía ahora en los ojos una mirada volátil, que pasaba rápidamente del encantamiento del enamorado a la angustia.

Después de mi clase y en el viaje de regreso a casa, las palabras de Kerry se quedaron repicando dentro de mí. ¿Ser uno y ser los otros? Aquello era lo que preconizaban muchas religiones y filosofías, el amor universal. Pero ¿todos los otros?, ¿incluso los que uno aborrecía?, ¿Sandrita?

En casa me metí en el baño, encendí una vela aromática y me di una ducha larga que me dejó laxa y en paz con lo que me rodeaba. Con ese ánimo benevolente retomé la traducción y avancé a ritmo regular. El tema me entretenía bastante. Los superhéroes asomaban por fin a la literatura gracias a la novela de un americano que contaba las últimas aventuras de un Superman achacoso: el ex hombre de acero sufría ahora de la próstata, tenía bronquitis crónica y estaba lleno de manías. Su novia Luisa Lane se mantenía bastante mejor que él y hacía todo lo posible para sacárselo de encima.

Pocos días después, una tarde helada y ventosa, mientras trabajaba con la bufanda puesta y me debatía acerca de cómo traducir la expresión francesa *relever de* (¿competir?, ¿enmarcarse?, ¿depende?), llamaron a la puerta y apareció el cartero con un enorme sobre acolchado para mí. Venía de España y en el remitente se leía, con letra bien dibujada, el nombre del caballero Ferrán.

Dejé a los superhéroes y sus devaneos literarios. Abrí el paquete y me encontré con un libro de tapas duras y lustrosas con más de ciento cincuenta páginas y una enorme cantidad de fotos y reproducciones en blanco y negro y en color. Era una impresión de lujo, mezcla de catálogo y de historia de vida. En la primera página Ferrán había escrito una dedicatoria un poco intrigante: “Para Laura, con afecto y la esperanza de que aquí encuentre algunas pistas de nuestra historia”. ¿Pistas? ¿Por qué esa palabra detectivesca? Y nuestra historia era nuestra, ¿de quiénes? Al menos, pensé, iba a tener una imagen de la bella filipina. Arrastré un sillón junto al ventanal que da al jardín buscando la mejor luz y empecé a pasar las páginas apurada. La primera foto era de Ferrán bebé con sus padres y sus hermanos, la típica foto de principios de siglo que aspira a la posteridad y que parece intercambiable con la de cualquier otra familia burguesa de la época. Después se lo veía a Ferrán atravesando la niñez y la adolescencia: en la playa, en la escuela, en

una excursión de campo... Le seguían sus primeros trabajos y sus primeras exposiciones. El previsible desarrollo de lo que parecía una vida bien construida. Empecé a impacientarme, las imágenes desfilaban una tras otra y Chana no aparecía en ninguna. Por fin, promediando el libro, su primera y pobre imagen: una foto en blanco y negro, de menos de un cuarto de página. Chana está en el salón de su casa acompañada por una tal Ernestina Sánchez, según dice el epígrafe. Ernestina aparece en primer plano, una mujer severa de pelo corto y anteojos, sentada en un sillón con una actitud desenfadada; en segundo plano, en un sofá, Chana. También ella está con pantalones y sentada a horcajadas, inclinada hacia la mujer severa y moviendo las manos con énfasis como si estuviera explicándole algo o convenciéndola de algo. Su cara, de perfil, ha quedado en una zona más oscura de la foto y resulta apenas discernible. Unas páginas más adelante, y como si estuviera jugando conmigo a las escondidas, Chana reaparece. Ahora está pintando frente a las montañas, pero de espaldas, observando el paisaje, con una paleta en una mano y varios pinceles en la otra. Tiene el pelo recogido en una cola de caballo y está vestida con una camisa holgada, pantalones y botas altas. Entre ella y el paisaje hay un atril con una tela que tampoco vemos. Eso es todo, una pose artística de exhibida libertad. Seguí adelante. ¡Otra vez Chana de espaldas! Pero esta vez en la playa, con una malla de dos piezas y sosteniendo sobre su cabeza un sombrero de paja deshilachado. Me quedé un rato largo contemplándola: parecía más genuina esta Chana que la que enarbolaba los pinceles. El pelo estaba desordenado por el viento y dejaba ver un cuello largo y moreno. El cuerpo era elástico y muy bronceado, sin redondeces. Se diría una adolescente de caderas estrechas y de cintura muy poco marcada. Era evidente que ella había seguido las instrucciones del fotógrafo, la cabeza un poco alzada, los brazos sin tensión, la cadera apenas quebrada. Chana me mantenía en suspenso. Seguían varios retratos de campesinas ibicencas, de casas de pescadores, de molinos de vaya a saber dónde y por fin una foto de Chana que ocupaba media página: un retrato tradicional de medio cuerpo tomado bien de frente. Era Chana en el día de su boda con Ferrán, el 2 de mayo de 1966. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza, de modo que su cara se ofrece generosa y tersa, apenas inclinada hacia la cámara. Hay un tinte de mulata en su piel, tiene los ojos oscuros muy rasgados y una sonrisa dichosa. Es atractiva, con su aire de exotismo, pero no llega a ser una belleza. Registro detalles: unos aros blancos y redondos, y unas orejas minúsculas; el traje blanco de cuello tipo Mao, de seda o satén; los guantes y el ramo que cuelgan como olvidados de una de sus manos. Al fondo hay una pared de piedra. Levanté los ojos del libro para dejar que la imagen de Chana, liberada de la inmovilidad de la página, flotara por su cuenta a mi alrededor, sobre mi escritorio, entre mis libros y mis fotos (donde podría encontrar a Celso, intercambiar con él alguna señal) y se disgregara al fin, dejando su marca en mi memoria. Por un instante, tuve la impresión de haber visto antes aquel rostro. Pero eso era imposible. ¿O no? Miré hacia el jardín, donde las ramas de la araucaria se agitaban insensatamente, como diciendo que no, que no, ¿cómo Celso hubiera llegado a mostrarme alguna vez una foto de Chana?

Hojeé rápidamente el resto de las páginas. Sólo encontré unas pocas fotos aisladas donde Chana aparecía dentro de un grupo y era poco más que una mancha borrosa. Me quedé decepcionada. Es lo que sucede con las fotos, pensé, poco es lo que ellas “realizan” de quien sea, salvo que uno las pueda completar con la propia historia, con los propios sentidos o recuerdos, como me había sucedido con la foto de Celso en Mar del Plata. Y aun así, uno termina chocando contra una pared de piedra, como la que se levanta detrás de la imagen de Chana. Las fotos no hacen más que subrayar la ausencia.

Cuando cerré el libro, sonó el teléfono. Era Daniel desde el sur. Hablamos unos cinco minutos como autómatas sin decirnos más que algunas banalidades cotidianas: ¿Aparecieron más hormigas? ¿Hace mucho frío allá? ¿Avanza tu traducción? Me pareció que tardaba en cortar, como si quisiera mantener pese a todo el hilo de la conversación. Yo dejaba crecer los silencios, con la esperanza de que dijera algo diferente, de que me diera una pista de lo que guardaba el repliegue de las otras palabras. Pero o no había tal repliegue, o no había llegado todavía el momento.

Volví a mi sillón y retomé el libro de Ferrán. Lo hojeé ahora con detenimiento: los períodos pictóricos y vitales de Ferrán, las coincidencias y disidencias con su generación, los distintos escenarios que lo habían cautivado, desde el esplendor de París hasta la sencillez de Formentera, las críticas y las cartas de sus contemporáneos, sus lugares de trabajo y de estudio, los bocetos previos, las exposiciones y su cronología, hasta que al fin, en la última página, plegada sobre la contratapa, me asaltó, literalmente, la foto de Ferrán que cerraba el libro. Al contrario de lo que me sucedió con Chana, a quien había observado con una fría curiosidad, esta imagen me perturbó. (Y me sigue perturbando, más ahora, desde que lleva la carga irrevocable de la muerte). Ferrán tiene allí unos cincuenta años, está sentado en el repecho de una terraza, con una pierna plegada y otra haciendo equilibrio en el aire. Es lo que se dice un hombre muy apuesto, tiene el pelo oscuro con un mechón canoso arremolinado y mira un poco desde lo alto con la mirada más seductora que yo haya visto nunca. Es aquella misma mirada exploradora de nuestro encuentro en Calmell, pero ahora casi impertinente; sin embargo, la sonrisa y el pelo y la frente despejada y algo en la forma de inclinarse vivamente hacia la cámara amortiguan la soberbia de los ojos y transmite como una disposición amorosa y vital de la que es difícil sustraerse.

Dejé el libro sobre la mesa y, aunque durante el resto del día me dediqué a la traducción, no logré terminar con el promedio de cuatro o cinco hojas diarias que me había propuesto.

A la mañana siguiente, apenas me desperté, tuve la certeza de haber soñado con el caballero Ferrán y con Chana. Me quedé un rato largo en la ducha como si pudiera, bajo la bruma del vapor, seguir soñando. Pero en cuanto algunas imágenes empezaban a insinuarse, se desvanecían sin dejarme más que un rastro impalpable. Sin embargo, tenía la convicción de que algo había allí. ¿Algo cómo qué? ¿Qué esperaba? Estaba dando vueltas en una calesita fantasma. De todas

maneras, antes de seguir con la traducción y como para darle una nueva oportunidad a mi memoria, decidí escribirle a Ferrán para agradecerle el envío y de paso indagar sobre la misteriosa dedicatoria. Muchas gracias por el libro Ferrán, empecé, y me detuve en esa primera línea, sin saber cómo seguir adelante. La frase siguiente se me volvía inasible, como los sueños de esa noche. Escribía y borraba como si no pudiera encontrar el tono justo, ni encarrilar mis pensamientos. Entre intento e intento me quedaba perpleja pensando en el curso que tomaban las cosas. El foco había saltado de Celso a Chana y ahora de Chana a Ferrán y eso quebraba cierto ordenamiento natural. O más bien el ordenamiento que yo les había dado, ese marco racional y tranquilizador que cada uno construye para defenderse de lo que no entiende, de lo que no sabe, de lo que no soporta. La imagen de la foto se me hacía presente a cada momento y me empujaba a una escritura más íntima y confesional que quería evitar. Interrumpí el mail. Ordené mi casa, hice algunos llamados de rutina y me fui sumiendo en un malhumor espeso. Unas horas más tarde lo retomé y, sin más vueltas, me lancé a hacer comentarios de lo más estúpidos sobre su obra: le hablaba de la calma de los paisajes, de la morbidez de las formas y los colores y cosas así de consabidas. “Nunca fui demasiado sensible para las artes plásticas”, me excusaba al final. Me despedía y en un PD mencionaba el tema de la dedicatoria. Todas las “pistas”, decía, parecían conducir a una vida feliz, productiva y libre, como se veía en las fotos.

Su respuesta llegó a los pocos días. Ferrán insistía en mantener una zona de silencio: “Ah, las fotos: hay que desconfiar de ellas. Yo he sido retratista, con la misma pretensión de un fotógrafo de descubrirle el alma a quien se me pusiera delante, siempre y cuando la tuviera. A veces es tan simple, tan simple, que todo lo ves, como en aquellas viejas ibicencas que vivieron su vida con la inocencia de un alga, transparentes como el mar de Formentera. Yo fotografiaba a mi presa desde todos los ángulos posibles, bajo distintas luces. Mira, es como sitiar y conquistar una ciudad, tienes que rodearla, conocer de qué están hechos sus muros, sus flancos, sus fisuras y hasta sus mohos....”.

¿Sus mohos? Ferrán enseguida se ponía retórico, ya lo había visto en los mails anteriores, pero igual yo me dejaba encantar, más ahora que estaba bajo el influjo de su foto, de aquella mirada.

“Uno intenta asir lo fugitivo”, seguía Ferrán, “con el agravante de que tus intentos son a su vez presos de tu propia mirada, el otro nunca es el otro, eres tú metiéndote en sus entresijos. Y como ni tú, ni él, ni yo somos seres unívocos, fijate qué bonito rompecabezas montamos. Chana era hermosa. Al menos todos la veían así, hermosa. Pero yo también veía sus *pentimenti*. Por eso la pinté tantas veces, aunque no sé hasta qué punto llegué a comprenderla o a inventarla. De todas maneras sabía lo bastante de ella como para dejarla en libertad. ¿Sabes que solía pasar los veranos en Saint-Tropez? Ese era su espacio personal. Ella tenía sus propios amigos y yo no tenía nada que hacer allí. De eso me jacto, de haber sido más inteligente que celoso”.

Cuando vi que mencionaba Saint-Tropez, me sobresalté. Lo había escrito perfectamente, sin ninguna hache extraña en el medio.

Durante los días que siguieron, miré muchas veces la foto de Ferrán. (Todavía lo hago cada tanto y el libro sigue sobre mi mesa de trabajo). Me asombra ese efecto de interpelación que emana de él. ¿En qué radica? Es un misterio, como la sonrisa de La Gioconda. Pero uno lo ve y quiere estar allí, en el círculo de fuerza vital que irradia.

Pese a que nos quejábamos de su decadencia, con Eva seguíamos nadando en la pileta del Club de Amigos de Almagro. Al entrar en el natatorio uno se sumergía en un ambiente melancólico, irreal, como sucede en los balnearios fuera de temporada: las paredes estaban descascaradas, el techo era demasiado alto y las venecitas celestes que recubrían el interior de la pileta se habían ido desprendiendo formando dibujos caprichosos. Pero tenía la ventaja de que en el horario del mediodía, cuando solíamos encontrarnos, nunca había más de dos o tres nadadores que hacían en silencio su rutina. Entre largo y largo Eva y yo conversábamos en voz baja, y nuestras palabras reverberaban en la bruma ligera que flotaba sobre el agua. Se tenía la impresión de estar hablando con la propia conciencia.

—Eva, ¿te parece posible enamorarse de una foto vieja?

Eva me miró con una expresión que parecía de aflicción pero que era el puro efecto de las antiparras ajustadas que usaba para nadar.

—A nuestros años —dictaminó—, debe ser mucho más fácil enamorarse de una foto vieja que de un hombre viejo.

Aunque me riera con ella del tema y estuviera a mi edad muy lejos de dejarme seducir por embelecos, no podía negar que algo me había sucedido. Cada vez que respondía los mails de Ferrán yo no tenía in mente al viejo en silla de ruedas que conocí en Calmell, sino al de la foto, al hombre maduro que me enredaba con su mirada. Me descubrí preparándome para escribirle, aunque no sabría explicar en qué consistían estos preparativos, era una disposición distinta, una cierta manera de instalarme en la escena que no era espontánea. Le escribía cuidando cada una de mis palabras. Me sometía a sabiendas a esa trampa de los mails: palabras que se entretajan con otras palabras, sensaciones y emociones que crecen por su cuenta liberadas de lo real. Había empezado a tener sueños diferentes, menos banales que los de los últimos meses.

—¿Sueños eróticos? —preguntó Eva.

—No. Tal vez sea mejor que eso.

No recordaba las imágenes pero sí la atmósfera de entrega, de expectativa en los que transcurrían, como cuando uno es muy joven y siente que el mundo, como otro corazón adolescente, te está esperando impaciente, siempre al borde de un estallido.

Eva se quedó mirándome.

—Los amores soñados son los mejores —dijo—. Sobre todo a estas alturas, aunque todavía podamos hacer veinte largos. ¿O no?

—Algo más —le dije, antes de que empezara a nadar furiosamente para cumplir con su desafío—, Ferrán mencionó Saint-Tropez en uno de sus mails.

—¿Y cómo lo escribió? ¿Con hache o sin hache?

—Sin.

—Dijo que ella solía veranear allí. Sola —agregué.

—Entonces, tal vez sea ella la autora, a pesar de esa carta que encontraste de tono tan distinto. Tal vez ella tenía una idea errada de la literatura.

No esperó mi respuesta y se alejó dando brazadas de crol hacia el otro extremo de la pileta.

Una hora después, aunque no habíamos llegado a los veinte largos prometidos por Eva, nos secábamos y nos vestíamos bajo la luz agónica del vestuario.

—Y decime —me interpeló un poco impaciente—: ¿por qué no le preguntás directamente a Ferrán en lugar de estar jugando a los detectives? Seguro que él leyó todo, seguro que él sabe. ¿Además, por qué te importa tanto esa novelita de mala muerte? ¿El tema no era el de las cartas? ¿Celso en qué quedó?

Eva tenía razón, ¿qué me importaba quién era el autor de *Nevermore*? No era Celso y eso debía ser suficiente para olvidarlo. Sin embargo, había algo en el enigma de aquella vulgaridad, llena de golpes bajos y de mezquindades sexuales, de lo que no podía desprenderme. Tal vez porque aquellos escritos habían convivido durante años con las cartas y los poemas de Celso y en esa vecindad se fundaba algún lazo oscuro. Tal vez porque era un material fresco para confrontar con los recuerdos del pasado. Como fuera, seguí el consejo de Eva y aquella tarde, cuando volví de la pileta, le escribí a Ferrán. ¿Él había leído aquella novela? No era de mi padre y tal vez él conociera a su verdadero autor. También le preguntaba, para seguir con sus inquietudes, qué eran los *pentimenti*.

A la noche recibí su respuesta.

Tienes que saber, Laura, que la mitad de las cosas de este mundo tienen su pentimento, hasta los colores, ¿o tú te crees que el blanco siempre ha sido blanco? Fijate en el azul o el rojo. Todos estamos cambiando a cada rato, rehaciéndonos, no estamos hechos, NOS vamos haciendo de todos esos recorridos, esas marchas y contramarchas. Y eso, cuando pintas, se materializa.

Ahora bien, ya no sé si lo que te digo no es una tontería, porque aquí ya es de madrugada, y sobre todo porque este vino que estoy tomando mientras te escribo, un vino de crianza bien asentado, parece no arrepentirse de nada. Él ha hecho su camino y cuando lo bebes es de una sola pieza, inconvencible. Algún día cuando vengas a España, si te acercas nuevamente hasta Calmell, te lo haré probar...

Recién al final contestaba a mi pregunta sobre *Nevermore*.

...aunque no me lo creas, yo de todos aquellos papeles no he leído más que uno o dos poemas de tu padre y sólo porque saltaron a mi vista. Sé que eran de él y eso es todo. Pero de la novela, nada de nada, sólo he visto la portada.

Como ya te he dicho en alguna ocasión, Chana tenía su propia vida, sus propios amigos. Yo lo respetaba todo y también así me aseguraba mi propia libertad sin los lastres que me hubiera impuesto una esposa tradicional...

Cuando terminé de leer el mail, también yo descorché una botella de vino de la bodega de Daniel y me serví una copa. No sentí tantas maravillas como las que enumeraba Ferrán de su vino, y no tenía nada que celebrar. Sin embargo, sentada sola en la penumbra del living, fui consciente de uno de esos brotes fugaces, injustificados de dicha.

Daniel seguía de viaje en el sur y yo estaba un poco retrasada con mi trabajo, de manera que dejé de lado *Nevermore* y sus intrigas y me concentré en la traducción. La cuestión del salvataje del superhéroe americano era peliaguda. ¿Cómo podían reciclarse frente al desastre del 11 de septiembre?, ¿qué espacio les cabía en los nuevos imaginarios americanos? Se imponía el achicamiento de las ambiciones, cuando no la retirada y la depresión. Particularmente simpático me resultaba Big-Dan, que llevaba sus proezas al terreno oficinesco o a la rutina familiar. Sus hazañas eran minúsculas, como salvar un gato del odio del vecino, o lograr el desplazamiento de un jefe despótico. En el terreno amoroso, dejaba bastante que desear. Pese a su carácter bondadoso y solidario, Big-Dan me asestó una serie de palabras del nuevo argot francés que me dejaron atascada varias horas. (Yo intentaba trabajar de manera rápida y pragmática, pero reconozco que me complacía en detalles y meandros de perfeccionismo). Aun así, como estábamos en vacaciones de invierno y no tenía instituto, había conseguido aumentar el promedio de cuatro páginas por día a cinco o seis y ese ritmo me mantenía en un estado mental alerta, casi atlético.

Fuera de la traducción, de los mails de Ferrán y de algunos encuentros en la pileta con Eva, mi vida transcurría de forma monacal. A medida que pasaban los días en esta soledad, enfrascada tantas horas con mi computadora, sentía que mi relación con las cosas se iba distorsionando. Mis dosis cotidianas de “realidad” se limitaban a las compras en el chino y a algún paseo breve con mi perra. Uno cierra las ventanas hacia afuera y desplaza el universo hacia lo minúsculo, hacia lo inmediato. El jardín parecía entregarse a una creciente pereza, pese a que yo regaba cada dos o tres días. La enredadera se había desenamorado del muro y sacaba unas ramas sinuosas que caían hacia el suelo desorientadas, en el pasto ralo se veía con claridad el sendero de las hormigas y las azaleas que Daniel había plantado retrocedían ante el avance de unas matas silvestres de perfume mentolado. Hasta la imponente araucaria del fondo se inclinaba cada vez más hacia la calle, harta

tal vez de un espacio tan exiguo. Yo asistía a estas novedades con curiosidad y hasta con cierta anuencia, como si celebrara secretamente aquellos desvíos. (¿Había entonces un sesgo de alegría en el declive?). Pese a todo, una mañana frente al limonero vi que se había cubierto de frutos minúsculos, compactos, verdes y fuertes. Me quedé alhelada, como si hubiera olvidado esa posibilidad. Sentí una exaltación, una ternura, como si el árbol me hubiera tocado con el vértigo de una primera vez. Eso era la poesía, según Artaud. Las cosas existiendo en carne viva, sin los mohos —como diría Ferrán— de la costumbre.

Empujada por esa mínima epifanía, decidí salir a la calle, moverme por la ciudad y aprovechar para hacer varios trámites que venía postergando. Por más aburridas que fueran las gestiones que me había propuesto (pagar impuestos atrasados, dar de baja a Tola de su caja de ahorro), atravesé el resto de la tarde con el mismo talante sensible. En todas partes veía detalles amables: las mesitas de los bares sobre la vereda, los perros oliendo su árbol, el reflejo de la gente en los escaparates, la mano regordeta de un chico que saludaba desde una ventana. Como si me moviera dentro de una música que arrancaba las cosas de su cauce y las hacía levitar ligeramente.

Terminé mi último trámite en la avenida Belgrano y Virrey Cevallos y fui caminando hasta Corrientes para tomar el subterráneo. Ajena al apuro de la gente, envuelta por aquel estado de encantamiento, iba atenta a las vidrieras, los bares, las fachadas deslucidas y cada tanto miraba hacia arriba, la anarquía de carteles y de cables, los pedacitos de cielo que se recortaban entre los edificios, hasta que me topé con una enorme obra en construcción: “Próximamente veintidós pisos de oficinas con cocheras”, leí en el cartel del frente. Algo me detuvo a la sombra de aquella promesa. Un recuerdo nítido.

Estamos parados en una esquina céntrica de la ciudad, Celso me muestra un cartel gigante con forma de mano que señala hacia arriba: “Aquí se construirá —dice— el edificio Politeama, un proyecto que va a superar a todos los rascacielos de la ciudad”. “La mano gigante señala impertérrita al cielo desde hace años”, me explica Celso. Años de estancamiento, en que sólo surge del pozo cercado el aliento húmedo y frío de la tierra removida. Después mira hacia arriba, hacia la nada que se levanta allí en lugar de los pisos, los ventanales y terrazas prometidas, mueve la cabeza con gesto resignado, habla de la parálisis del país, de las decepciones, de la inoperancia y las corrupciones, de todo lo que cualquier argentino podría reprocharle a la patria. Para mí son todavía temas ajenos, mi memoria sólo recoge, en la cresta de aquel recuerdo, el momento en que él llega a la conclusión final, susurrada casi para él mismo: “por eso me tengo que ir de acá”. Después me lleva a almorzar al Comega, como un desquite, el restaurante más alto de Buenos Aires, en un piso veinte: desde allí sí que se puede rascar el cielo. Pedí algo diferente, dice Celso cuando se acerca el mozo. Y me hace probar camarones y un poco de vino blanco y al final me traen un postre descomunal, una torre de helado coronado por obleas y cerezas. Me como todo suspendida en aquella ensoñación. El cielo, a esas alturas, es otro cielo, el río que se nos oculta se muestra ahora luminoso, interminable, Buenos Aires parece un dibujito, una ciudad

más entre tantas posibles, una ciudad que se puede dejar atrás, cambiar por otras y olvidar, olvidar los cines de la calle Lavalle, la Richmond de Florida, los paseos por Santa Fe, los mediodías en el río, los veranos en Ramallo, los almuerzos del domingo, se puede dejar el terruño, la aldea, el barrio y cambiar radicalmente de perspectiva, mirar las cosas desde arriba y volar: a fin de año, me anuncia, él se irá a vivir por un tiempo a Europa.

Esa noche caí desde las alturas del Comega hasta la bajeza del inodoro donde vomité los camarones, el vino y el helado y pasé una noche insomne imaginando cómo sería tomar un avión por primera vez y conocer Europa, porque detrás de él, dijo Celso, iría yo a visitarlo, todas las veces que pudiera. Y el resto del tiempo me escribiría, me escribiría todas las semanas.

Cuando volví a mi casa, tenía un nuevo mail de Ferrán.

“A veces sueño con Chana”, decía. “Ella se presenta envuelta en una penumbra como un vulgar fantasma y dice: ‘Sólo tú... Sólo tú’. Aunque parecen palabras apasionadas, no lo son, las repite con un tono neutral y mira a la distancia con apatía”.

Dejé pasar los días sin contestarle y me dediqué al capítulo ocho de la traducción, el último de la primera parte, centrado en un estudio de Superman como campeón de los oprimidos. Un Robin Hood a su manera americana, dentro del marco de optimismo, justicia y desarrollo que abría Roosevelt con el New Deal. Una vez que lo entregué, me tomé un día de respiro antes de emprender la segunda parte. Ordené el escritorio y volví a tropezar con el *Nevermore* que estaba entre mis papeles con una marca en la página ochenta y dos hasta donde había llegado. Con el impulso que traía de cerrar tareas pendientes, la terminé de un tirón.

—Ahora el gran final —le anuncié a Eva una mañana y saqué la carpeta de *Nevermore* que había llevado conmigo al club enrollada dentro del bolso de gimnasia.

—¿Hacía falta que la trajeras hasta acá? —dijo Eva.

—Es que está todo subrayado, no quiero que te pierdas nada.

—Por lo menos no subrayaste con lápiz rojo —dijo Eva mirando de soslayo las hojas dobladas del manuscrito.

—Es que no tiene faltas de ortografía —dije—, ni de puntuación. Y eso tal vez sea lo más extraño, o lo peor...

—Entonces —me interrumpió Eva—, la hache intrusa de Saint-Tropez ¿será deliberada?

—Podría ser. Es el único error que se repite en ciento veintiocho páginas.

—99% de aciertos ortográficos —se quedó pensando Eva—. ¿Y estás segura de que no hay nada más para rescatar?

—Bueno —concedí—, el principio de muchas frases no está mal. “Las ramas de los pinos” o “Los perfumes de las plantas”. No hay nada de malo en eso. Si dejara tranquilas las ramas, los perfumes o lo que sea. Pero no, las ramas de los pinos “tienden sus brazos de criaturas danzantes

hacia mí”. Y los perfumes de las plantas “nos embriagaron ondulantes en el mismo delirio”. El desastre aparece en el predicado.

—O sea en cuanto el autor interviene, en cuanto opina o muestra su intención. La lengua, en principio, parece inocente. Cuanto más la desarticulás, cuanto menos dice, más inocente.

—Tenés razón —dije con impaciencia—. Pero en todo caso, ellos no son inocentes. Mirá cómo sigue y cómo termina.

Eva resigné sus elucubraciones lingüísticas, apoyó la cara entre las manos y se dispuso a escucharme.

—Gilgamesh y la protagonista, que recién en la página cien sabemos que se llama Olimpia, sienten entre sí una atracción más poderosa que la que ella sintió en su momento por Rémy, el millonario culto. Él le lanza elogios tan rebuscados como los del coleccionista. Ahora te leo —dije y busqué entre mis subrayados—. Tu personita, le dice, “de aquí a diez años puede llegar a ser tan valiosa como un tapiz ancestral de Persia”.

Hice silencio un momento para que Eva pudiera imaginar un tapiz ancestral de Persia y después seguí con el relato.

—Las relaciones entre los tres avanzan de manera fatal. “... jugábamos los tres sin desperdiciarnos en un dédalo de miembros que se codiciaban entre sí...”.

— ¡¿“Un dédalo”?! ¿Pero cuántos miembros tiene esta gente? —dijo Eva incrédula.

—Pese a estos juegos tan cultivados, Rémy sufre de unos celos tremendos: “Estoy temblando de odio y resentimiento con el mismo frío legendario que golpea en las pirámides en ciertas noches de presagios”. Olimpia se debate entre uno y el otro hasta que una mañana, al abrir el diario, encuentra una noticia aterradora: “Adolescente estrangulado por un sádico en una playa de Saint-Tropez: Un joven que vestía pantalón ajustado hasta los tobillos y un suéter azul de lana fue encontrado sin vida esta madrugada...”.

—Bueno —suspiró Eva—, al fin un poco de acción.

Le hice una seña con la mano para que no me interrumpiera y proseguí:

—Olimpia asocia inmediatamente esta descripción con Gilgamesh. Conocía sus paseos de madrugada junto al mar. Incluso los había compartido algunas veces. Y conocía aquel pantalón ajustado y aquel suéter azul de lana “que hacía más intenso y lascivo el azul de sus ojos”. En medio de su desazón, recuerda conmovida “su cuerpo de rama esbelta: mariposas doradas en su cabeza y la rosa cambiante del deseo en su garganta. Constelado de luz y marchando hacia la muerte... ¡sin saberlo!”. Por algunas expresiones desmedidas de Rémy (en sus largos monólogos celosos), podemos sospechar que él es el mismísimo asesino. También Olimpia lo mira con recelo, y una noche en que han tomado ajeno se produce por fin el enfrentamiento.

“—Me dijiste que te gustaban los adolescentes... corromperlos... torturarlos...”

”—Sí —dijo él sombrío—, lo admito. No hay antifaz para el rostro desfigurado del Amor.

”—Yo sentí frío, frío —dice ella—, como aquel que sintió el faraón profanado”.

Cuando él la toma en sus brazos, ella se echa a temblar. “La vanguardia del terror me había tomado. Me faltaba el aire y mis sienas explotaban. ¡Eres tú, Rémy!, le grité mirando sus manos, ¡eres tú el sádico de Saint-Tropez! Olimpia, no he sido yo —me dijo lívido—. Pero luego empezó a titubear como un poseído”.

—¿Un poseído titubea? —dijo Eva.

—Algunos gimen, gritan o tiemblan. Pero este titubea —afirmé—. Escuchá cómo sigue: “Sádico no —dice él— pero enamorado, corroído por los celos podría llegar a matar, sí, soy un amante para el que no hay sosiego ni pasión capaz de colmar”. Ella huye por la escalera clamando para sí: “nunca más, nunca más, nunca más”, y de ahí el título de la novela. Casi no duerme aquella noche y a la madrugada hace sus valijas. Se siente caminando sobre ruinas, sus pies se hundan hasta los tobillos en el fango de sus pensamientos. Nunca más repite, y después en varios idiomas: *mai più*, *never more*, *jamais plus*, y deja para siempre aquel lugar que fue por años su Paraíso.

—La chica manejaba idiomas —dijo Eva.

Volví a enrollar la novela y a meterla en mi bolso de gimnasia. El final de la novelita me dejaba un vacío. Como si cargara en la deformidad de su trama y de su escritura con el sinsentido de tantos otros *nevermore*.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —dijo Eva.

—No sé —dije—. ¿Seguir tirando tomos de la Espasa Calpe?

El lunes a la mañana me despertó el sonido de los truenos. En segundo plano se escuchaba el silbido del viento, rachas caprichosas que golpeaban las puertas y hacían vibrar los vidrios de las ventanas. Me pesó estar sola. Hubiera querido que Daniel estuviera de vuelta, pero me había hablado la noche anterior para avisarme que se habían diferido algunas reuniones y que tardaría unos días más en volver a Buenos Aires. Él también me extrañaba, había agregado al final de la conversación, pero sus palabras me sonaron tan impasibles como las de un contestador automático. Tal vez estuviera viviendo su aventura con la tal Sandrita. Y yo con el idiota de Spiderman que, en su versión francesa de “l’homme araignée”, sonaba más bizarro y desnaturalizado que nunca. Trabajé toda la mañana y después de almorzar me tiré a dormir una siesta arrullada por la lluvia. Tuve un sueño fugaz donde aparecía Celso. Él estaba bajo una marquesina muy iluminada y parecía dudar sobre si entrar en aquel lugar o no, giraba la cabeza como buscándome, pero yo no estaba allí, y al mismo tiempo sí, y de pronto Celso desaparecía, tragado por la oscuridad y aparecía en cambio un león dorado que sacudía la cabeza y rugía, con un fondo de sonidos bélicos. Justo entonces me despertó el teléfono. Era Helen. Había llegado a Buenos Aires pocos días atrás porque se presentaba la obra de Cardini. Quería saber si me había llegado el mail de invitación. Yo no había recibido ningún mensaje, lo que confirmaba sus sospechas de lo deficiente que había resultado la organización de la editorial. Cuando corté, después de dejarle a Helen una promesa vaga de asistir, volví a pensar en el sueño. El sonido

bélico de fondo debía ser el de la tormenta real. ¿Y esa aparición de Celso, como nimbado de lucecitas de colores? ¿Y ese león rugiente? Tal vez fuera el león de mi infancia. Contaban que una vez, visitando un circo, un león levantó la cola y lanzó en mi dirección un chorro de pis que me empapó. Una experiencia única de la que yo no tenía el menor recuerdo y que pasó a ser un chiste familiar repetido mil veces por mi madre y mis tías. Pero el del sueño no era un león achacoso de circo, era joven y enérgico, era: ¡el león de la Metro Goldwin Meyer! Entonces se trataba de un cine, de uno de nuestros domingos. (Durante los primeros años de la separación fue el único día que me dedicaba). Juntos vimos películas que se me hicieron imborrables: *Miguel Strogoff* o *La princesa que quería vivir*, pero también alguna más extraña para mi edad, como *La Strada*. El olor del cine fue desde entonces un olor de felicidad: las luces que se apagaban de forma tan imperceptible y deliciosa, (yo trataba inútilmente de encontrar y retener cada uno de los instantes en que aquello sucedía, como si pudiera descubrir un truco de magia), y después el león rugiendo con su música triunfal, o aquella mujercita que enarbolaba su antorcha entre nubes. Yo abría bien los ojos y me sentaba más derecha en el asiento, con los pies que apenas me llegaban al suelo, apretando en la mano la cajita de bombones de helado, o el tubo rojo con monedas de chocolate, golosinas inalcanzables en mi rutina materna que sólo él me compraba: Celso, mi superhéroe de los domingos. Todo con él tenía su cara brillante y su contracara triste. Las malas noticias venían envueltas en celofán. El paseo en lancha por el Tigre para hablarme de la separación. El almuerzo en el Comega, para anunciar su viaje largo a Europa. El regalo de la Underwood, poco antes de viajar. Los ice-cream en la Richmond, o los chocolates en el cine, pero hasta las siete de la tarde, hora en que se apagaban los fuegos artificiales de un padre de domingo.

Los recuerdos, removidos por la historia de Calmell, se resistían a volver a su archivo de décadas de silencio.

Al día siguiente, después de trabajar toda la mañana y parte de la tarde, recordé la invitación de Helen. Aunque la idea de viajar a esa hora al centro me pesaba, recordé lo amable y generosa que había sido ella conmigo en Madrid. Mientras yo me había ido huyendo de su departamento, del gato sin cola y de la cama del escritor, ella me había mandado varios mensajes solidarios para saber cómo evolucionaba mi aventura de Calmell y me ofrecía su hospitalidad cada vez que la necesitara. Así que ordené mis papeles, me vestí y salí de casa. En el subte tuve tan mala (o buena) suerte que caí en uno de los paros súbitos que organizaban los del gremio. Llegué media hora tarde a la sala de la biblioteca donde se presentaba el libro, cuando el discurso del presentador entraba en su curva final. Como era difícil escuchar desde donde yo estaba —y probablemente también inútil—, me dediqué a mirar las fotos y los atriles donde se había montado una suerte de exhibición-homenaje al autor. Había algunas primeras ediciones, algunas muestras de sus manuscritos y sus correcciones, y unas cuantas fotos: Cardini recibiendo un premio, bajando de un avión con Helen, en una conferencia junto a otros escritores, y otras más cotidianas de su vida en Madrid donde pude reconocer el departamento de la avenida Europa. Una de ellas

me llamó la atención: Cardini está con un mate en la mano, mirando hacia un costado, tal vez hacia donde está la cocina, con lo que me pareció un gesto de impaciencia; la cámara lo toma a través del espejo de manera que también es posible ver las manos del fotógrafo, unas manos grandes y aplanadas donde la máquina aparece como un juguete diminuto. Alguien inspirado en Las Meninas, pensé. Me acerqué a la foto y observé el trazo oscuro y las letras medio enrevesadas que aparecían al pie tratando de descifrar el nombre del autor. Pero no era fácil, muchas de las letras se perdían por debajo del marco. Me pareció, de todos modos, que el primer nombre era Ernesto.

Cuando el conferenciante terminó su discurso y después de repartirse los comentarios y los besos correspondientes, la reunión empezó a disgregarse. Me acerqué a saludar a Helen que me dio un abrazo grande y sincero. Un abrazo “rompe-costillas” como ella misma me dijo que dicen los mexicanos.

—¿Qué te pareció el presentador? —me preguntó al oído.

Me quedé pensando cuál sería la medida aceptable de hipocresía para estas situaciones. Pero Helen enseguida me sacó del aprieto, me dio un suave codazo cómplice y me contestó: “aquí entre nosotras, un coñazo, o un plomazo como dicen ustedes”, y se empezó a reír con esa risa bronca que tenía, como de marinero borracho. De todas maneras, dijo, ella se plegaba a todas las formalidades, hacía lo que se suponía que debía hacer una buena viuda de escritor, aunque Cardini tuviera horror de esas vanidades literarias. “Reunir estas fotos, estos recuerdos, todo lo que ves aquí, no creas que me resultó fácil. Creo que es la última vez que lo hago. Porque uno tiene que terminar de una vez con el otro, ¿no?”. Su voz se había empañado y me pareció que también sus ojos, ella que era una inglesa incommovible.

Estábamos detenidas junto a la foto del mate y el espejo. Entonces, como para sacarla de ese instante de nostalgia, se la señalé y le pregunté por el autor. Ah, Ernestina, dijo, y suspiró hondo recuperándose de los recuerdos. ¿Ernestina, no Ernesto? No, Ernestina Sánchez, me aseguró. El nombre removió algo dentro de mi cabeza. Estaba segura de haberlo escuchado o leído antes. Iba a pedirle más detalles a Helen, pero en ese momento llegó el conferenciante y se la llevó de un brazo hasta otro extremo del salón. Aproveché para despedirme de ella y para irme. Caminé apurada hacia Corrientes y tomé el subte en Florida. Había poca gente en los vagones y el tren, superado el paro relámpago, avanzaba ahora a una velocidad inusitada. Mientras me acercaba a casa, en ese estado letárgico del viajero que se entrega a la máquina, recordé de pronto que aquel nombre —Sánchez— lo había leído en el libro de Ferrán: era el de la mujer que acompañaba a Chana en la primera foto, la de la cara severa y los anteojos de marco grueso. Tuve un instante de duda: tal vez el apellido no fuera Sánchez sino Gómez. En cuanto llegué a casa, fui a mi escritorio y busqué la foto. Era Ernestina Sánchez. ¿Pero sería la misma que firmaba la foto de Cardini?

Unos días más tarde, Ferrán contestó a mis dudas.

¿Ernestina?, pues sí, ha sido una buena fotógrafa y por épocas ha querido ser escultora. Y hablo en pasado porque ahora creo que ya no trabaja. No puede. Para seguir activo hasta una edad avanzada hace falta una mesura, un equilibrio que ella nunca ha tenido. Pero en su época ha fotografiado a muchos personajes célebres. Ella ha sido alguien tremebundo en la vida de Chana. Fijate, he tenido más celos de ella que de tu padre o de otros amores pasados de mi mujer. Ella fue quien la rescató de Filipinas, la llevó consigo a Venezuela, la protegió y la ayudó a crecer. Pero eso no le daba los derechos que creía tener sobre ella, como si fuera su tierra conquistada. Había cosas exclusivas de ellas dos, como los veraneos en Saint-Tropez. Yo ni pisaba sus dominios, me quedaba pintando en mi tierra y ellas a su aire. Ernestina tenía una villa soberbia sobre la playa de Les Canebiers que fue bastante célebre en su momento. Allí se pavoneaba con sus colecciones de arte —aunque su gusto siempre fue dudoso— y daba fiestas de lo más estrambóticas. En fin, no quiero ser injusto. Su ayuda fue vital para nosotros, sobre todo en los primeros años de nuestro matrimonio, pero llegó un momento en que ya no quería aceptar el peso de su mecenazgo. No es fácil habérselas con los poderosos. ¿Tú eres rica Laura? No lo creo, eres de otra cepa. Ernestina venía de una de las familias más poderosas de Venezuela, cuando Venezuela rezumaba petróleo y los dueños del país se enriquecían de forma vergonzosa. Ella siempre quiso —sigue queriendo— hasta las migajas de Chana. Vieras cómo me ha perseguido después de su muerte para que le entregue todos sus papeles. Me dijo incluso que podía haber allí unos poemas que eran de ella. Se puso furiosa cuando le dije que había entregado todo al Ayuntamiento. Y luego, por su intermedio, a las hijas de Celso Hernández.

Ernestina Sánchez, desde aquella foto exigua en el libro de Ferrán, saltaba ahora a primer plano. ¿Celso habría llegado a conocerla? Sentí por ella una inmediata antipatía. Su villa lujosa, sus colecciones de arte y cierta atmósfera turbia a su alrededor me recordaron a *Nevermore*. Guulé su nombre en una página de historia de Venezuela y encontré una breve reseña. Ernestina era fotógrafa y era una de las sobrinas del general Sánchez de la Caba, un jefe militar de mucha influencia política en su época. Busqué el nombre del general y encontré más información. Sobre él y sobre su hermano Elpidio, su mano derecha que, en las sombras, había amasado una enorme fortuna. En una foto de familia aparece en primer plano —monumental y satisfecho— y, un poco más atrás —igualmente satisfecha—, su esposa María C. Vallejos y sus dos pequeñas hijas, “Ernestina C. Sánchez y Ángela M. Sánchez”. La familia vive de forma principesca en una hacienda de Maracay hasta que el general (la Bestia, como lo llamaban sus detractores) cae en desgracia. Entonces emigran a Europa donde se instalan para volver a Venezuela sólo por temporadas.

Me quedé mirando la foto donde Ernestina debe tener sólo tres o cuatro años, una niña con un flequillo de geometría perfecta y con algo ya de aquel gesto severo (heredado de la familia militar

tal vez) que le había visto en su foto de adulta. Sin pensarlo demasiado, la imprimí y la guardé entre las páginas del libro de Ferrán.

Era asombroso cómo de pronto habían entrado a mi vida tantos personajes nuevos. Celso había sido el punto de partida, él me había llevado a Chana, y de Chana a Ferrán y ahora de ambos a Ernestina Sánchez. Todos tan ajenos a mí como el Hombre Araña o Linterna Verde. Tal vez yo no quería enfrentarme a lo que estaba sucediendo en mi propia vida y me resultaba más fácil meterme con esas vidas remotas, o imaginarias. También debía reconocer mi tendencia a obsesionarme, como me sucedía con la traducción de una palabra o con las hormigas (así había descubierto tres hormigueros gigantes: en el desván, detrás de las escaleras y en la rejilla del jardín).

—¿Pero qué pinta ella en toda esta historia? —preguntó Eva, mientras flotábamos en nuestra pileta de Almagro.

—Era la benefactora. Los dos, o los tres, se daban la gran vida viajando por Europa y veraneando en las mejores playas gracias al dinero de ella. El dinero del petróleo robado a Venezuela.

—Ahora vas a tener que estudiar la historia de Venezuela —dijo Eva—. Porque lo de Ferrán —no te enojés— es tan fácil de entender que me avergüenza decirlo.

Se ajustó las antiparras y yo me quedé mirándola con rabia. Eva era más inteligente que yo, de eso estaba segura, pero a veces me irritaba su tendencia a encontrar explicaciones psicológicas o sociológicas para todo. Sin embargo, eso era precisamente lo que muchas veces yo quería de ella. Por más que pensara que había que entregarse a la incertidumbre sin tanta resistencia —y para eso hacía falta cierto coraje—, yo cedía rápido al consuelo de ponerle palabras a sensaciones y sentimientos difusos.

—El abc del desplazamiento edípico —dijo Eva.

—Es que todos tuvimos Edipo, menos vos —le dije para provocarla.

—Lo tuve, pero muy retrasado —dijo Eva—. Boris me avergonzaba cuando era chica. Y ahora también me avergüenzo, pero de no haberlo querido todo lo que debería haberlo querido.

Eva era dura, pero el recuerdo de Boris la desarmaba.

Teníamos apenas doce años y ella se sentaba delante de mi pupitre. Durante un año entero tuve frente a mis ojos esa trenza compacta y dorada que le nacía en lo alto de la nuca de una manera misteriosa y perfecta. “Trenza cosida”, se llamaba. Eso para mí ya era extraordinario. Pero más aún cuando supe que no se la hacía su madre cada mañana, como imaginé. No, la trenza se la hacía su padre Boris. ¿Él? Sí, ¿por qué te parece tan raro? Me hace la trenza igual que maneja su máquina de tejer en la fábrica, decía Eva. Pero yo no lo veía así. Veía las manos grandes y ásperas de Boris trabajando con la paciencia de un bordador en el pelo dorado de su hija. Un padre así de cercano. Un padre que todas las mañanas antes de salir a la fábrica le preparaba el desayuno y la peinaba. En cuarto año Eva no quiso saber nada más con la trenza cosida, se soltó el pelo y empezó a usar una vincha o una peineta como todas nosotras. Pero su padre seguía estando con

ella, día tras día.

Cuando volví de la pileta y antes de recluirme en casa entré en la ferretería y compré el veneno para las hormigas. Había que diluir unas pocas gotas en medio litro de agua, me explicó el ferretero, y echarla dentro de las bocas. Si tenía una inyección mejor porque iba a llegar más a fondo. Me puse a la tarea con entusiasmo.

Debía hacer diez años que no entraba a Las Violetas. Estaba, como siempre, lleno de gente, sobre todo de mujeres. Miré a mi alrededor desanimada, pero justo en ese momento se desocupó una mesa junto a uno de los grandes vitrales que iluminaban el lugar con una luz acuosa, como si fuera el interior de una pecera. Me apuré a ocuparla con esa satisfacción fugaz, pero intensa, de obtener alguna ventaja en la vida, por minúscula que fuera. Las luces del vitral caían tamizadas sobre el mantel y la vajilla formando una trama cambiante. Pensé en Ferrán, en los comentarios que podría haber hecho sobre la refracción de la luz, los colores y los objetos. Por un momento los miré como podría haberlo hecho él: los pocillos, la jarra o las cucharitas salían de su humilde opacidad y adquirían otra presencia, como conscientes de estar en escena.

El mozo llegó entonces y retiró apurado la vajilla. Dos mujeres en la mesa vecina lanzaron risas estrepitosas. Recordé por qué habíamos abandonado Las Violetas en una época en que solíamos encontrarnos allí con un grupo de amigas. Alguna falla acústica hacía que el ruido fuera insoportable. Los sonidos de todas las conversaciones reverberaban contra los ventanales, las paredes y los techos y levantaban una ola que no declinaba nunca, como si fuera el murmullo del mundo. Una experiencia útil, de alguna manera, para relativizar la importancia de nuestra propia conversación, de nuestros mezquinos y constantes malentendidos. Volví a concentrarme en el baile de las luces sobre el mantel, y así estaba, medio hipnotizada, cuando irrumpió la voz bronca de Helen.

—Me salvaste la vida —me dijo como saludo, y se apoderó de su silla con decisión de conquistadora.

Yo le había prometido unos comprimidos de Dormicum porque se iba al día siguiente y se había quedado sin su somnífero habitual, imprescindible para subirse a cualquier avión. Estaba harta de las presentaciones y de la editorial, harta de su hermana que se resistía a usar audífonos, y harta de las peleas con los dos hijos de Cardini que siempre le planteaban nuevas exigencias. No veía la hora de volver a Madrid, a su rutina habitual de alumnos y a su trabajo en una ONG donde ayudaban a los inmigrantes.

—¿Sabés cuántos africanos se esperan durante los meses del verano? ¡Cinco mil!, en su mayoría magrebíes de poblaciones desérticas y miserables. ¿Sabés cuántos se ahogan?, ¿cuántos llegan enfermos?, ¿cuántos bebés hay?

Me abrumó con la información mientras tomábamos el té y yo, con cierta vergüenza, me comía

todas las bombitas de crema que el mozo había dejado en una bandeja.

Dejé para el final de nuestro encuentro las preguntas sobre Ernestina Sánchez.

—Claro que la conozco —me contestó con irritación—. Otra pesada.

Me pareció que no tenía ganas de hablar del tema, pero mi silencio la empujó.

—Era una de esas mujeres intensas, un poco masculinas, que a Emilio le hacían un efecto... —movié la mano en el aire como si tocara unas castañuelas y dejó la definición flotando—. Tuve que soportarla durante un tiempo. Hasta que el mismo Emilio escarmentó. Por el camino quedaron unas cuantas fotos, y yo me hice amiga de Ángela, su hermana que vive en Madrid. Ella sí que es una mujer encantadora. Todavía hoy hacemos algunos programas de señoras solas. Vamos a tomar copas al Hotel Continental, vamos a alguna exposición o al cine.

Cuando le pregunté por Chana, Helen quedó perpleja.

—¿Y qué tiene que ver Chana contigo?

Le conté una versión abreviada de Celso, de las cartas, de Ferrán.

—Ah, me imagino —dijo y sacudió la cabeza varias veces con una energía rabiosa—. Los amores escritos, conozco esa especialidad. Es la forma más tramposa del amor.

—Pero aquí hubo más que papeles —dije yo.

En ese momento llegó el mozo y dejó su tique sobre la mesa. Helen insistió en pagar, como mínimo agradecimiento, dijo, por haberle salvado la vida con el Dormicum.

Poco antes de irnos, cuando ya no esperaba que comentara nada más sobre Ernestina o Chana, ella volvió inesperadamente al tema.

—A Chana la oí nombrar muchas veces —dijo Helen—, era o había sido una *protégée* de Ernestina. Tenía una historia sórdida en Filipinas. Sabés que los filipinos se las vieron negras, atravesaron décadas de colonialismos y explotaciones. Ella venía de una familia pobre y diezmada por las guerras. Y Ernestina la arrancó de allá, pero no sé mucho más. Puedo preguntarle a Ángela si te interesa.

La mañana siguiente amaneció fría y soleada, esas mañanas de Buenos Aires tan diáfanas que recuerdan la infancia, cuando uno vivía en mayor consonancia con la naturaleza: rodar por el césped, hamacarse y ver de cerca las copas de los árboles, correr hasta quedar sin aliento, caerse y levantarse con las rodillas llenas de raspones, esas estampas convencionales, pero verdaderamente felices de cualquier infancia, por desdichada que haya sido. Recorrí el jardín y observé complacida que pese al caos reinante los minúsculos limoncitos seguían su camino hacia la madurez. También descubrí un hormiguero nuevo. Mientras yo me enroscaba y me desenroscaba en mis elucubraciones, la naturaleza iba siempre hacia delante empecinada en su ciego crecimiento.

Traduje cuatro páginas a lo largo de la tarde, hablé con Kerry a quien hacía días que tenía

abandonado, y también le escribí a Ferrán y le comenté al pasar cómo había vuelto a encontrar el nombre de Ernestina en la presentación de Cardini. Como siempre, Ferrán no tardó en contestarme.

De Cardini no he leído nada, pero su nombre es conocido aquí en España. Y Ernestina se las habrá arreglado para llegar hasta él, porque le gustaba el famoseo. Sobre todo con los artistas latinoamericanos. Como vas viendo, nunca la quise mucho. Hubo un tiempo afortunado en que se alejó de nosotros. Habrán sido unos tres años, después de una de aquellas temporadas juntas en Saint-Tropez. Recuerdo que Chana volvió antes de lo previsto, estaba huraña y no me dio explicaciones. Allí hubo algo turbio, una pelea profunda, un escándalo grave según murmuraban algunos amigos comunes. Pero vete tú a saber. Chana no quería ni oír hablar de ella y Ernestina se fue a un largo viaje por Oriente porque, entre otras cosas, coleccionaba porcelanas chinas. Recuperamos así nuestra intimidad cuando yo más lo necesitaba. Por entonces, a principios del otoño de 1970, hice mi exposición de las ibicencas. Fue una época despejada y feliz. Pero hierba mala nunca muere. Así que Ernestina reapareció en nuestras vidas, fue la segunda parte de su reinado, aunque nunca más volvieron a Saint-Tropez, ella vendió incluso aquella villa que adoraba. Ahora te dejo niña, que ha llegado el bueno de Oriol a pasearme. Aunque no te lo creas, no veo la silla de ruedas con horror, sino con simpatía. Ser llevado y traído como un niño me complace. A estas alturas renunciar a las piernas es la cortesía mínima que le ofrezco a mis años. La cabeza la quiero entera, eso sí. Y los ojos. Cada mañana, cuando vuelvo a deslumbrarme con el cabrilleo de la luz sobre el mar, lo agradezco.

Estábamos paradas en el borde de la pileta. La luz fluorescente del natatorio vacilaba un poco como si amenazara con cortarse. Y el olor a cloro parecía más penetrante que otras veces.

—¿Cómo va tu novela? —me preguntó Eva mientras se calzaba la gorra de baño.

—Ya te conté: el asesinato del joven de los rizos temblorosos y después el abandono.

—Eso en *Nevermore*, pero digo en “tu” novela. En la de Saint-Tropez sin hache.

—Tengo algunas novedades —dije—. Según Ferrán, hubo una pelea grave entre las dos mujeres, nunca supo por qué, pero Ernestina vendió la villa y nunca más volvieron allí.

—Y vos a Ferrán le creés todo lo que te dice.

No era una pregunta, sino más bien una afirmación. Casi una acusación. ¿Pero por qué no iba a creerle yo a Ferrán?

Eva hizo un gesto displicente con la mano, desechando el tema, y se deslizó por la escalerilla. Yo detrás de ella. Después se sumergió lentamente, como si se dejara tragar por el agua. Cuando volvió a la superficie, se pasó las manos por la cara mojada y me miró de una manera especulativa como si, después de todo, no me conociera tanto como creía.

—¿Te acordás de lo que te dije en Barcelona? Algo que tenía que contarte, sobre Celso.

—Me acuerdo.

—Es algo que pasó hace más de cuarenta años. Supongo que a estas alturas ya perdió su poder destructor.

¿Poder destructor? Esa palabra guerrera parecía excesiva. Yo sabía que ella había estado enamorada de Celso, pero era uno de esos amores de adolescencia, un castillo de fantasías.

—Yo era osada —dijo—, acordate.

—Y todavía sos.

—No te creas, a veces cualquier estupidez me da miedo. A veces vuelvo a ser “la mudita”.

Así la llamaban los chicos en primer año, porque hablaba muy poco, y lo hacía en voz baja. Tal vez porque era consciente de tener un acento distinto, una forma abrupta de pronunciar las consonantes y de cortar las palabras que provenía del dialecto ucraniano que hablaban en su casa. Algunos, a sus espaldas, la imitaban. Ella callaba, pero se fortalecía secretamente. Hasta que un día, en segundo año, cuando el prefecto Indarte nos puso a todos una suspensión colectiva por algún motivo que consideramos injusto, Eva se levantó de su pupitre, fue hasta el frente, lo miró fijo y le pegó un cachetazo que resonó en el aula de una forma inolvidable. Le hicieron un sumario y casi la echan del colegio. Pero se salvó porque era muy buena alumna. Desde el día del cachetazo, nadie más le dijo “la mudita”. Eva, le decían, con cierta unción y, a lo sumo, la Polaca, con esa ignorancia aplanadora que todos teníamos sobre los países del Este.

—Para ser justos —dije—, eras una mezcla de timidez y osadía. Hacías cosas que nadie hacía.

Eva militaba desde los quince años, robaba en las librerías lo que uno le pidiese y, desde ya, fue la primera en perder la virginidad.

—¿Nunca se te ocurrió lo que pude haber hecho con tu padre, con esa osadía?

El corazón me dio un salto. Sobre todo por la forma en que dijo “tu padre”, acentuando el “tu”. Me quedé callada dando golpecitos nerviosos con las manos contra el agua.

—Es uno de los pocos secretos que nunca te conté —dijo Eva—. Y ahora...

—¿Ahora qué? —la apuré con un hilo de voz, temiendo o esperando tal vez que se arrepintiera.

Recordé a Eva a los quince o dieciséis años, casi como si estuviera respirando a mi lado. Eva con sus ojos inesperadamente oscuros en esa piel tan blanca, Eva y su hoyuelo en la barbilla, los labios que se le pasaban con el frío, su cuerpo menudo y frágil como su nombre. A veces también yo le decía Polaca, Po-la-ca, para que su nombre durara más.

—¿Por qué tus viejos te habrán puesto solamente Eva? —le dije.

—Para compensar mi apellido largo e impronunciado, supongo. ¿Y eso a qué viene?

Levanté los hombros.

En el colegio su apellido —Mikolajczak— era una fuente constante de asombros, de risas y de estupidez. Yo, con mi manía idiomática, debo haber sido una de las primeras en pronunciarlo bien, tal vez por eso nos hicimos tan amigas.

—Y además —agregó— porque ellos no conocían bien la historia de este país, que si no. Pero hablábamos de otra cosa.

—Sí —dije—. De otra Eva.

Eva la primera mujer. Eva la pecadora.

Miré hacia el fondo de la pileta, donde nuestros pies deformados por el peso del agua parecían más anchos y blancos y temblaban ligeramente. ¿Habría sido capaz? ¿Habrían sido capaces?

Me hundí en el agua. Podría haber gritado y nadie lo habría sabido: cualquier grito se volvería allí abajo una hilera graciosa de burbujas.

—Quedate tranquila —dijo ella en cuanto salí a la superficie—. No me acosté con él.

Nos quedamos calladas. Sólo se oían las lamidas suaves del agua contra los bordes de la pileta.

—Pero lo hubiera hecho —dijo al fin—. Fue cuando le di a tu viejo mis poesías, ¿te acordás? Entre las poesías le deslicé una carta.

—Otra carta —alcancé a decir.

—En la carta —me interrumpió ella— le decía que estaba dispuesta a todo. Y le decía otras cosas que me avergonzaron durante años. Los meses siguientes estuve a la expectativa, preparándome, soñando con un encuentro, hasta que no tuve más remedio que aceptar que él no me iba a contestar nunca. Me sentí la más desgraciada y también la peor amiga del mundo, una traidora. Después él se fue a vivir a Europa.

Volvimos a quedarnos en silencio, las dos hundidas hasta el cuello en el agua tibia. Levanté la cabeza y miré hacia los trampolines desiertos. ¿Cuántos metros habría desde allí hasta el agua?, ¿tres, cuatro? Cuando era chica saltaba desde el trampolín más alto. Incluso me tiraba de cabeza hacia atrás, haciendo un arco con la espalda. Sentí un ligero vértigo y volví a mirar a Eva.

De manera que ella “estaba dispuesta a todo”, “habría sido capaz de”, “soñaba con”. ¿Cómo se mide lo que no fue? ¿Qué distancia hay que recorrer entre la fantasía y la intención? ¿Y entre la intención y la realización? ¿Cuál es el poder destructor de una bomba que no estalló?

—Seguís siendo osada —dije al fin—. Y un poco cruel. O ni siquiera, tal vez un poco ridícula. ¿Qué sentido tiene que me lo cuentes ahora?

—No sé, nunca pensé en decirte. Aunque me pesó durante toda la vida. Pero ahora, con esta historia de Chana y de las cartas...

Levantó los hombros, volvió a ponerse las antiparras y se alejó nadando hacia el otro extremo de la pileta. Cuando volvió, me uní a ella y nadamos varios largos, ella siempre un poco por delante de mí porque nadaba crol y yo pecho. Ahora, bajo esta nueva luz, podía entender algunas reacciones de Celso que en su momento me desconcertaron. Él hablaba del crecimiento desperejo de Eva, de su precocidad: si la adolescencia era un lugar incómodo, decía, para ella era un poco peor todavía. Los muchachos te llaman “la mudita” —la consolaba— de puro miedo. Los mudos son ellos, ninguno se anima a decirte lo linda y lo inteligente que sos. Eva se derretía. Sin embargo, cuando le llevó sus poesías, Celso se las devolvió casi sin comentarios. Y un día

empezó a hablarme de ella con una irritación que entonces no entendí. Esos poemas son pura catarsis, decía indignado. Son atroces, dijo una vez. Esa palabra —“atroces”— me golpeó de forma dolorosa como si se tratara de mis propios poemas. Porque, a mí, los de Eva me hacían llorar. No se puede escribir así, repetía Celso. Y cada vez que Eva me preguntaba si él había dicho algo más al respecto, yo le decía que no y la palabra “atroces” volvía a golpearme como una maza en la conciencia. Después Eva dejó de preguntarme. Ahora entendía cuál era la fuente secreta de aquella ofuscación. ¿Qué pretendía Celso? ¿De qué otra manera se puede escribir a los quince años, si además estás enamorada? Una vez, después de haber visto una comedia romántica con Doris Day, Eva y yo le habíamos comentado que ella, cuando se encontraba con él, veía estrellitas de colores. Dejen de joder con las estrellitas, decía Celso. Las estrellitas sólo sirven para distraerse, para equivocarse, para escribir mal. “¡Estrellitas!”, repetía y sacudía la cabeza como para desprenderse de una musaraña. ¿Y su historia con Chana qué? Estrellas de colores primero, literatura después.

Eva debía haber sufrido con ese secreto a cuestas. ¿Pero ahora? Volví a verla a los quince años, tan explosiva y tan vulnerable, con esa familia que arrastraba los horrores cercanos de la guerra, y con esa ropa de orfanato que le compraba la madre, como otro castigo, siempre dos talles más grandes de lo que ella necesitaba. El rechazo y la aprensión iniciales fueron cediendo paso a un sentimiento más tierno y humorístico.

—¿Ahora me querés menos? —me preguntó ella cuando llegamos a la parte baja de la pileta.

A los quince años aquello habría sido una pieza magnífica de tragedia adolescente, pero ahora...

—Ahora tenemos casi sesenta, Eva —le dije. Nos abrazamos en medio del agua, un poco temblorosas, como si estuviéramos por echarnos a llorar. Pero de a poco, sin darnos cuenta, empezamos a reírnos. Un viejo solitario que nadaba en un andarivel vecino se detuvo a mirarnos y sacudió la cabeza con un gesto de reprobación tan evidente que nos soltamos del abrazo.

—Viejo de mierda —dijo Eva en voz bastante alta.

Por un momento sentí que esas palabras salpicaban a Celso. Celso que había sido duro con ella. Tal vez por prevención, asustado por la posibilidad de mostrar alguna debilidad.

En el trayecto de vuelta conseguí sentarme en el primer vagón del subte. A los pocos segundos, vi avanzar a un ciego que cantaba con una voz lastimosa y desafinada. Tras él, pisándole los talones, apareció un vendedor de pañuelitos de papel. Estaba acostumbrada a ese acoso cotidiano y trataba de no involucrarme, pero, esta vez, cada uno me sacudía de espanto. Me levanté del asiento y me mudé al vagón vecino. Pero siguieron entrando. Y yo repetí, cada vez, mi absurda maniobra abriéndome paso entre la gente y huyendo de vagón en vagón hasta quedar atrapada en el último, mirando fijamente las vías que iban quedando atrás. No quería verlos —enfermos de sida,

tullidos, músicos ambulantes, vendedores de baratijas—, no quería que me ofrecieran nada, ni escuchar sus miserias, ni debatirme entre la pena y la indiferencia. Tampoco había querido la confesión de Eva, ni las cartas a Chana, ni *Nevermore*. Vestigios de Celso que me empujaban a un lugar absurdo y lejanísimo adonde no debía ni quería estar. Las cartas, aun con su sobriedad, reabrían el abismo de las conjeturas, del misterio que envuelve a los padres, eran un pedazo vivo de su historia: bastaba con empezar a leerlas para que su vida se echara a andar otra vez, como si uno pusiera un disco. Aunque cada vez fuera posible percibir notas distintas, yo nunca iba entenderlo del todo, ni necesitaba hacerlo, por más que él proclamara que se entiende al padre o no se entiende nada. Lo único que tenía para medirlo eran mis propios sentimientos, mis propios pensamientos, las zonas donde podían cruzarse y coincidir con los suyos. La mimesis de la especie no es perfecta. Recordé a mi perra y a los otros perros con los que se encontraba en la plaza, la forma en que todos repetían los mismos movimientos, los mismos jadeos, la misma forma de olisquear el árbol, de morder su hueso. Pero yo era otro tipo de cría y Celso tenía una forma única, irrepetible, de transmutar lo visceral, el dolor, el desasosiego en teorías o en poesía. También tenía una cualidad que reconocí en cuanto me senté en el escritorio y arranqué con la primera frase de mi traducción. ¿Cómo demonios se traducía *arpenter*? Di un golpe irritado sobre la mesa. Porque yo estaba de malhumor, era evidente, pero en cambio a Celso nunca lo había visto de malhumor. Con una de sus jaquecas sí, preocupado también, o enojado, pero siempre contenido. (Uno siempre está enojado con uno mismo, decía). Nunca de malhumor. La mayoría de las veces se movía por el mundo con un ánimo optimista y constructivo.

IV

Daniel volvió del último viaje taciturno y con una parva de ropa para lavar. Se apuró a llevarla por su cuenta al lavadero y la depositó sobre la pila de ropa sucia que yo había dejado acumular en los últimos días. Miré el conjunto con aversión: su ropa y la mía seguían casadas, pensé. Una mezclanza. Pero también una especie de tótem doméstico que todavía nos protegía: en pocas horas la casa tuvo que volver a ponerse en marcha, como el lavarropas, y entonces algo se restauró de la rutina familiar y me distrajo del mundo de papeles en el que estaba sumergida. Al menos cada noche, solos en la mesa de la cocina, hacíamos una comida juntos, puntuada por un diálogo burocrático y cobarde. Yo le preguntaba sobre su viaje. Y él contaba poco. Que habían tropezado con muchos obstáculos en la provincia, que los hoteles eran precarios y que el viento impiadoso del desierto le había hecho doler los oídos. Sólo contaba las dificultades. Me había traído de regalo unas velas perfumadas con aromas del sur y un fragmento de tronco del bosque petrificado de Neuquén que puse en uno de los estantes de mi biblioteca. En los días siguientes, mientras trabajaba, cada vez que alzaba la mirada y lo veía, amorfo y oscuro, me quedaba un instante inmóvil ante el teclado, atravesada por un momento de vacío. ¿Cuál era el mensaje de aquel fósil? Pensé en tirarlo junto con algunos tomos de la Espasa: liquidar, por ejemplo, toda la letra D.

Una noche, mientras comíamos, le lancé una pedrada al azar. ¿Y Sandra?, dije. Él se quedó en suspenso y me pareció que palidecía. Pero no podía estar segura. Daniel tenía la piel muy blanca. ¿Qué Sandra?, preguntó al fin. No sé, mentí, encontré una llamada perdida de una tal Sandra para vos. Ah sí, dijo él, demasiado distraídamente, debe ser una de las colegas del Departamento de Administración. Después volvió a hundirse en su agenda mientras terminaba de tomar el café.

En cualquier caso, pensé, yo no tenía derecho de hacer demasiado escándalo, era consciente de haberlo abandonado en los últimos años (la chata que achata), tanto como abandoné a la pobre Tola durante aquella decadencia constante que cada día me señalaba el rumbo: “aquí descansan los que nos precedieron en el camino de la vida”, tal como advertía una leyenda pintada en el muro de la Recoleta.

Pese a tantas prevenciones, aquella misma noche dormimos cerca uno del otro. Y sin saber en qué momento del sueño, ni cómo sucedió, los cuerpos, ajenos a las vacilaciones, las sospechas y los resentimientos, volvieron a encontrarse. Por la mañana, como seres disociados, ninguno de los dos hizo el menor comentario. Cada uno habrá registrado, o atesorado en soledad, esa mínima

hazaña del amor. (¿O idiotismo de la rutina?).

Me reí sola —la previsible alegría—, mientras hacía la cama: aunque ya fuera inútil, la especie se prodigaba en la costumbre de la recompensa. Me duché, me lavé la cabeza y me arreglé con cuidado, como si tuviera que seguir algún ritual diferente para preservar ese efímero estado de dicha. Sin embargo, recién vestida y toda fragante me limité a sentarme una vez más frente a la computadora. En la bandeja de entrada del correo encontré un mail de Aline. Me mandaba fotos del cumpleaños de su hijita: una fiesta en el jardín llena de primos y de compañeros de escuela. Me mandaba también una foto de sus amigas del grupo de salsa. Y me aclaraba el nombre, la profesión y la localidad en que vivía cada una: Marie es de Fréjus y es diseñadora de moda; Arlette, profesora de *Indoor Cycle* en Saint-Raphaël; Stephie, mamá de cuatro chicos de su mismo pueblo, y Jennie, bibliotecaria en Saint-Tropez. Con ellas se encontraba cada quince días en Draguignan —la ciudad más cercana y más importante de la zona—, donde aprendían salsa con un colombiano. Todas ellas sonreían con una copa en la mano, proclamaban su fe en la vida: mujeres jóvenes, independientes, moviéndose con sus autitos por toda la Provenza, tratando de encontrar pareja, como viajantes de comercio con sus maletines repletos de catálogos y de muestras gratis. Se me ocurrió que Jennie, la bibliotecaria de Saint-Tropez, podría saber algo sobre Ernestina Sánchez y su villa.

“Veo que seguís obsesionada con los personajes de Calmell y con esa novelita asquerosa”, me contestó Aline ese mismo día. “Jennie es muy joven y seguramente no tiene ni idea. El que sí tenía alguna idea era papá. No quería ni oír hablar de Saint-Tropez. Muchos veranos le pedí que nos llevara porque Céleste, mi amiga preferida de aquel entonces, veraneaba allí. Cada vez que se lo mencionaba, ponía una cara... (¿cómo se dice en español *faire la gueule*?). Total, que terminábamos yendo siempre a la misma playita de la Normandía donde el sol era apenas tibio y el agua helada”.

Sabía que Celso se había vuelto cada vez más austero y más crítico: el Saint-Tropez de los años 60 y 70 debía parecerle el colmo de la frivolidad. ¿Pero sería ése el único motivo para condenarlo? ¿Sabría algo de la presencia imperiosa de Ernestina en la vida de Chana? ¿De sus veraneos juntas en Saint-Tropez? Aunque pensé que ya no volvería sobre sus cartas, abrí la carpeta de Calmell y las releí buscando alguna referencia, frases que, como muchas, guardarán en sus pliegues otro sentido. Y las encontré.

“Von Tillen me ha invitado otra vez al campo, pero creo que me quedaré en la ciudad, por más que insista. Conoces la tiranía de los ricos, hay que mantenerlos a raya”.

“Chana, Chanísima, tú debes afirmar tu talento, no necesitas que nadie maneje tus cosas”.

“Será mejor que viajes sola a París, ya hemos hablado de esto alguna vez...”.

“Mis poemas son tuyos, sólo tuyos, me gustaría incluso, si no fuera tan enfático, que los leyeras y los quemaras después”.

Mientras guardaba las cartas otra vez en su carpeta, recordé la impaciencia de Helen con su

marido célebre: ¿Cuándo se termina de morir la gente? ¿Hasta cuándo hay que seguir pensándolos, reinterpretándolos, trillando sobre sus pasos?

Durante el resto de aquella semana me olvidé de Celso, de Chana y de *Nevermore* y me dediqué a traducir los últimos capítulos de los superhéroes y a preparar mis clases de español. Pero el sábado al mediodía, cuando estaba por salir hacia el instituto de idiomas, se desató una tormenta que en minutos anegó las calles. ¡Eso!, ¡que tronara y que diluviara! Cerré la puerta de calle contenta, como si el cielo estuviera cumpliendo en mi lugar con alguna oscura venganza. Según las previsiones, la lluvia seguiría todo el día hasta bien entrado el domingo. Imposible ir al instituto a dar clases. Ni siquiera ir hasta la esquina a comprar todo lo que faltaba en la heladera. Con la casa en silencio, los vidrios empañados de las ventanas y el rumoroso acompañamiento del agua que corría por las calles y por los desagües del jardín, me sentí enteramente justificada, flotando en mi tiempo libre como un pez en el agua.

Me tiré en la cama y encendí el televisor. Pasé de un canal a otro evitando los noticieros y los programas mañaneros de chismes hasta que fui a dar sobre la imagen de Maurice Chevalier en el canal de películas clásicas. La escena me resultaba familiar, aunque no conseguía identificarla. Con su antigua elegancia de bastón y sombrero de copa, las mejillas sonrosadas como un Papá Noel, Chevalier se paseaba por un parque, contemplaba a un grupo de chicas en sus juegos, se sentaba en un banco y rompía a cantar —con ese desprejuicio de los musicales— “Thank heaven for little girls”. Escuché con atención la letra y me espanté: las chicas de cinco, las de seis o las de siete, dice Maurice, todas lo exaltan (¿un himno pedófilo?). Pero de pronto reconocí la escena, el tiempo dio un salto atrás: ¡Aquél era el mundo de *Gigi*! ¡La exquisita tía y la abuela, y el enamorado millonario, y los ojazos de Leslie Caron! De a poco me dejé absorber por las imágenes de la película y el efecto que me provocaban: cada una de ellas percutía en la memoria y arrancaba su eco, se unía a su doble de cincuenta años atrás, cuando la había visto por primera vez con Celso, como todas las de su género, porque él no dejaba pasar ni una. Entrábamos en la sala como padre e hija, pero en cuanto nos envolvía la penumbra, algo nos igualaba: yo podía percibir su encantamiento y su candor ensanchando los míos.

Después de *Gigi*, que vi sin interrupciones, el canal de clásicos pasaba una de *cowboys* con Alan Ladd, el héroe del jopo incommovible. Pero yo quería seguir retozando con Leslie Caron. Me puse a buscar en la computadora *Lily*, *Las zapatillas de cristal* y, sobre todo, *Papaíto piernas largas*. Ninguna estaba completa en la red, pero encontré multitud de escenas que, como un rompecabezas, me permitían reconstruir el argumento, recordar secuencias y volver a emocionarme con los finales. Y así dejé pasar las horas, totalmente infantilizada (en ese estado, imposible encarar la traducción) y bastante melancólica. Como cualquier chica de mi edad yo habría soñando con ser *Gigi* o Sabrina o cualquiera de aquellas heroínas románticas, sin embargo,

ya me encaminaba a ser la chica recia que debía ser, la que podría asimilar y entender todo.

Estaba por abandonar la computadora, cuando me entró al correo un mail de Aline. Me mandaba un link para que entrara al suplemento *Nos Plages* que el *Nice-au jour* sacaba desde hacía más de treinta años. “Por si querés saber más sobre Saint-Tropez en las décadas de los 60 y 70”. Por curiosidad, abrí al azar uno de ellos, de 1968, y empecé a leer algunos títulos y copetes: “Música yéyé hace furor en Le Voyou”. “Henri Cartier-Bresson, polémico”, su foto de una pareja semidesnuda besándose en la arena cimentada la fama escandalosa de nuestras playas. “La familia Rochefort en L’assiette d’or”. *Faits divers*: “La fiesta de los pescadores aguada por la aparición de un pez-globo venenoso”. Avisos publicitarios de Pharmacie Le Var, Le Voyou discothèque, La coquille fruits de mer... La vida, aun la de los veranos más tempestuosos, no era más que repetición fácil de embutir en cajoncitos clasificados. Cerré ese ejemplar y abrí otro. En la primera página aparecía un mapa de un tramo de la Costa Azul, desde Cap Bénat hasta Cannes, con una lupa que hacía foco sobre las mejores playas de Saint-Tropez: La Bouillabaisse, la cala de les Graniers, Les Canebiers, “la preferida de los turistas extranjeros”...

Fui recorriendo aquellos cabos, calas y meandros, con la curiosidad que me provocan siempre los mapas cuando llegan a su límite con el agua, ese contorno caprichoso, inestable (nacido de las batallas —diría Ferrán— entre el agua y la tierra, de sus grandes movimientos, pero también del mínimo cambio en la porosidad de una roca, en el embate de una ola), un contorno inasible como el aire, y sin embargo ellos lo dibujaban con esa precisión. Empecé a preguntarme quiénes serían esos “ellos” cuando vi otra vez aparecer a Celso. Celso frente a un planisferio fijado con chinchas sobre su escritorio. No era en rigor un escritorio, era una larga mesa de reuniones, desproporcionada para el living del departamento de la calle Canning donde vivía entonces, pero que él defendía a rajatabla con razones poéticas: no hay mesa que alcance, decía, cualquier mesa que pongas se usará hasta el último centímetro. De manera que aquella mesa se había sectorizado, se usaba como mesa de comedor en uno de sus extremos, y en el otro como mesa de trabajo, la parte central era variable, tanto podía haber un tejido de Magda como un paraguas o una manzana mordida.

Ahora Celso está parado ante el mundo con un lápiz en la mano y agrega un pequeño segmento en la línea con que dibuja sus recorridos. La azul, dice, es la de mis viajes por Europa, y la roja por América. El lápiz es gordo, facetado, apetecible para los años de Laura. ¿De dónde habrá sacado Celso ese lápiz extraordinario? —piensa ella— y recuerda tal vez su escuálida cajita de lápices de colores a los que siempre se les parte la punta. Celso se queda mirando el mapa con los brazos cruzados en la espalda, tenso, con ese aire de impaciencia que solía tener como queriendo siempre arrancarles más a las cosas. Es así, cada uno en su mundo. Ella, el lápiz de trazo blando y grueso, él, los lugares del mundo —las mujeres, los destinos— que ya no conocerá. Mueve la cabeza considerando lo que ve. Te das cuenta, le dice —aunque no parece que le hablara a ella—, qué poco del mundo uno llega a conocer, y con una mano acaricia la vastedad del Asia, del África.

Pensar, por ejemplo, que nunca fui a Manila. ¿Manila?, pregunta Laura, ella sólo sabe de Manila una canción que le canta su abuela: “Dónde vas con mantón de Manila, dónde vas con vestido chiné, a lucirme y a ver la verbena y a meterme en la cama después”. Manila, repite él, y tal vez lo haya dicho de manera diferente, lo habrá dicho lento y en voz más baja como si quisiera dilatar la palabra y lo que evoca, pero en todo caso después cambia de tono y encara, como suele hacer, la parte didáctica del asunto: Manila es la capital de las Filipinas. Y agrega, como distraído: tengo una amiga que nació en Manila. La escena se desvanece.

También la pantalla de mi computadora se había oscurecido. Una ligera conmoción: Manila. En esa sola palabra estaba replegada Chana, la conocida y la desconocida, la mujer inquietante a la que renunció, pero no en su fantasía. “Qué ganas de hablarle a ella de ti”. Y me había hablado de ella, subrepticamente, a través de esas hilachas, esos mínimos rastros de deseos y sueños que venían a completar su sentido tantos años después. Lo que Celso no pudo prever fue que la conversación creciera, que tomara un rumbo inesperado con el hallazgo de sus cartas, y ahora tortuoso, disparatado, a través de las intrigas de *Nevermore*.

Me levanté del escritorio con el cuerpo entumecido pero con la cabeza llena de preguntas y de asombros. El pasado había saltado de su inmovilidad y empezaba a entretejerse o a reinventarse mostrando nuevas aristas. Tal vez aquella idea de que “sólo existe el instante presente” no fuera sólo una fórmula simplificadora, un artilugio de la resignación. El pasado parece moldearse como una obra personal, fragmentaria, caprichosa, que por pereza o necesidad uno deja cristalizar hasta que se petrifica como el tronco que me había traído Daniel de Neuquén. Estiré los brazos hacia arriba hasta la punta de los dedos y giré varias veces la cabeza hacia un lado y hacia el otro para aflojar la tensión del cuello. Ya había tenido suficiente de computadora por ese día y de viajes al pasado.

Pese a los anuncios, el domingo amaneció despejado, sólo quedaba en el aire un olor a tierra húmeda que me recordó las mañanas heladas de Ramallo. Daniel había llegado tarde el día anterior y todavía dormía. En los últimos años era así, yo me despertaba antes que él, tenía esa ventaja de mirarlo dormido, de ejercitar algo de ternura y algo de crueldad —ese pliegue áspero de la mejilla, ese labio que se desdibujaba y se dejaba caer hacia la almohada—, pequeñas venganzas sobre el cuerpo inerme del otro.

Cuando después de desayunar abrí mis mails, busqué alguno de Ferrán, pero no había noticias de él. Me quedé preocupada. En el último que había recibido, una semana atrás, Ferrán comentaba que debía hacerse una batería de exámenes médicos y que estaría entregado a sus *inútiles sadismos para saber lo que cualquiera sabe, que a cierta edad el cuerpo se te vuelve un inútil y un enemigo*.

Después se lanzaba a una contundente puteada castiza, aunque por el camino lo hubiera metido a Cortázar.

Hay un cuento admirable de tu Cortázar, el del hombre enredado en el jersey, ¿recuerdas cómo lo atacan y lo matan sus propias manos? Pues eso es, te atacan las manos, los pies, y toda la procesión que va por dentro: la próstata, el corazón, los pulmones, esos tíos que trabajaron como burros para ti durante décadas y de pronto se hartan de la faena y te mandan a tomar por culo.

Me deslicé por la lista de mails recibidos y abrí ahora uno de Puentes, el director de la editorial. Algo decía sobre adelantar el trabajo, pero yo estaba ausente, pensando en Ferrán, en sus noventa y cuatro años, en el lazo cercano pero inmaterial que habíamos anudado. Como si estuviera espionando la deriva de mis pensamientos, sonó entonces el teléfono y era el mismísimo Puentes para contarme a viva voz su urgencia. Habían decidido lanzar el libro de ensayos en el Salón Internacional del Cómic de Medellín y necesitaban la traducción lo antes posible.

A cambio de eso me ofrecían un pago inmediato, sin la espera habitual de sus cheques que siempre tardaban entre treinta y cuarenta días en cobrarse. Me faltaban sólo unas diez páginas y una revisión final. Sin pensarlo demasiado le contesté que sí, que podía hacerlo y cerré los mails dispuesta a trabajar.

El autor analizaba ahora al grupo de *Los Avengers*, en particular al Hombre Hormiga, un héroe capaz de reducir su tamaño por distintos métodos —inhalación de un gas, tomando una pastilla o simplemente usando la mente para encoger su cuerpo— hasta hacerse minúsculo. Pero no había que despreciar a los pequeños, el Hombre Hormiga era más poderoso que Goliat, estaba armado con un supertraje que tenía la increíble habilidad de encoger en escala pero aumentar su fuerza hasta cincuenta veces. Avancé a una velocidad constante y sin sentir el paso de las horas. A veces el trabajo se me hacía arduo, dominado por una conciencia aguda del paso de cada minuto, del peso de cada palabra, de cada frase pulida y terminada, de cada párrafo. Otras veces, como ahora, no lo advertía, como si trabajara en un estado de ausencia, meditativo, donde el esfuerzo se desarrollaba sólo en una parte de mi cerebro. El cansancio que me llegaba después era como el agotamiento feliz del cuerpo en los veranos, después de tanto sol y tanto mar. Al anochecer, antes de cerrar la computadora, le mandé un mail a Ferrán donde intentaba darle ánimos, le contaba los datos más disparatados de los superhéroes, los achaques de Superman cuando se jubilaba y la capacidad del Hombre Hormiga de comunicarse con sus compañeras gracias a interfaces cibernéticas instaladas dentro de su casco. Qué bien me hubiera venido, le decía, contar con alguna de esas habilidades en mi lucha contra los hormigueros. En cambio, yo las había liquidado de la manera más primitiva y salvaje. ¿Se tomarían los animalitos alguna venganza? Me costó terminar el mail, no encontraba la forma de despedirme. Hasta la próxima, puse al fin, y que ojalá se armara de superpoderes para luchar contra la conspiración médica. Apenas apagué la computadora me arrepentí de la suma de estupideces que acaba de escribir en un momento en que Ferrán no debía pensar más que en la muerte.

Esa noche soñé con una mano, una mano sola, independiente del brazo, que me acariciaba los pies y trepaba por mis piernas, yo temblaba de placer, pero de pronto la mano se transformaba en una legión de hormigas que avanzaban sobre mi cuerpo. Me debo haber quejado porque Daniel me sacudió con suavidad para que me desprendiera de la pesadilla. Como si ese contacto hubiera desencadenado otros, esa noche tuvimos un nuevo encuentro rápido pero intenso. Así era en el último tiempo el sexo entre nosotros.

Los días que siguieron, con la concentración en el trabajo y el silencio de Ferrán, los recuerdos de Celso y las conjeturas sobre *Nevermore* y Saint-Tropez se mantuvieron en segundo plano. Hasta el día en que entregué la traducción.

Era una mañana fresca pero de cielo azulísimo, de esas mañanas que inducen a la condescendencia, a la fraternidad con el mundo. Volvía en un taxi a casa y agradecía que el chofer fuera silencioso aunque llevara el dial clavado en FM Tango a un volumen considerable. Yo iba despreocupada, con la serenidad del trabajo bien cumplido y la alegría del cheque en la cartera, hasta que empecé a prestar atención a una milonga dedicada a Gardel. La voz del cantor era un poco metálica, demasiado enfática, pero fue la letra la que empezó a tocarme: *Me hubiera gustado verte / Carlitos Gardel añoso, / con el cabello canoso...*

Con mis sentidos de traductora todavía en estado de alerta, esas dos palabras un poco grotescas, “añoso” y “canoso”, me chirriaron en el oído. “Añoso” podría ser el tronco de un árbol, pero no Carlitos, pobre Carlitos. Y peor “añoso” seguido de “canoso”, lo que se dice un verdadero ripio. Y sin embargo, a medida que la milonga repetía el estribillo, y pese a la voz metálica, me dejé envolver por su nostalgia. Maldito tango traicionero, pensé, por más que fuera una milonga.

Me hubiera gustado verte / Carlitos Gardel añoso, / con el cabello canoso / pero tenerte, tenerte.

Ese último verso no estaba mal: *¡pero tenerte, tenerte!*

Abrí la ventanilla, dejé que una ráfaga fría me diera sobre la cara.

Me hubiera gustado verte / por esa calle Corrientes, / Corrientes y Talcahuano.

Y entonces una puntada de congoja.

Me hubiera gustado verte / y oír un tango en tu voz, / y oír un tango en tu voz, / y también tener la suerte / de que me digas adiós.

Era otra vez Celso que me rondaba, él que hablaba de Gardel y se le humedecían los ojos, que había tenido una oficina cerca de Corrientes y Talcahuano, que había andado por esas calles, no silbando tangos, pero sí llevando y trayendo carpetas, y acodado a sus cafés tomando apuntes en su eterna libretita azul. Celso que tampoco me había dejado la posibilidad de conocerlo añoso ni de decirle adiós.

Guapísima, no creas que me he olvidado de ti. Aquí dice el Paco que acaba de volver de su pueblo que no recuerda ninguna carpeta ni cosa que se le parezca pero sí a una mujer muy insistente que cayó una tarde preguntando por ti. Te esperó tantísimo tiempo y luego quería por narices ir hasta tu cuarto y dejarte ella misma una carta bajo la puerta. Si quieres más detalles le hablas por teléfono al Paco cualquier mañana de éstas, que él de la internet no entiende ni jota. Aquí las cosas se están poniendo de miedo, un verdadero coñazo estos del PePé.

Un abrazote de Monse

¿Una mujer que me buscaba? Repasé posibilidades. Leticia, una amiga lejana que me crucé por casualidad los primeros días en Barcelona. Un contacto editorial muy breve que hice con una tal Rocío Coixet a instancias de Puentes. ¿Alguna secretaria del Ayuntamiento?, pero en ese caso Oriol, el inquieto historiador, me habría mandado un mail. De cualquier manera, ninguna de esas eventuales visitantes se hubiera tomado el trabajo de esperarme “tantísimo tiempo” como decía Monserrat.

Con este nuevo interrogante en la cabeza, volví una tarde a revisar algunos ejemplares de *Nos Plages*. No sabía a ciencia cierta qué buscaba: ¿alguna pista de los veraneos de Chana y de su protectora, algún vínculo entre *Nevermore* y la realidad evocada por Ferrán, algún motivo que explicara el rechazo de Celso por Saint-Tropez?

Recorrí rápidamente los suplementos de 1970, casi sin expectativas, hasta que encontré en el último del mes de agosto, entre los *Faits divers*, la noticia que me hizo trastabillar. Mientras la leía tuve una sensación de desdoblamiento, como si fuera yo misma quien la estaba creando a la medida de mis fantasías.

En la madrugada del domingo, un bañista encontró en la playa de Les Canebiers el cuerpo sin vida de un adolescente. El joven vestía sólo un pantalón pescador y llevaba al cuello un pañuelo azul. La policía mantiene su nombre en reserva pero según testigos era habitué de la discoteca Le voyou y amigo de muchas personas de renombre en Saint-Tropez. ¿Sobredosis?, ¿crimen pasional?, ¿ajuste de cuentas? Por ahora, la Policía ha caratulado la investigación como “Muerte dudosa”.

El nombre de la playa me resultaba familiar: era una de las que mencionaba el artículo sobre la costa de Saint-Tropez. Pero había algo más: los mails de Ferrán. Abrí la carpeta donde los tenía archivados y empecé a buscar. Pasaba con el cursor de uno en otro, sorprendida por la cantidad que se había acumulado y releía algunos párrafos al azar con algo de la complacencia posesiva de un coleccionista. Después puse en el buscador la palabra “playa” y entonces el dato saltó enseguida: *Habían pasado muchos veranos juntas en Saint-Tropez, donde Ernestina tenía una villa sobre la playa de Les Canebiers.*

Podía ser una simple coincidencia, muchas cosas debían suceder sobre esa playa dado que era la preferida de Saint-Tropez. Puse también en el buscador la palabra “villa” y encontré varias menciones. Me detuve en *ella vendió incluso aquella villa que adoraba*. La frase pertenecía al mismo mail donde Ferrán comentaba el brusco distanciamiento entre Chana y Ernestina, la presunción de algún hecho “grave” ocurrido entre ellas. La fecha: 1970.

—Así que encontraste un crimen verdadero en Saint-Tropez.

Estábamos otra vez en la pileta del Club Almagro, avanzando a ritmo parejo por los dos andariveles centrales. (Por una vez Eva nadaba pecho a mi lado sin adelantarme como solía hacer siempre).

—Acordate de que en *Nevermore* también aparece un chico estrangulado por un sádico y con un pantalón pescador. Olimpia sospecha de Rémy, lo acusa. Y él se confiesa capaz de matar por celos.

—Me acuerdo —asintió Eva.

—El de la “figurita menuda” —insistí—, “el angelito de Leonardo de rizos temblorosos”: o sea, Gilgamesh.

—¿Y qué suponés?, ¿que es el mismo? De los rizos no se dice nada en la nota.

—No. Los rizos son literarios.

—Hay una expresión española —dijo Eva—: “rizar el rizo”. —Y levantó sus cejas perfectas en un gesto irónico.

—Ajá. A veces extraño cuando eras la mudita —dije—, ahora sos siempre “la filosa”.

Pero Eva tenía razón. Estaba dando vueltas alrededor de una obsesión estúpida, suponiendo alguna trama fantasiosa donde Celso no parecía ya tener ninguna intervención. Y además, no parecía posible avanzar mucho más. Me quedé enredada en esa idea de avanzar. Avanzar en círculos, avanzar en línea recta, avanzar como un cangrejo, avanzar en muletas, avanzar hasta caer en un pozo donde no habría más que avanzar.

Una hora después, mientras nos cambiábamos en el vestuario, le conté también sobre la mujer del hostel de Barcelona.

—¿Qué mujer podría haberme buscado en Barcelona?

Eva sacudió hacia atrás el pelo que ya no era dorado como antes: ahora era color ceniza, pero seguía siendo fuerte y movedizo, consistente con aquel gesto vanidoso que adoptó desde los quince años, cuando dejó atrás su “trenza cosida”.

—Salvo que sea la fogosa protagonista de *Nevermore*, no se me ocurre nadie —dijo.

Después miró fijamente mi pantalón gris que a la luz del tubo de neón se veía más triste todavía que la pared de color verde desvaído del vestuario.

Hubo un intercambio de gestos mudos que culminaron en una orden:

—Basta de ese pantalón —dijo Eva.

Me apuré a ponerme el tapado y la bufanda, para sustraerme a su mirada.

—Con lo que te importaba a vos la ropa.

Sí que me importaba. Soñaba con tapados y carteras y faldas y camisas, dibujaba modelos, anotaba ideas y direcciones, todavía ahora recordaba algunos vestidos que quise tanto, tanto más que a muchas personas. Eva, en cambio, cultivaba una austeridad militante y miraba con sorna mis devaneos. Con los años habíamos ido cambiando de roles: ella era cada vez más elegante y detallista, y yo más descuidada.

—Bueno —me defendí—, era flaca, era joven y todo me quedaba bien.

“Élancée”, me dijo Celso una vez. Y había hecho un gesto con la mano lanzándola hacia arriba con un breve silbido. Yo debía tener doce o trece años y me inflé de orgullo con lo de “élancée”, como si me hubieran condecorado. Después venían las explicaciones, Celso iluminaba lo que antes estaba oscuro, y yo guardaba con celo cada palabra, cada imagen, como si fueran mis figuritas abrigadas. Eso debía ser la buena paternidad para él, esas explicaciones que daban forma al mundo en palabras. El recuerdo se cerró con su muesca de emoción, pero la memoria dio otro salto hacia atrás. Ahora yo debía tener menos de seis años.

¿No sabés hacer un moño?, pregunta Celso. Ella mira hacia donde cuelgan los lazos sueltos de su bata, no sé, dice, aunque hace mucho que sabe, por el puro gusto de que el padre le enseñe. Entonces Celso se pone en cuclillas y recoge los dos lazos, sus manos pálidas de nudillos ahusados se mueven lentas con los dos extremos y le muestran los tres pasos necesarios para cerrar un moño, ella está feliz de verlo tan próximo, a su misma altura, como otro chico, con toda su concentración dedicada a ella, y debe ser en la intensidad de ese instante cuando se graba el recuerdo, parcial, apenas un gajo de recuerdo, porque ella no sabe si está en su cuarto, o en la cocina, o en un pasillo, ni sabe quién hay alrededor o si hace frío o calor, ni lo que sucedió inmediatamente antes o después, sólo pervive ese recorte, la fragua de ese instante.

—La ropa sigue siendo importante —dijo Eva.

—Preguntale al Hombre Hormiga si no —le dije para distraerla—. Tiene un traje que lo hace crecer.

—¿Y el del Hombre Araña? —retrucó ella—, ¿o el de Batman? Es siempre lo mismo, la ropa y el poder: galones, borlas, charreteras...

—Armiños —agregué— y plumas y visones.

—Colas, sombreros, plastrones...

—Y eso que todavía no sabés nada de los simbioses —la interrumpí.

—¿Simbioses?

—Unos parásitos extraterrestres amorfos que te envuelven como trajes y que influyen sobre tu mente.

—Ah, tu pantalón gris —confirmó Eva.

Empezamos a reírnos como entonces. Ésa era una de las mejores cosas de ser amigas de tanto tiempo, recuperar cada vez *esa* misma risa que envolvía todo el cuerpo, que aclaraba la mente y el corazón como un agua fresca.

Seguí los consejos de mi amiga y la semana siguiente, libre ya de la traducción, fui al centro y me compré botas, remeras y pantalones nuevos. ¡Tres pares! Más de los que necesitaba y más de lo que quería gastar. Pero yo venía con el ánimo *élancée* y dije que sí a todo. En casa organicé una nueva razia de ropa vieja y de objetos varios: tiré una alfombra descolorida, macetas cachadas y varias cacerolas tristes que arrastraba de la época de Tola. La Espasa Calpe, que parecía irreductible, se quedó sin toda la letra efe, sin la jota, y sin la antipática k. (La ele se salvó raspando porque ya estaba agotada de subir y bajar por la escalera con los mamotretos). Daniel me miraba ir y venir sin hacer demasiados comentarios y, una noche, me anunció que tenía un nuevo viaje en puerta.

Lo observé mientras hablaba: los pómulos tensos que todavía sostenían la juventud de su cara, los ojos claros que raramente se detenían ahora en mí, pero donde permanecía sin embargo un fondo de gentileza.

Cuando lo conocí, no había tenido ningún tipo de revelación, ningún temblor ni ansiedad inolvidable. Fue un encuentro banal, me pareció un hombre entre muchos, un poco más alto, un poco más desgarbado (estaba demasiado flaco por entonces), nada del Hermes combatiente con quien Olimpia —la heroína de *Nevermore*— comparaba al hombre que la seducía en la discoteca. Tampoco había sentido ante él ninguna convicción ni reminiscencia épica como las de ella: “A causa de su físico Rémy despierta en mí reminiscencias. Una imagen renacentista que cobra vida desde su lienzo: ‘Hermes Combatiente’ y así lo bautizo. Este hombre, me dije a mí misma, pertenece a la extraña clase de los sujetos que pueden cautivar me por siglos...”.

Daniel pertenecía a la clase de los sujetos organizados y previsores. (Como decía Celso de su amigo Tomás: un hombre de fe absoluta en las reparaciones). En su momento, eso me había atraído. Lo veía ahora servirse una taza de té con gestos tan medidos que jamás podría volcar ni una gota. Nada que ver con un Hermes Combatiente. Me irritaba tanta cautela. Me levanté de la mesa y empecé a lavar los platos haciendo más escándalo del necesario con los cubiertos, como si librara una minúscula batalla. ¿Cuánto tardaría en deshacerse el resentimiento, ese nudo que entre los dos habíamos apretado cada día un poco más? Más que nudo, piedra. Porque estaba ahí, palpable, un cuerpo interpuesto, que nos separaba pero que también nos mantenía unidos.

Daniel se fue a dormir y yo me quedé en la cocina ordenando con obsesión. Cada tanto me sucedía, me atacaba una fiebre de orden. Quería guardarlo todo, más que eso, quería borrar la incidencia de las cosas en el espacio hasta lograr el vacío total, la quietud, como en un ejercicio zen.

Cuando me metí en la cama, Daniel estaba totalmente dormido y murmuraba entre sueños. Me acerqué a él para escuchar qué decía. Era un idioma hecho de palabras rotas, de sonidos borrosos.

Le hice preguntas en voz bajísima, como tratando de acoplarme a su sueño, pero su balbuceo era impenetrable. Recordé a la japonesa durante mi viaje a Barcelona. De qué manera habíamos logrado tender un puente de comprensión entre las dos. Más allá de las palabras.

Desde que nos habíamos sentado a la mesa de la cafetería, Kerry dibujaba espirales sobre una hoja en blanco, mientras yo corregía algunos ejercicios.

—¿Qué está pasando con Ney, Kerry?

—No lo sé, Laura. Estoy incomunicado. La única manera de saber de ella es volver al Chaco. Y eso es lo que tendría que hacer.

Kerry dejó las espirales y empezó a dibujar olitas.

—¿Y Daniel? —preguntó para cambiar de tema.

—Otra vez de viaje, aunque esta vez por muy pocos días.

—¿Seguís pensando que...?

Dejó la frase por la mitad y cambió el rumbo de su razonamiento.

—Hay que desconfiar de los propios pensamientos, Laura. O, mejor dicho, ponerlos a prueba. La cabeza de cada uno es una especie de cárcel, metida a su vez en la cárcel de una época, de una cultura.

Conocía esa imagen, alguna vez la había visto: barrotes dentro de la cabeza de alguien. Algún chiste de Quino, tal vez.

—Matacos —dijo Kerry mientras rompía la hoja con sus garabatos—. Así llamaban los conquistadores a los wichis. Animalitos pequeños, ¿ves?, así los veían ellos. Ellos, los muy animales, disfrazados con sus armaduras y sus cascos.

Kerry me miró con los ojos semicerrados y echando la cabeza hacia atrás como si quisiera distorsionar o borrar lo que veía.

—Quiero decirte que uno siempre interpreta la realidad desde esa cárcel.

—También creyeron que un colibrí era una especie de mosquito gigante —dije—. Lo leí en una crónica de los primeros viajeros.

—¿Un colibrí?

—O un picaflor —le aclaré—. Así les dicen también, o les decían, a los hombres mujeriegos.

—*A womanizer* —dijo Kerry con un suspiro pesado—. Pero yo no soy colibrí. Soy un irlandés católico educado en la culpa, la responsabilidad, y el deber. —Después miró la hora alarmado y se levantó de la mesa—. Así que ahora, “debo” ir a dar mi clase. Y vos “debés” estudiar los apuntes que te dejé.

Yo tenía que dar todavía tres horas de clase. Había tomado un reemplazo para un grupo de alumnos norteamericanos, un curso inicial e intensivo. Una gimnasia, tal vez, para sacudirme el polvo de tantos papeles muertos. Kerry, con su experiencia de extranjero y su arduo aprendizaje

del wichi, me había llenado de apuntes y de consejos, sobre todo, que no desesperara: empezar de cero con una nueva lengua era durísimo, pero apasionante. Casi un experimento antropológico, afirmaba, se repiten los mismos mecanismos que sacaron al pensamiento informe de su magma. Me hablaba con ese entusiasmo candoroso pero valiente y solidario que yo admiraba en él y que al mismo tiempo me resultaba tan ajeno. No me mires así, insistía Kerry, vas a acompañar la gestación de las primeras palabras, ¿ves?, los primeros verbos, las primeras estructuras gramaticales.

El manual que me habían dado en el instituto no era tan apasionado, había que empezar por lo inmediato, un universo aburrido y minúsculo: la ventana, la pared, el escritorio, el lápiz, el cuaderno. Un *emboule*, dijo Kerry. Empezá por donde quieras. Por los sentimientos, o por los malos modales, eso los divierte mucho. No te preocupes todavía por los géneros, a ellos esa invención de dividir el léxico entre femenino y masculino les parece de una falta de practicidad inconcebible. Lo que te digo: maneras arbitrarias de interpretar el mundo.

True, ésa es *la problema*, dijo Jared un día. Todos festejaban los malentendidos. Y así pasaban los días, debatiéndonos en *la problema* durante tres horas corridas, veinte personas emitiendo sonidos y gesticulando como hombres de las cavernas.

Daniel volvió un martes muy temprano. Esta vez trajo vinos de Mendoza y un dulce exquisito de cayote. ¿Qué significaría ese cambio de rumbo? Se lo veía animado, sonriente, súbitamente interesado por mis cosas.

—¿Seguís yendo a nadar con Eva?

—No, la pileta de Almagro está en refacciones. Ahora vamos a caminar.

—Ahá, ¿y el instituto?

Le conté de mis nuevos alumnos, del oficio mudo que todos jugábamos para expresar lo elemental: comer, viajar o hacer las compras. Nos reímos. Hacía mucho que no nos reíamos juntos. Así dicen los esquimales a hacer el amor: “reír juntos”, en alguna parte lo había leído. Al menos, “reír juntos”, pensé, era un buen prolegómeno. Estuve a punto de decírselo, pero me contuve. Tal vez el buen humor de Daniel me llegaba como un mero rebote, un reflejo adulterado de otro buen humor.

Al mediodía el aire seguía frío, pero el sol entibiaba los senderos del parque de Agronomía.

—¿Vos creés que Daniel tiene otra mujer?

—Tal vez —dijo Eva—. Él podría pensar lo mismo de vos. Por ejemplo, Kerry, del que hablás tanto últimamente.

—Pero Kerry es un amigo —protesté—, ni siquiera es un amor platónico. Es un amor gramatical.

Ibamos a paso rápido por un camino bordeado de aguaribáis. Al llegar al final, se abría una amplia explanada verde que remataba en los terrenos del ferrocarril. Hacia la derecha había lotes de cultivos experimentales y otros aledaños con algunas ovejas y caballos. El olor era agreste y

los sonidos de la ciudad se desvanecían por completo. Nos apoyamos contra el tronco enorme de un paraíso para descansar y hacer algunos estiramientos.

—De todas formas —retomó Eva—, las preguntas que deberías hacerte serían otras.

No le contesté y nos sentamos al sol sobre el pasto. Eva cruzó las piernas, entrecerró las manos como formando cuencos y empezó a respirar en series cada vez más largas y profundas. Era la respiración yóguica, según me había explicado alguna vez. Cuando terminó, me miró con calma oriental.

—Amor fotográfico con Ferrán, amor gramatical con Kerry —dijo—. ¿Y el amor de carne y hueso? *¿Nevermore?*

—Ah, el aire de campo te despierta el ingenio. Te olvidaste del edípico.

—Bueno, ése es un amor muy antiguo, inolvidable.

Eva agarró un tronquito del pasto y empezó a partirlo.

—¿Y qué pasó con tu historia de Saint-Tropez?

—Nada nuevo. Pero sigo pensando que los dos crímenes, el de la ficción y el de la realidad, pueden estar conectados.

—Mirá Celso —dijo Eva—, qué amante intensa se sacó de encima.

Después tiró lejos los restos del tronquito despedazado y se levantó del suelo sin ayudarse con los brazos, en un solo impulso. Una proeza a sus años. También yo me levanté, pero gracias a una serie de maniobras bastante vergonzosas. Tomamos el sendero de los plátanos y después la calle de los liquidámbaros hacia la salida del parque, donde la ilusión del campo iba cediendo paso a la ciudad, sus ruidos, su miseria.

Durante la tarde me llegaron un mail de Ferrán y otro de Aline.

El de Aline era extenso, con noticias de su hija y con el relato de sus propias evoluciones con los hombres. Iba de decepción en decepción. *Par contre*, decía, su grupo de amigas y sus actividades deportivas se consolidaban.

El mensaje de Ferrán era breve pero tranquilizador.

Estoy de regreso en casa, pero aún me siento débil. Espero levantarme de mis cenizas como el Ave Fénix. Y hablando de aves, las historias que me cuentas son muy graciosas. Me hicieron soñar con ángeles una noche, que si te lo piensas bien también ellos son como superhéroes, pero de la Edad Media. No te imagines angelitos regordetes y rubicundos, qué va, los míos eran unos ángeles viejos, malolientes y derrengados. Los pobres daban lástima, medio desplumados y ni hablar de volar, se arrastraban y se quejaban todo el día como el Superman que me cuentas. Me has hecho reír. Gracias Laura. En cuanto me sienta más repuesto volveré a darte la lata.

Esa noche, Daniel anunció que iba a cocinar. Hacía mucho que no lo hacía, pero se le daba bien, alguna habilidad heredada de Tola. Lo miré con recelo. ¿Qué habría pasado en su último viaje? ¿Sólo la promesa de una promoción importante, como me había comentado? Mientras estaba ocupado picando cebollitas y tomates, entré en el cuarto y me puse a ordenar ropa. Colgué pantalones, guardé camisas que habían vuelto sin usar y doblé suéteres. Antes de apilarlos en el estante, hundí la nariz en la lana: sólo olían a Daniel, un olor seco con un tenue dejo cítrico. Después volví al placard y metí la mano en los bolsillos de los pantalones. No encontré nada. Pero cuando revisé una de las chaquetas, descubrí una larga hebra dorada en la solapa. La desprendí y la miré bien a la luz. Era un pelo joven, pesado. Un rastro clásico, ¿cuántas mujeres en la historia de la humanidad habrían repetido esa misma escena? Más clásica debía ser la marca de rouge en el cuello de la camisa, pensé. Pero hacer estadísticas era inútil: era un pelo de otra mujer, y eso era todo. Sin embargo, todo era mucho. (Poesía y embriaguez de los sentidos y, a la vez, una pequeña repugnancia). Lo hice bailar entre el pulgar y el índice, como si fuera un insecto. Por fin lo enrollé, lo miré por última vez y lo tiré al inodoro. Qué otra cosa podía hacer con él, ¿un relicario?

Volví a la cocina y me senté a la mesa en silencio. Daniel había preparado risotto con unos hongos disecados que también había traído de Mendoza. Cuando se acercó con un plato recién servido y lo depositó frente a mí, me rozó la mejilla con la mano en una caricia veloz, amistosa. Como “las que Rémy prodigaba a su gatica”, diría Olimpia. Mientras comíamos, no dejaba de observarlo. En los resquicios de silencio trataba de encontrar en sus gestos algún pasaje hacia sus pensamientos. Pero Daniel era de una sola pieza, opaco y firme. Aunque el risotto estaba riquísimo, me costaba pasar cada bocado. Lo escuchaba distraída —burocracia provincial, intereses políticos, inversiones extranjeras, blablá— hasta que empezó a contarme lo movido que había sido su viaje de vuelta. Hubo mucha turbulencia, dijo, y el avión caía en pozos de aire durante segundos que se hacían eternos. Él nunca le tuvo miedo a volar, pero sentada a su lado iba la secretaria de Raymúndez, que no hacía más que gemir y persignarse y en cada caída se agarraba a la manga de su saco como si él fuera su salvación. “Me dio tantos tirones que me debe haber descosido el hombro”, dijo. Tuve la impresión de derretirme de alivio sobre la silla. Un pelo era una evidencia muy frágil: había tantas explicaciones posibles, tantas proximidades físicas que podrían dejar un pelo sobre una persona. Empecé a escribir una absurda lista mental donde entraban vecinos de asiento de subtes, colectivos y aviones, pero también empleados o alumnos inclinados sobre uno para hacer una consulta, la china del supermercado cuando me ayudaba a meter las botellas en un changuito y, desde ya, la mera proximidad impersonal de prendas en un perchero, o en un placard. En eso estaba absorta cuando llamó Eva.

—Adiviná qué acabo de ver en el canal francés.

—Últimamente adivino poco y mal —le dije.

—Un programa que se llama *Non élucidé*, un desafío para los cartesianos.

Me desprendí de la obsesión del pelo y de sus posibles adherencias para prestarle atención.

—Es un programa consagrado a viejos casos policiales sin resolver. Parece que está de moda allá.

—Más cosas perdidas —dije.

—¿Causas perdidas?

—Cosas, dije, cosas como botones, paraguas, anteojos, un pelo.

—¿Un pelo? Estás rara, Laura. Pero en fin, tu “cosa”, la del pibe de Saint-Tropez, la mencionaron. Lo llaman el caso del pañuelo azul.

Volví a la mesa donde Daniel ya había levantado los platos. Me serví una manzana y empecé a pelarla mientras pensaba en eso del *non élucidé*, en las causas y las cosas y los casos perdidos. Todo iba a parar al gran agujero negro de lo que no sabemos, no entendemos o no alcanzamos, hasta que de pronto se producía, o no, una revelación. Me quedé mirando la cáscara de la manzana que había caído entera sobre el plato, un poco derrumbada tal vez, pero una pequeña escultura al fin y al cabo, tal como lo hacía Celso. Esos gestos minúsculos también forman parte de la herencia. Durante los pocos años en que compartimos la vida cotidiana, la manzana deliciosa, elegida especialmente para él, era infaltable en la mesa: la recuerdo rotunda sobre su plato, como un corazón que anunciaba cada noche su presencia. La peladura quedaba rizada y perfecta, conservando la forma del cuerpo. Pero el cuerpo ya no estaba. Estaba ausente como estaría él desde mis ocho años.

Al día siguiente, no tenía instituto. No había nadie en casa y me movía de un lugar al otro en pijama, sin apuro, con el placer y el abandono de saberme sola. Ordenaba un poco, hablaba con Pina, entraba y salía del jardín y, cada tanto, me detenía junto al teléfono como si esperara algún llamado. Pero al fin fui yo misma quien levantó el tubo, abrí la agenda que estaba sobre la mesa y marqué el número del hostel de Barcelona.

¿Paco? Aquí de Buenos Aires te habla Laura Hernández, disculpa si te interrumpo. Su voz me llegaba límpida y cercana, como si viviera a la vuelta de mi casa y no en Barcelona. ¿Eres tú?, le insistí como una idiota y en voz más alta de lo necesario, como si tuviera que facilitar con mi propio esfuerzo aquel milagro de cercanía. Desde ya, era él, no se asombró de mi llamada y enseguida empezó a darme detalles sobre aquella mujer que preguntaba por mí con tanta insistencia. Era alta, dijo, morena, corpachona. Tendría unos ochenta años muy bien llevados. Y parecía bastante nerviosa. Fue casi descortés. La había visto esperarme un rato largo y luego él salió hasta el correo a despachar unas cartas. Cuando regresó, la mujer ya no estaba. Sí, hablaba español pero con mucho acento, debía ser colombiana, o peruana. Venezolana, concluí. ¿Pero cómo habría sabido dónde se alojaba ella en Barcelona? ¿Ferrán?

Por la tarde corregí ejercicios y preparé uno de los tests semanales del grupo de intensivos. Mientras lo hacía estaba atenta a mis mails. Oía cada tanto el zumbido de los que entraban al casillero. Bzzzum: Electronet, la oferta imposible. Bzzzum: Instituto de idiomas, jornada de camaradería. Un golpecito de adrenalina cada vez mientras armaba frases con complementos de tiempo para completar con formas verbales del primer y segundo grupo: “Yo (caminar) todas las mañanas por el parque”; “Nosotros (comer) muy temprano por la noche”. Bzzum: medicossinfronteras.com. “Ellas (nadar) en la piscina tres veces por semana”. Bzzum: un mail de Helen que se titulaba “Cataratas”. Dejé el test y abrí el mail. Helen me contaba que haría su próximo viaje a Buenos Aires a fin de año, siempre que su hermana permaneciera estable, y que pensaba ir hasta las Cataratas del Iguazú. También le gustaría conocer las ruinas de San Ignacio y la casa de Quiroga. ¿No me interesaría hacer esa escapada? Pero de cualquier modo, aunque no pudiera, me pedía que le reservara un día para tomar el té juntas. “Y sabes”, agregaba sobre el final, “le he contado a Ángela que supiste de su hermana. No le pareció extraño porque ella ha andado por el mundo sembrando (casi siempre cizaña). Lo que ya no parece posible es preguntarle demasiado a Ernestina. Se ha descubierto que la pobre Cory tiene un principio de Alzheimer”. ¿“La pobre Cory”? ¿Estaba entendiendo bien? Quedé un instante aturdida y después me lancé a escribirle a Helen. Que ya me pensaría lo de las Cataratas, que parecía un viaje maravilloso, pero antes, por favor, necesitaba saber quién era “Cory”.

Dejé sin terminar mis ejercicios. Cory me taladraba la cabeza. Decidí hacer algo más. Iba a escanear la foto que tenía de Ernestina y enviársela a Paco al hostel. Busqué el libro del caballero Ferrán en mi biblioteca abarrotada. Lo abrí y, al hacerlo, se deslizó hasta mis manos aquella copia que había sacado de internet con la foto de la familia Sánchez: “Elpidio Sánchez junto a su esposa María C. Vallejos y sus dos pequeñas hijas: Ernestina C. Sánchez y Ángela M. Sánchez”. La “C” que antes me había pasado inadvertida se encendía ahora como una alarma. Ya no necesitaba con urgencia la respuesta de Helen que llegaría unos días más tarde: “Cory es de Corintia, el primer nombre de Ernestina, fíjate el adefesio que le encajaron a la pobre, igual al de la madre, por eso de pequeña la familia la llamaba Cory. Aunque Ángela nunca se llevó muy bien con ella, ahora que la ve desvalida se apena y le ha rebrotado como una ternura, por eso la llama con el sobrenombre de la infancia”.

El Club Almagro seguía en refacciones, pero la pileta ya estaba habilitada. Las paredes estaban repintadas de blanco y habían repuesto las venecitas faltantes, aunque eran de un azul más fuerte que las demás y hacían el efecto de cicatrices. Eva daba saltitos dentro del agua para entrar en calor.

—Ahora todo cierra —dije—, N de C es la novela de Cory, o sea de Ernestina. Ella es la autora del almíbar venezolano.

—Sin embargo, era buena fotógrafa.

—¿Y qué tiene que ver? Yo soy buena traductora y canto como un perro.

Eva se alejó nadando espalda y yo la seguí, siempre un poco más atrás.

—¿Qué pensás? —insistí cuando llegamos al otro extremo de la pileta.

—Es como buscar formas en las nubes, Laura. Casi nada es lo que parece.

—Pero hay demasiadas coincidencias. Para mí Chana conoció al joven de los rizos, o la misma Ernestina. Se enredaron en un triángulo amoroso. Y después alguno se enfermó de celos. En *Nevermore* es Rémy. Y en la realidad...

—¿En qué realidad? —dijo Eva distante, como si me tomara examen.

—En la de Saint-Tropez sin hache, en esa realidad Rémy es Ernestina.

—O Chana, o las dos —completó Eva.

—Hmmm. La posesiva era Ernestina.

—¿Después escribió el bodrio como alguna forma de catarsis?

—Algo así. Y quiso recuperarlo en Barcelona, cuando supo que Ferrán nos había dado todos los papeles de Chana.

—¿Y para qué querría recuperarlo, a estas alturas?

Levanté los hombros, un poco ofendida por la desconfianza de Eva y guardé *Nevermore* en mi bolso. Tenía la convicción de que mi hipótesis era más que probable. Había habido un asesinato. Y tal vez, desde este extremo del mundo y treinta años después, yo había descubierto al asesino. Al menos a uno de ellos. Era asombroso. Y, sobre todo, totalmente inútil.

Esa noche, en un cóctel de despedida a un compañero de Daniel, una mujer vestida de rosa se me acercó. “Yo soy Sandra —dijo tendiéndome la mano—, la que se ocupa de los legajos administrativos de los muchachos”. Tenía una mano húmeda y pesada. Y respiraba con dificultad, tal vez fuera asmática o tal vez fueran los kilos que le sobraban. “Hace tantos años que los conozco, que para mí todavía son muchachos”, dijo excusándose, y lanzó un suspiro maternal.

Me alejé del grupo y me serví una copa de champagne. Me reí sola —¡aquella era la famosa Sandrita!—, y de pronto me quedé seria, como en la escena de una película de Woody Allen: él sale aliviado del hospital y camina eufórico por la calle —los médicos acaban de descartar un posible cáncer— hasta que se le ocurre la idea maligna: *esa vez* los análisis habían dado bien, pero llegaría *otra vez* en que. Lúcido Woody. Podía haber otra “Sandra” o “Claudia” o “Marilú”. O no haber nadie, y eso no significar nada en el vacío abierto entre Daniel y yo. Circulé con mi copa como un escudo entre la gente. Los vi reírse y hablar con animación como si los apasionaran las cosas, saludarse con aspavientos, pasar de grupo en grupo en una coreografía estudiada. Intentos de brillar.

Nada era lo que parecía, como decía Eva. No había una historia, había muchas historias, navegábamos de error en error y cada tanto recuperábamos fragmentos de verdad que conocíamos de forma imperfecta, o lo ignorábamos todo, como la trayectoria de los objetos perdidos. Celso conoció a una Chana (había muchas otras como decía Ferrán). Y él habría sido un gran amor para ella, pero su verdadero drama fue su dependencia de Ernestina, un pasado de miserias que nunca

pudo superar.

V

Una mañana me llegaron dos mails: uno de Oriol y otro de Aline.
Abrí con temor el del Oriol, podía anticipar la noticia.

Estimada Laura: sé que en los últimos meses tú y don Ferrán habíais establecido un bonito vínculo de amistad a través de internet. A él le hacía mucha ilusión recibir tus mails y escribirte. Por eso debo anunciarte con la mayor tristeza que nuestro Caballero ha fallecido. El triste suceso ocurrió durante la noche, de modo que el pobre no ha sufrido nada. La asistenta le encontró por la mañana del miércoles pasado, plácido, con una sonrisa en los labios. La muerte ha sido generosa con él, como lo merecía. Para nosotros es una gran pérdida, le queríamos y le admirábamos como hombre honorable y como gran pintor de nuestras costas. En los próximos días el Ayuntamiento organizará una serie de homenajes en su honor. Y tú recibirás pronto un recuerdo de él ya que pocos días atrás me pidió que en caso de que le sucediera algo, te hiciera llegar una tela en la que estuvo trabajando en los últimos días (¡después de tanto tiempo en que no cogía los pinceles!). Cumpliré a la brevedad con sus deseos. Quedo a tu entera disposición: no dudes en escribirme, o en pedirme lo que necesites. Para mí ha sido un placer conoceros.

Un abrazo, Oriol

Apagué la computadora en señal de duelo y abrí el libro de Ferrán que aún sigue sobre mi escritorio. Miré su foto un tiempo largo, la miré primero en conjunto, después por partes, deteniéndome en cada rasgo, en los límites entre los ojos y la frente, en las aletas de la nariz y las mejillas, en la frente amplia, hasta que la imagen fue perdiendo sentido y se volvió sólo una suma de fragmentos, de puntos grises y blancos que con las lágrimas parecían temblar. El desfile de la muerte era interminable, ya había tenido suficientes pruebas, pero esta vez me había metido sola en el baile: qué otra cosa podía esperarse de un hombre de noventa y cuatro años. Celso, en cambio, no tenía ni sesenta. Lo suyo fue a traición, cuando Aline no era siquiera una adolescente y yo era tan joven. Ella se encerró en un mutismo furioso, y yo en la mecánica de los trámites. Era una forma de dejar de llorar, al menos mientras hacía una cola o rellenaba un formulario. Una mañana en París, por mera tozudez de rutina, fui a la lavandería del barrio a retirar su ropa limpia.

Les entregué un papelito y, por un instante, tuve la loca fantasía de que me devolverían a Celso en lugar de una pila de camisas recién planchadas. En el camino de vuelta, como si me pesaran una tonelada, me caí y me lastimé una rodilla. Mientras Magda guardaba con celo las camisas en un estante —como si él a la vuelta de algún viaje pudiera necesitarlas—, a mí la rodilla se me hinchó más y más. Volví renga a Buenos Aires y durante casi dos meses no pude caminar. Según el médico, por esos misterios de los meniscos y las fisuras, debía haberme quedado una astilla de cartílago desacomodada. Una pieza suelta. Me la imaginaba por las noches navegando por mi cuerpo como sucedía —según un mito de infancia— si uno se tragaba una aguja: “si te tragás una aguja, circula por la sangre, llega al corazón y te mata”. Pero no me morí, sólo que no pude resistir en pie aquel abandono. Un abandono radical precedido por otros menos brutales — ensayos de ausencia—, en la infancia primero y en la adolescencia después cuando se fue del país.

Eso sí, nos dejaba papeles, larguísimas y preciosas cartas que proliferaban de la forma más inesperada.

Miré hacia arriba, hacia el último estante donde se apilaban las dos cajas azules, mi propio archivo fantasmal con todas las cartas de Celso. Debía haber más de doscientas (finalmente, yo era la mujer a quien más y con mayor constancia le había escrito). Y otras tantas mías habría de respuesta. Todas escritas con mi Underwood de teclas redondas, la que me regaló unos meses antes de irse. Una garantía de que las cartas iban a ir y venir, de que él estaría para mí en cada golpe de tecla, como si fuera un golpe de varita mágica. Era una máquina negra, pesada, metida dentro de un estuche rígido de baquelita de aire fúnebre. Nunca había tenido algo así. Así de importante, de adulto. Con esa máquina, me dijo, y carta tras carta, vas a aprender a escribir.

Las primeras veces me duelen los dedos, busco a tientas cada letra en la escala del teclado, silabeo como si aprendiera a hablar mientras cada palabra se arma sobre el papel. Después ya no me duele, dejo de pegar tan fuerte sobre cada tecla. Uso dos dedos y a veces algunos más. Me gusta mucho la tecla de retroceso, y más todavía la de fijar las mayúsculas, me parece que la máquina se pone en puntas de pie. Por carta él me corrige: usó doble espacio, poné el acento antes que la vocal, dejá un espacio después de cada signo de puntuación. Celso me mira sobre el hombro, y yo tecleo con orgullo, cada vez más segura, como si lo hiciera sobre sus dedos, igual que un chico que aprende a caminar apoyando sus pies sobre los del padre. En pocos meses empujo el carro al final de cada línea con un gestito triunfal, maniobro diestra con la barra espaciadora y el rodillo, tacho furiosamente con las equis. Underwood siempre me responde con sus ruiditos de aprobación y al final me entrega carillas tibias como el pan. Decenas de carillas que deben dormir ahora en algún baúl apolillado de los que conserva Magda o que se habrán perdido en sucesivas limpiezas y mudanzas.

Esa cantidad de papeles frágiles —porque entonces se escribía en la seda del papel aéreo— habían sostenido nuestra relación por décadas. En casi todas las de Celso había un pedido mudo

de perdón, de comprensión. ¿Pedido o imposición? Le gustaba decirles a sus amigos “ella entiende todo”. Porque entenderse, según decía, era el lazo más noble que unía a dos personas, más que el sobrevaluado vínculo de la sangre, la mera biología. Yo aceptaba orgullosa, caía en la trampa y cargaba sin reclamos el peso de su ausencia. A mis catorce años Celso eligió otro destino, otro país donde vivir, otra hija que criar. Yo era el inevitable rehén “de una madre tóxica y de una patria malograda”. Pero entendía todo. Me había hechizado en la infancia de una vez y para siempre. Entendía, pero también nutría un secreto rencor. Miré sobre mi escritorio los dos sobres idénticos que contenían las cartas de Chana y *Nevermore*. Iban a seguir conviviendo como lo habían hecho hasta ahora. Sus destinos corrían parejos, sólo que *Nevermore* venía a ser como un retoño con cola de chanco, la burla grotesca de aquellas cartas. Y de toda escritura literaria. Me detuve azorada. Me había preguntado a lo largo de varios meses qué me había mantenido tan atada a esas páginas. Había sido más que curiosidad, me había regodeado en su mal gusto, en sus hipérboles y sus dislates. Ahora tenía una posible respuesta. *Nevermore*, como una mancha viscosa se extendía por todo lo escrito, contaminaba de sospecha o refutaba las bellas cartas a Chana, las que “rebosaban poesía” según Oriol, pero también alcanzaba a todas las que me había escrito a mí para cimentar nuestro castillo de comprensión mutua. Un castillo *Air mail*, volátil, pero que sin embargo nunca se había desmoronado.

Quizá mi fascinación morbosa por *Nevermore* fuera un ajuste de cuentas tardío. La oportunidad de renegar de las cartas, de vomitar las palabras que habían encubierto treinta años de ausencia, como había vomitado aquel postre aparatoso del restaurante del Comega.

Por la tarde recibí un llamado de Eva.

—Laura, ¿pensaste en la fuerza que hay que tener para estrangular a un hombre?

Ajá, pensé con un dejo de orgullo infantil, por absurdas que fueran mis especulaciones, había conseguido interesar a Eva y derrumbar su lógica de acero.

—Era un chico joven —dije. Y en ese instante me atravesó la imagen de la foto de Cardini tomando mate. Volví a ver las manos de la fotógrafa reflejadas en el espejo: manos planas, enormes, aptas para estrangular.

Cuando corté con Eva me acordé del mail de Aline que había dejado sin abrir y volví a sentarme frente a la computadora, el libro de Ferrán abierto sobre la mesa, para echarle cada tanto una mirada sesgada, y sentir, cada vez, el mismo cimbronazo de tristeza.

Leí distraída las noticias de mi hermana.

Aline ya no chateaba con el gendarme ni con el ingeniero de caminos, pero había descubierto a un profesor de pilates que antes le había pasado inadvertido. Había conseguido que en el trabajo le aumentaran el sueldo. Tal vez se mudara. Su hija Germaine se inclinaba por la informática. Me adjuntaba, además, dos páginas de un libro sobre la historia de Saint-Tropez que le había enviado su amiga Jennie. La letra del material adjunto era pequeña, pero al imprimirlo se volvió más legible. El capítulo se titulaba “Les endroits à la mode” y hacía el recuento de parajes, bares,

discotecas y restaurantes que los famosos solían frecuentar. Había un párrafo sobre Le Voyou: “un lugar donde tanto se pueden encontrar actores, millonarios, prostitutas de lujo o criminales”, decía el autor. A su dueño, Anton, apodado “le Goupil”, se le sospechaban vínculos con la mafia marsellesa y hasta se lo asoció con algunos crímenes, *notamment* el del joven del pañuelo azul, aunque hasta hoy nunca llegó a comprobarse.

Una mañana de sábado, con la decisión general de ordenar y archivar, guardé *Nevermore* en un sobre y puse en la portada: “Papeles viejos. TIRAR”. Las traducciones de Greene, aunque fueran un trabajo menor, se las pasaría a La Font, el editor de Celso. Las cartas a Chana no eran para publicar. Decidí guardarlas por un tiempo. Pero por un tiempo limitado. En todo caso, iba a dejar todo ese material más a mano. ¿Pero dónde? Miré la biblioteca abarrotada hasta que tropecé una vez más con la Espasa Calpe. Vi que quedaban pocos ejemplares de la A y de la B, si los liquidaba todos, podía liberar al menos un estante. Mientras subía y bajaba la escalera con los libros y pensaba en lo prolífico de las primeras letras del abecedario (mientras la pobre X tenía apenas unas cuarenta palabras), me llegó un recuerdo viejo y bastante horrible que había quedado rezagado. Un poco zumbón, pero con la soberbia intelectual de entonces, Celso decía que sus amigos, la gente que lo rodeaba, se dividían entre los A, los brillantes, y los B, los buenos y muy buenos. Había incluso Bes admirables, como el caso de Tomás, de quien respetaba y cumplía cada uno

de sus preceptos prácticos. Los B solían ser profesionales (abogados, médicos, dentistas) y los A eran, en su mayoría, intelectuales o creadores. Más misteriosa era la categoría que dividía a la gente entre los que emanaban y los que no emanaban. No se explicaba en qué consistía aquella virtud intangible —belleza, inteligencia, sensualidad—, no había definición que pudiera dejar a nadie tranquilo; simplemente, ante el otro, uno percibía que era así o no. Cuando lo pensaba se me hacía un nudo entre la cabeza y el estómago. ¿Cuál sería el destino de las veinte letras que seguían a la B? ¿Y el de los grises no emanantes? ¿Y qué ejemplares daría la cruza entre las dos categorías? Más de una vez me enredaba en largas listas mentales y en un ranking variable entre mis amigas y mis amigos, donde Eva siempre quedaba entre las primeras. Yo, por el momento, me amparaba en el “entendía todo” y en lo de *élancée*.

Una hora después, agotada pero contenta, pasé un trapo por el estante que había liberado y ordené allí todas las carpetas de Calmell. Después me subí a una silla para bajar la caja azul donde guardaba mis cartas de Celso. Cuando la deposité sobre el escritorio y abrí la tapa, se levantó una nubecita de polvo que me hizo estornudar. Allí estaban, ordenadas por fecha con sus sobres bordeados de una guarda azul y rojo, atadas con una banda elástica. Saqué la última de la pila, la que me había llegado cuando Celso ya estaba muerto, y la desplegué con cuidado. Del papel oscurecido se desprendía un ligero olor dulzón. Estaba escrita a máquina pero con agregados a mano aquí y allá unidos al cuerpo principal por corchetes, globos o flechas, dibujitos que bordeaban la página y la hacían algo vivo, como siguiendo en todos sus rodeos la corriente

del pensamiento de Celso. Querida hija, decía. No pude seguir leyendo. Cerré los ojos un instante y lo vi otra vez. Celso me está explicando el significado de esa palabra inglesa que tanto le gusta (o le conviene): el *understatement*. Una poética que condena lo declarativo: hay que arreglárselas con lo que queda flotando en los silencios, en los puntos suspensivos, entre dos gestos, entre dos palabras, entre dos ausencias. Formas sutiles de demostrar amor. Querida hija. Da igual si tengo diez, veinte o sesenta años. Esas dos palabras juntas me atraviesan limpiamente y conmueven todas mis edades.

Salté por encima del encabezamiento y releí: nada había allí que preanunciara la muerte. Era una carta rutinaria, con instrucciones para cobrar un cheque en una editorial y otras para recuperar ciertos libros. Había un comentario sobre un posible viaje a Cannes, cierta inquietud por mí, que por entonces había cambiado de trabajo y, hacia el final, noticias de Magda, y de Aline, a la que llamaba con humor “la francesita”. Por último, había unas líneas sobre su trabajo: acababa de terminar la exhaustiva corrección de “Pasaportes” y estaba tomando apuntes para un poema largo: tal vez se llamara “Lo que no fue”. Y firmaba: “Tu viejo, no tan viejo”.

Releí las últimas líneas: tal vez Celso poco antes de morir, estaba resucitando sus *pentimentos*. Las pasiones incendiarias —solía decir— ocupan mucho espacio, mucho tiempo, mucha energía. Un hombre necesita un amor sereno que le permita sentarse en su sillón, fumarse su pipa y pensar un poema. La teoría de la mujer razonable, sin altibajos pasionales —para que los altibajos estén sólo en la “obra”—, ya no le parecería tan perfecta. ¿Se habría equivocado en su elección de Magda, la hogareña? ¿Habría sido Chana, “la que no fue”, la mujer de su vida? Y Chana, ¿se habría liberado de Ernestina, habría terminado de otra manera su vida si en lugar de Ferrán, Celso hubiera sido su hombre? Enigmas de lo que pudo haber sido, una entidad precaria que de pronto lanza un destello desde su limbo. En ese territorio inestable, siempre a punto de ser tragado por el sinsentido, trabaja el poeta. Volví a subirme a la silla y guardé la caja en su lugar, después ordené los libros vecinos. Uno de ellos se había deslizado hacia atrás, lo traje al frente: era el *Martín Fierro* forrado de cuero de vaca que Tola quería mandar a su hermana. Ahí estaba, traspapelado y a destiempo, como mis conclusiones sobre *Nevermore*. Ya no tenía sentido mandárselo a una anciana demente y babeante, ¿qué podría hacer con los consejos del viejo Vizcacha? “Los hermanos sean unidos, que ésa es la ley primera”. Tola la ignoró, mantuvo en secreto a esa hermana que podía amenazar el pequeño mundo que ella se había construido a fuerza de trabajo y mansedumbre. Todos llevan su secreto a cuestas, pensé: Tola, Celso, Chana, Ernestina, Eva, Daniel. ¿Y mi propio secreto? Ajá, bien guardado en algún doblez de mi conciencia. Un secreto hecho de omisiones, tan callado en la escritura como en la vida. Relegados el desamor, la vergüenza, el egoísmo, el deseo de manejar los hilos de lo que no fue, de tejerlos sobre otro bastidor, de dibujar otra trama. Y, por fin, la inevitable adaptación y aceptación de lo que ha sido y lo que es, la tragedia palmaria de la esperanza.

Unos meses más tarde, el cuadro de Ferrán está colgado en mi escritorio. Es un ángel viejo,

flaco y alto, las alas le cuelgan lánguidas, no parece posible remontar el vuelo con ellas. El ángel sobrevuela sobre el fondo de un mar deslumbrante y levanta un dedo en señal de admonición. Pero su mirada burlona transforma todo.

Junto con la tela recibí una nota breve de Oriol. Esperaba que el envío llegara sin inconvenientes, decía, y agregaba algo más.

Entre las cosas de Ferrán que estamos clasificando en el Ayuntamiento hay varios cuadros que él aún conservaba: una marina de Ibiza, el retrato de un pescador con sus redes, un retrato inconcluso de Chana y varios paisajes de la playa Les Canebiers de Saint-Tropez. Cuando me encomendó que te enviara el ángel, estábamos en su estudio, y él estuvo dudando. Tal vez, dijo, yo debería enviarle a Laura una de estas pinturas. Se refería a éstas que te comento, más representativas de su paleta y de sus temas. Se estuvo paseando un rato entre ellas y al fin dijo que no, que haría lo más justo, que tú lo que te merecías era quedarte con un ángel. Se me había olvidado contarte este detalle tan bonito.

¿Lo más justo? A veces estoy tentada de contestarle, de pedirle precisiones: por ejemplo, las fechas de aquellos varios paisajes de Les Canebiers, donde él aseguraba no haber estado nunca, pero desisto. Y sigo trabajando (lo estoy ayudando a Kerry a corregir su glosario wichi-español-inglés). Me gusta levantar la mirada de la pantalla cada tanto y guiñarle un ojo al ángel de Ferrán. Un ángel de la guarda, a fin de cuentas. Por lo demás, no hay mayores cambios en mi vida. Daniel sigue viajando con frecuencia, pero mi relación con él tiende a mejorar. Descubrí nuevos hormigueros en el jardín. Y de la Espasa Calpe sólo han sobrevivido seis tomos: Bum-Ceo, Mac-Mar, Mard-Oz, Que-Rum, Sol-Von y Xil-Zuz. Suficientes para la curiosidad de un día o para suplemento de un banquito donde suelo subirme a limpiar los vidrios más altos de la casa.



«Esa noche, después de recibir el último mail de Oriol, Celso reapareció en mis sueños. Siempre me asombra la diligencia de mi inconsciente: con qué velocidad se apodera de cada acontecimiento, de cada mínima oscilación de mi vida, y me los devuelve transformados a su capricho, a veces de forma transparente y otras como la obra de un artista extravagante.»

Una mujer adulta, sosegada y obsesiva, que en plena crisis matrimonial padece la convivencia con su suegra, recibe un misterioso mail desde Cataluña en el que le anuncian que conservan una novela inédita y algunas cartas de su padre, el poeta Celso Hernández. A partir de ese momento la sucesión de correos, viajes y diálogos entrecortados construyen una atmósfera extraña que se instala en su cotidianidad mientras irrumpen, incontrolables, los recuerdos de Celso, de distintas épocas, y las consecuencias impredecibles del enigma que despierta esa novela que nada parece tener que ver con la figura del padre, que ya no está, pero al que ella aún tiene algo importante que decirle.

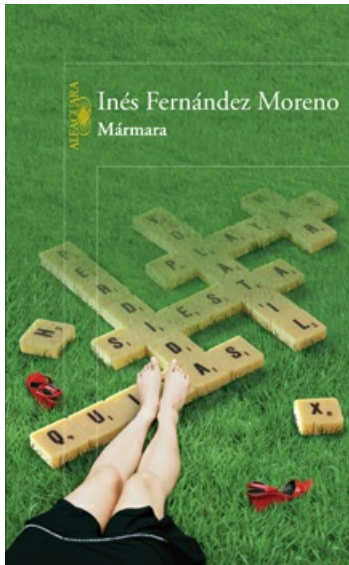
Con el estilo excepcional que conocen sus lectores y una lucidez tan descarnada como profunda, Inés Fernández Moreno ofrece en *No te quiero más* una historia potente sobre la relación entre un padre y su hija, que conjuga el amor incondicional con un novedoso grito de rebeldía.



INÉS FERNÁNDEZ MORENO

Nació en Buenos Aires en 1947. Es licenciada en Letras y realizó estudios como becaria en España y Francia. Hasta 2002 se desempeñó como directora creativa en agencias de publicidad y de marketing directo. Como periodista, ha colaborado en los diarios *La Nación*, *Clarín* y *Perfil*. Entre 2002 y 2005 residió en España. Actualmente vive en Buenos Aires y dicta talleres literarios. Es autora de los libros de cuentos *La vida en la cornisa* (1993), *Un amor de agua* (1997), *Hombres como médanos* (2003), *Mármara* (2009) y *Malos sentimientos* (2015), y de las novelas *La última vez que maté a mi madre* (1999), *La profesora de español* (2005) y *El cielo no existe* (2013). Su obra ha recibido numerosos premios en el país y en el exterior; entre ellos, el prestigioso Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2014 por su última novela.

Foto: © Ana Bugni



[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Fernández Moreno, Inés

No te quiero más / Inés Fernández Moreno. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2019.

(Hispánica)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-738-626-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-626-4

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me **gustaleer**

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

No te quiero más

I

II

III

IV

V

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos